

ANT
XIX
2330

R. 41.807

FLORES DE INVIERNO.

CUENTOS, LEYENDAS



Y COSTUMBRES POPULARES

ARTÍCULOS

POR

FEDERICO DE CASTRO.

Partida

SEVILLA 1877.

Imprenta y Librería de José G. Fernandez,
Génova 29 y Amparo 6.

*Esta obra es propiedad de su au-
tor que se reserva todos los derechos.*

FLORES DE INVIERNO.

PRÓLOGO.

Cuando en Diciembre el Sol, brillando por algunos días, llega á derretir las capas más delgadas de hielo, que cubren los campos, brotan en aquella tierra húmeda, plantas y flores, que remedan una Primavera anticipada.

Las gentes se preguntan: ¿Por qué se abren esas flores que no han de dar semilla? ¿A qué nacen esas plantas que una capa más espesa de hielo ha de cubrir?

Cuando el Arte rompiendo el hielo del egoísmo despierta un sentimiento desintere-

sado en el corazon. dicen los que prudentes se apellidan: ¿A qué alimentar ilusiones que ha de desvanecer el desengaño?

Tú tambien, lector, al pasar las páginas de este libro, dirás acaso para tí: Flores son sin aroma, flores son de Invierno, que la indiferencia hará olvidar.

La Naturaleza no habla; pero mantiene la fé en la eternidad de sus creaciones.

El Arte no contesta; pero mantiene en la tierra el amor á lo divino.

Mas el libro te replica: ¿Qué importa la suerte de mis páginas, si te descubro tesoros en lo que estás acostumbrado á despreciar?

PRIMERA PARTE.

CUENTOS.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

EL ENIGMA DE AHRIMANES. (1)

I.

Horrible es el desierto de Soravak. Todo el fuego de Ormuz no ha podido desarrollar un germen de vida en sus estériles arenas. Ni una fuente, ni una planta; sólo nubes de ardiente ceniza sobre las que ni el águila del Cáucaso se atreve á levantar su vigoroso vuelo.

(1) *Dios del mal.*—Segun la religion de Zoroastro de Mitras procedieron Ormuz, dios del bien y de la luz y Ahrimanes, el mal y de la sombra, que le combate oponiendo á los seres benéficos de aquél (os Fêveres, animales y plantas útiles) los Dews, animales maléficos y plantas venenosas y procurando arrastrar hácia el pecado al hombre cuya creacion no ha podido igualar, hasta que al fin de los tiempos, dominado por el esplendor del bien él mismo se convierta.

¡Ay del que pretenda descifrar los misterios de aquella inmensa soledad! Enjambres de asquerosa langosta le azotarán el rostro, reptiles ponzoñosos le harán perecer en medio de tormentos inauditos.

Si fatigados del terrible calor y del cansancio os sentís desfallecidos al caer la tarde, no os acerqueis á aquella sombra amiga. No es la de la nube que fertiliza los campos, no es la del árbol, tienda del peregrino. Ahri- manes las ha arrojado de aquí. Los negros paños de la muerte son los que os cobijan, es el vampiro que os aduerme con sus álas membranosas para beber vuestra sangre y trasládarla caliente á su repugnante cuerpo.

¿Lográsteis escapar de tantos peligros? Pues no paseis de allí. Que no os seduzcan esos encantados lagos en que se refleja la elegante palma y el verde naranjo de doradas pomas. No os acerqueis á esa magnífica ciudad que hace brillar entre rosas de Bengala sus cúpulas de plata. Es el engañoso espejo de *Ebbs*. (2) No veis como huyen delante de vosotros. ¿No oís ese ruido mas potente que el

(2) *El diablo.*

fragor del trueno, mas profundo y prolongado que el bramar de los irritados mares? Es el silvido de la serpiente de Ahriman, de la serpiente de Ahrimanes que levanta hasta el cielo el Occéano en sus anillos poderosos, que ahora recoge en su inmensa espiral toda la arena del Chazna; que os abraza, que os estruja, que os ahoga, que os tritura, que arroja al espacio en menudo polvo vuestros huesos.

Lo que blanquea en el Soravak no son arenas calcinadas, son restos humanos, despojos de las victorias de Ahrimanes.

Y sin embargo, él mismo lo ha prometido, al que se atreva á mirarle frente á frente le ha de dar todos los dones de la riqueza y del poder.

II.

¿Quién es ese temerario que se atreva á salvar las barreras del desierto?

No es un héroe de piel endurecida en los rudos azares de la guerra, es un niño en

cuyo rostro blanquea aun la leche que ha bebido en el seno de su madre.

No lleva poderosa caravana de camellos con odres repletos de agua, ni escuadrones de negros con arcos y con lanzas para defenderle de las fieras y custodiar las tiendas. Va solo, enteramente solo, al dejar las tierras cultivadas, ha arrojado al Argandab su báculo y su cesta de viaje.

Y conseguirá, sin embargo, su deseo. Un mago lo ha profetizado. Hé aquí, dijo, estendiendo las manos sobre su cuna el que ha de resolver los enigmas de Ahrimanes.

III.

Ahrimanes ha cumplido su palabra. El peregrino del desierto habita hoy en la corte de los Schaes, en palacios de mármol, bajo techos de nacar, incrustada en cedro; sus pies, que abrasara la candente arena, se hunden ahora en alfombras de Delhí.

Mas, ¡cuán envenenados son los dones de Ahrimanes! La satisfaccion engendró el has-

tío, el desdén ha sustituido en su pecho á al esperanza.

Con numeroso séquito de siervos pasea por las calles de Ctesifonte la magnífica: su mirada distraida se fija apenas en los maravillosos pórticos, en los bazares repletos de seda y pedrería; su labio indiferente parece que murmura: ¿Dónde encontraré yo algo que pueda desear?

De pronto se ha parado: ¿Qué llama azulada es esa, pregunta, que ilumina toda aquella estancia con luz mas pura, que la del mas brillante de los Féveres? Es, le contestan, el diamante azul; cinco grandes ciudades del Oriente, cien camellos cargados de oro no serian bastantes á pagarlo.

Mío es, esclama, el diamante azul y arroja al suelo una moneda.

Arhimanés ha cumplido su palabra; aquella moneda produce otra moneda, aquellas dos monedas producen otras ciento; ya cubren el suelo, ya amenazan rellenar la estancia.

Basta, le dijo el mercader, tuyo es el diamante, porque en verdad te digo que eres el hombre mas rico de la tierra.

Maş ¡cuán envenenados son los dones de Ahrimanes! Huye, le dicen, al hombre del desierto, huye, el Schac codicia tu diamante, huye sino quieres que sean tus riquezas la causa de tu muerte.

IV.

De nuevo ha pisado el jóven viagero la arena del Soravak. ¡Pérfido Ahrimanes! grita; ahí tienes tu moneda. ¿De qué te sirve la riqueza sin el poder?

Con el estruendo de cien trombas se adelanta la serpiente de Ahrimanes. Una vara inflexible, seca y sin fruto, como el cetro de los reyes, ha caído á los piés del hombre del desierto.

Gracias, Ahriman, dijo este, levantándola: Ahora sí que soy el mas poderoso de los mortales.

V.

Tambien por esta vez Ahrimanes ha cumplido su promesa. El peregrino del desierto,

el proscrito de Ctesifonte ciñe á su frente la corona del schah de los sahes, su voz es obedida por todos los pueblos del Oriente.

Los labradores riegan de sudor los campos para rellenar sus trojes, los mineros se lanzan al abismo para aumentarle sus tesoros, los guerreros derraman su sangre en los combates para atribuirle sus victorias, los sábios se consumen en vigiliass para que se engalane con sus consejos, las madres crían sus hijos para que le sirvan de esclavos y concubinas.

Y el arte hace gritar á mármoles y broncees, á colores, sonidos y palabras: ¡Gloria al más sabio, gloria al más valiente, gloria al más justo y al más grande de los schaes!

¡Qué cansado es, pensó el príncipe, escuchar siempre las mismas retóricas alabanzas! Quiero oír de su misma boca las sencillas bendiciones de esas gentes á quienes hago tan felices.

Y disfrazado se marchó al Coso de los Mercaderes y oyó que los mercaderes murmuraban: ¡Maldito sea ese príncipe indolente que permite que sus ministros se apoderen del fruto de nuestros cálculos y de nuestros viages!

Y desde allí se dirigió al mercado de los granos y oyó que los labradores se decían: ¡Maldito sea ese príncipe avaro que nos oprime con tributos y priva del sustento á nuestros hijos para derrocharlo con cortesanos holgazanes!

Y confundiéndose en un grupo de soldados oyó que unánimemente repetían: Maldito sea ese príncipe cobarde que derrama nuestra sangre en injustas guerras para atribuirse luego nuestros triunfos, él y los que con él, no pasan nunca de la retaguardia.

Entonces fingiéndose extranjero se dirigió al Consejo de los sabios y les habló así por medio de intérprete: Hasta nuestros sabios ha llegado la fama de vuestro príncipe y nos envían á vosotros, columnas de su trono á fin de que presentándonos á él podamos lustrarnos con su doctrina.

Los sabios sonriéndose, le contestaron: El príncipe es para nosotros lo que un juguete en las manos de un niño; á nuestro capricho le hacemos representar toda clase de papeles. Su boca repite nuestro pensamiento, su mano sanciona nuestras voluntades, sus siervos son nuestros espías, sus capitanes y sus guer-

reros la guardia con que lo tenemos preso. Ved si estaremos seguros de nuestro poder cuando no tememos repetir estas cosas delante de vosotros.

El príncipe se volvió á su palacio murmurando: El pérfido Ahrimanes me ha engañado de nuevo. De qué sirve el imperio sin el saber.

Y por tercera vez se encaminó al desierto.

VI.

Solitario se halla el príncipe en una caberna del Khorasan.

Clavados sus ojos en un pergamino no ha echado de ver que no es ya á la claridad del día á la que lee sus extraños caracteres.

Figuras misteriosas traza su mano en la movida tierra que vuelve á borrar en un momento de despecho.

Y las horas pasan y ya las estrellas van á señalar, ya señalan, el medio de la noche.

Mas ¿qué vibracion conmueve hasta lo mas profundo de los éteres? ¿Qué nuevo soplo de vida anima todo lo criado? ¿Qué estrecho lazo de amor reúne todos los séres, apaga sus dolores y los baña en un océano invisible de delicias?

Es que la palabra secreta, es que la palabra perdida se ha encontrado. Es que la Naturaleza encantada por la ignorancia, despierta, es que reconoce al hijo que la desconocía en el que la ha sacado de su profundo desmayo, es que en el delirio de su amor le abraza con sus infinitos brazos, le abrumba con caricias, le muestra todo su poder para exitarle sus caprichos.

—Manda, le dice uno de sus génios, yo llevaré tu voluntad en mis invisibles alas que andan millones de leguas en un segundo.

—Manda, le dice otro, yo soy el que levanto las montañas y undo los abismos, yo soy el que suspendo sin esfuerzo miriadas de miriadas de soles en el espacio.

—Imagina, inventa, delira, yo todo lo combino y lo trasformo, yo todo lo penetro, yo hago patente lo mas escondido, yo soy la cadena misteriosa que liga y que separa.....

—Levanta mas tu pensamiento..... Yo todo lo preveo, yo obro al mismo tiempo en infinitas direcciones, yo satisfago todas las necesidades creando instrumentos perfectisimos, yo hago un mundo de cada ser: pero un mundo que se mueve, que se siente y que se sabe, porque yo soy el génio del organismo y de la vida.

—Inquiere, concibe, no pongas tasa á tu deseo, repiten todos, por grande que sea lo que proyectes, todo es pequeño para nosotros.

«Que el dia de la felicidad sea el dia de los beneficios,» les contesta el príncipe, en cuyo rostro resplandecía una aureola divina. Id, génios de la tierra, haced de esos estériles valles que nos rodean habitacion digna para los hombres. Id, mostrad á Ahrimanes en sus propios dominios hasta dónde llega nuestro poder.

Dijo, y al punto brota á sus mismas plantas, entre olas de blancas y rubias espigas, el almendro cuyas tempranas flores anuncian la Primavera, tan delicadas que se marchitan á los primeros hielos, como las ilusiones á los primeros desengaños. Entónces

se cubren los cercanos riscos con el castaño cuyo dulce fruto defienden ásperas espinas. Entónces los valles de Farsistan, de Gondova y de Chilan aparecieron nevados con copos de leve algodón que el viento arrebatava. Desde entónces los pantanos de Chilan reflejan las verdes plantas del arroz de nutritivo grano. Y el azafran, la rubia y el añil ofrecen indelebles tintes y la morera se cubrió del trabajador gusano que teje los vestidos de los reyes, y el valle de Schwar ofreció sus preciados vinos que alegran el corazon, y el Irak-Adjemí el ópío que calma los dolores y excita los placeres hasta el delirio. Y todo el suelo se cubrió con espesa alfombra de rosas capaces de perfumar el universo, sobre las que corrian, casi sin marchitarlas, el noble caballo del Farsistan, la alegre cabra y el balador carnero de larga cola. Y en los límites mismos del desierto desafiando al Dios de las sombras edificaron á Chazna, que parece en su risueño valle blanca paloma posada en un canastillo de frutas y de flores.

Y los Féveres sonreian con sus sonrisas de luz.

Mas hé aquí que los malditos Dews de

Ahrimanes mostraron su maldita sombra, y sonriendo maliciosamente le decian: ¿A qué te fatigas en fecundar desiertos? La serpiente de Ahrimanes se esconde debajo de la yerba. Lo que has visto en el Sorawak no era mas que su sombra. La serpiente de Ahrimanes habita en el corazon del hombre. De todos los frutos que le ofreces, el hombre no aprovechará mas que el veneno.

El principe desesperado arroja su vara y se dirige á precipitarse en los abismos.

VII.

Sobre el agudo pico de una peña suspendida entre dos inmensidades, atraido por la negra boca de Ahriman que le llama desde el fondo del abismo, el principe que ya siente desvanecerse su cabeza y vacilar su pié, eleva una última mirada al cielo ántes de precipitarse á lo profundo.

Mas apenas su mirada toca aquella línea indiscernible en que los cielos y la tierra

se confunden, cuando se rompe con singular estrépito un escondido sello del portentoso libro y aparece en una de sus páginas grabado con luminosos caracteres:

Esta es la revelacion de Ormuz á Zeryuk: hacer el bien, combatir el mal es la mision del hombre sobre la tierra.

Las santas palabras vencen el maléfico encanto del génio de las sombras; la inmensa serpiente se divide como nube que el huracan azota, y huye la desesperacion del principe que esclama con generoso brio: Yo le combatiré; que el fuego de Ormuz arda en las cimas de todas las montañas, y que su sagrada lumbre purifique todos los corazones. ¡Ay del que pretenda en la tierra oponerse á los decretos de Dios!

La serpiente de Ahrimanes no ha sido sin embargo desecha enteramente por el flamígero látigo de los brillantes Féveres; pegada al suelo su negra cola ha quedado escondida entre las cavidades de la montaña. Como el mefítico gas que se eleva traidoramente de los lagos, une sus despeñazadas sombras recatándose de la luz.

Al principio vapor imperceptible, mas tar

de ligera neblina que apenas empaña el aire trasparente de los cielos, truécase al cabo en densa nube que al tocar á la tierra toma la gigante figura con que los idólatras se representan á los inmortales.

Adelántase al príncipe y le dice con roncadas voces: *Quieres combatir, ahí tienes el azote de la guerra.* Sopla el príncipe en su hueco puño, los ecos repiten siete veces su sonido, todos los guerreros de la Persia se agitan á su alrededor.

Como la tierra convertida en mar de fuego por el cometa Gurchet se ha de precipitar en el Dusak, cae el formidable ejército sobre los campos de los infieles. Cruge el príncipe la resonante traya, el espanto, la desolacion y la muerte caminan delante de él.

¡Quién podrá contar las victorias de los persas!

Los salvages hunnos huyen á ocultar su vergüenza en las estepas, el árabe indomable y movedizo se somete al yugo, el poderoso indio se reconoce nuestro esclavo, el Egipto, la Nubia y la Etiopía se someten como en tiempos de Cambises, Dara, la fuerte Dara hace brillar en sus torres el *mandil del herrero* (1)

(1) *Estandarte de los Pérsas.*

y los que se apellidan señores de la tierra, los orgullosos emperadores del *Rum* vienen humildes á ofrecernos su tributo.

Todos se prosternan ante el príncipe, todos le dirigen esta súplica: En verdad te llamas el *rey de los reyes*, que no hay valor como tu valor ni poder que prevalezca contra tu poder. Has talado nuestros campos, has destruido nuestras ciudades, te has apoderado de nuestras riquezas. Apiádate de nuestro infortunio, y déjanos al menos en nuestra desgracia la libertad de nosotros y de nuestros hijos.

Mas la astuta hipocresía que ha hurtado á la religion su blanco velo, detiene la palabra de perdon en los labios del príncipe, diciéndole: Son los malditos siervos de Ahrimanes, acuérdate que has jurado desarraigar el mal sobre la tierra. Que se sometan á las leyes de Zeryuk, ó que sus cuerpos sean arrojados á los precipicios para que no mancillen la tierra ni el fuego con su maldita sombra.

Y los débiles se sometian, pero los fuertes murmuraban: ¿cómo hemos de obedecer una ley que no hemos llegado á comprender? ¿por ventura tu Dios ordena la mentira?

Mas el príncipe no podia escucharlo por-

que la hipocresía habia tapado sus oídos.

Empero veia las lágrimas en el rostro de las mugeres que se revolcaban en el polvo y se mesaban los cabellos; empero veia á los niños que se abrazaban tan fuertemente á sus padres con sus débiles bracitos que los mismos verdugos no los acertaban á separar.

Y de nuevo la palabra de perdon asomó á sus labios.

Mas el ciego fanatismo disfrazado con la cándida veste de la fé se interpone reprendiéndole: ¿para cuándo guardas, oh príncipe, la fortaleza? Cierra tus ojos á lo humano y atiende tan solo á lo divino, dice, y le ciñe á sus ojos su negra venda mientras que grita á los verdugos, ¡mata! ¡mata!

Entonces una tremenda voz se hace escuchar del príncipe y le dice: Has querido conocerme, aquí me tienes. Yo soy la serpiente del desierto, yo la desesperacion que te llamaba en los abismos, yo el que ha cerrado tus ojos á la luz y tus oídos á la piedad, yo Ahrimanes el que ha suscitado todos los pueblos contra tí, el que acaba de hacer derrotar á tus ejércitos vencedores, reconóceme, Anarchivan, en el que ha puesto el puñal que

debía asesinarte en las manos de tu hermano y de tu hijo.

Ya no verás mas la luz; la sombra, el ódio y la desesperacion son tu destino como el mio: ven, pues, al Dursak para ser el primero de mis Dews.

—En vano me envuelves en tus sombras, oh Ahrimanes, le replica el príncipe, acabo de conocerte, ya nada puedes contra mí.— Hay una cosa mas árida que las soledades del desierto, hay un vacío mas profundo que el vacío de los abismos, hay algo mas engañoso que la hipocresía, mas negro que la sombra, mas ciego que el fanatismo, ese eres tu, tiembla, Arhimanes que ya te he conocido por tu nombre, tu eres la Ignorancia, solo el ignorante puede pensar que hace su bien causando el mal ageno.

Entónces Ahrimanes se retiró avergonzado murmurando: Me has conocido, oh príncipe, ya nada puedo contra tí. ¿Como ha de servir al mal quien lo conoce, dia llegará en que la luz penetre hasta el Dusak y en que despojándome de mis sombras me convierta quizá en el mas brillante de los Féveres.

Entonces el príncipe volviéndose á los circunstantes les mandó que escribieran:

Hé aquí toda la sabiduría de Anarchivan el mas sábio de los reyes de los persas.

Combatir la ignorancia es hacer el mas grande de los bienes.

EL MENDIGO OPULENTO.

I.

Habia, no decimos dónde ni nombramos quién, por consideracion á desgracias que, aunque merecidas, no nos son completamente extrañas ni creemos, salvo el debido respeto, que tampoco lo sean á nuestros lectores; habia, repetimos, en el susodicho sitio un hombre en tan miserable estado que, habiendo decidido en un momento de locura ahorcarse á fin de poner término á sus males, no pudo realizar tan desesperado propósito falto de dos cuartos (1) con que comprar una cuerda.

Sobre el desnudo suelo, sin otra cubierta

(1) *No se usaba todavía la moneda decimal.*

que la sutil de un aire de Diciembre, dejaba, como tratándose de cosa poco digna de ser defendida, que disputasen su existencia el sueño y el hambre, que, pretendiendo arrastrarle cada cual á mundo diferente, llenaban su fantasía de mentirosos espectros y de tormentos verdaderos. En medio de esta brega y confusion percibió clara y distintamente, aunque por hallarse tan turbado no se atreve á asegurar si con los ojos de la imaginacion ó con los de la cara, un borrico de variedad desconocida á los naturalistas, pues era de color de carne. y de tan cultos modales que, parándose ante él, le saludó y le habló de esta manera:

—Señor, hace tiempo que busco trabajo y no lo encuentro apesar de ser de suma habilidad. Con tal de que me digan lo que he de hacer y cómo he de hacerlo, no hay nada que por difícil se me resista. Aunque os parezca débil, poseo un instrumento con el que así horado montañas ó levanto ciudades como bordo y respunteo, y en prueba de ello, mirad; y levantando una de sus patas delanteras, enseñó un aparato algo parecido á una mano humana que, sin saber cómo, se fué su-

cesivamente trasformando en hacha, martillo, sierra, escoplo, cincel, tenaza, aguja, pincel, pluma y otra infinidad de instrumentos de tan infinitas y variadas formas que, desvanecido nuestro héroe, tuvo que apartar su atención de aquel espectáculo. Gozoso el inteligente animalito con el efecto producido, continuó así su comenzada peroración:—Mandadme, pues, señor, y al punto sereis obedecido: ni os asuste lo desmedido del salario; trabajo solo por cuestión de higiene, de modo que, teniéndome perfectamente mantenido, podeis disponer de mí á todo vuestro talante y voluntad.

—¡Medrados estamos! exclamó nuestro hambriento protagonista. ¿Y podemos saber de qué se alimenta ese donoso cuerpecito, que me ha dado en la nariz cierto olorcillo de que la sutil retórica que gastais, no es producto de cosa tan plebeya y borrical como son la paja y la cebada?

—Esa pregunta, señor, prueba la sublime grandeza de vuestro ingenio. Aunque injusticias y desabrimientos hacen que tenga que presentarme á vuestra merced en tan humilde traje, títulos conservo de nobleza que bas-

tarian á colocarme á nivel de los mas encumbrados. Pero, dejando esto—que no trato de afligiros con el triste relato de mis amargas cuitas—es lo cierto que, aunque no desdeño el reino vegetal, no hago de él mi principal sustento: prefiero las carnes condimentadas.

—Y no dudo que no despreciareis tampoco el jamon, la volateria, los embuchados extremeños...

—No en verdad, si para ayudar á su digestion, un tanto penosa, se le agrega una botella del dorado Manzanilla ó del tinto de Ciudad-Real.

—Veo que sois sugeto de provecho, á quien no han de desagradar tampoco los mariscos.

—Siempre que se les añada para combatir sus malos efectos un poco de leche. Esto, algunas ensaladas, frutas y alguna que otra golosina, forman el nervio de mi comida ordinaria, que queda completa con algunos aperitivos como aceitunas sevillanas, sardinas de Galicia, pimientos de la Rioja, anchoas de Málaga, tal cual copita de Jerez, Montilla y Alicante, café, helados...

—Sentiria que os quedase algo por corte-
dad ó falta de memoria.

—Tan solo algunas frioleras, como cho-
colate de Soconusco, manteca de Vuster-
viejo, queso de Villalon, almibares, pastel-
llos, licores, ponche, sangría, refrescos, bien
que muchas de estas cosas no tocan princi-
palmente á la comida, sino mas bien al des-
ayuno, el almuerzo, la merienda y la cena,
pues se me olvidaba advertiros que en esto,
como en otros muchos puntos, soy decidido
partidario del sistema antiguo.

—¿Y fumais tambien?

—¿Qué duda tiene, siendo, como veis, es-
pañol? Un habano, digan lo que quieran mé-
dicos envidiosos, es un recuerdo vivo de nues-
tras antiguas glorias, predispone á la medi-
tacion y dá al que lo usa sierta fisionomía
grave, varonil y circumspecta.

—¡Voto á...—y le soltó redondo nuestro
protogonista sin poderse ya contener—que si
no os quitais al punto de mi presencia, ha-
beis de ver para lo que habeis nacido! ¡Ja-
mones y perdices le pide á quien hace dos
dias que se mantiene con un mendrugo de
pan y queso!

—No os irriteis, le contestó, retirándose más que á paso el ahora temeroso animalito: os obedezco, pues una necesidad inflexible me obliga á cumplir vuestros deseos, áun los más injustos y desatinados; pero no tardareis en arrepentiros y...

Colérico nuestro hombre iba ya á realizar sus amenazas, cuando el hablador borrico desapareció.

II.

La rapidez y la violencia del intentado esfuerzo, la debilidad antigua, el sueño aplanador de toda actividad, la cólera que áun á los sanos marea y enloquece, uniéndose y contrabalanceándose en el espíritu de nuestro héroe, le asediaron durante largo espacio con pensamientos inconexos y visiones extravagantes hasta que, cuando ya comenzaba á recobrar la perdida calma, le apareció voltigeando en medio de un luminoso círculo la imágen de una hermosísima mujer, cuyo rostro ya amable, ya severo, ya terri-

ble, arrebatada y encantaba siempre. Su cuerpo, ténue y vaporoso como el de los ángeles, esparcía en derredor embriagadores aromas. Su boca exhalaba de continuo nuevas y poderosas armonías que encadenaban el ánimo y conmovían dulcemente el corazón. Su perfil, de una admirable pureza de líneas, reunía ¡extraño milagro! la nobleza y la gracia de la estatuaria griega á aquella cándida sencillez y pureza espiritual de los rudos, pero creyentes artistas del siglo XII.

Cubría los delicados miembros de la sin par doncella, flotante y deslumbradora túnica que, al plegarse dócilmente á cada movimiento, ora reflejaba los melancólicos matices con que se anuncia el día, ora los ricos colores con que se despide en el crepúsculo vespertino. Y la abundante madeja de sus dorados cabellos, al enroscarse sobre la alabastrina espalda y el níveo seno de la hermosa, semejaban los dorados rayos del astro del día irisados en las puntas de eterno hielo que coronan las cumbres de los altivos montes.

Embebido contemplaba el asendereado y maltrecho protagonista de nuestro cuento á la encantada beldad, á cuyo aspecto el sueño

dejaba de oprimir pesadamente sus sienes y hasta el hambre cruel detuvo un momento sus dolorosos cuanto certeros dardos, cuando aquella con figuras, con músicas y con aromas hizo viviente lo que en vano pretendemos traducir en estas rudas palabras:—¡Es así como debía encontrarte, oh hijo de los cielos, oh rey de la creación! Tú, que puedes convertir la despreciable arcilla en vasos que todo el oro de la tierra no es bastante á pagar; tú, que puedes dar calor al mármol frío, vida al metal insensible, fijar la luz incoercible y fugitiva, convertir el desapacible ruido en melodioso torrente lleno de verdades y de bienes, que haga de la triste mansion que habitas paraiso aún por los querubes envidiado: tú, que con cada idea que contemplas en el divino seno, creas mundos infinitos ante los que son los soles polvo miserable... vén, abandona esos ruines cuidados que te affigen; vén, vén conmigo al palacio de los génius.

Allá y áun más allá volára de buena gana nuestro héroe si cierta desazon, que nunca confesaron los hidalgos, no le mos-

trára que la necesidad le tenia bien sujeto. Así debió comprenderlo la oradora, pues sin interrumpirse se rectificó diciendo: pero ¡loca de mí! olvidaba dónde estamos; pero no te desanimes ni te apenes; yo te haré obedecer de esas fuerzas que te oprimen, yo trocaré en goces sus exigencias mismas dándote al punto los medios adecuados para satisfacerlas. ¿Qué hace falta para esto? Un poco de oro: pues bien oro es lo que pisas; la materia es una, sólo se trata de presentarla en la debida forma y condimento.

—¿Y eso es fácil?

—Sencilísimo: el calor es la materia primera, el oro es calor condensado; ahora bien, condensemos el calor en los senos de la tierra, arrebatemos á Sirio uno de sus rayos, escondámoslo durante cuatrocientos mil años...

—¿Te burlas?

—No prosigas, te comprendo, te parece largo el plazo; podemos abreviarlo. El azogue es plata móvil: fijémoslo. Espesándolo con un poco de nieve...

—Embustera.

¿Tampoco esto te satisface? Dejemos, pues, la alquimia, recurramos á la mágia, tracemos el pentágrama.

—Trapalona.

—¿Dudas de las ciencias ocultas, te asusta el diablo, prefierés objetos más tangibles áun cuando menos poéticos? Mis recursos son innagotables. ¿Olvidas que soy la musa de los arbitristas? Haremos moneda de papel, inventaremos...

—¡Dios mio! ¿quién me libertará de esta loca? exclamó con toda su alma el fatigado protagonista de este cuento.

III.

—Yo, respondieron, y adelantóse gravemente una severa matrona de fijo é impasible mirar, llevando en la diestra una antorcha encendida. Dirigióla hácia la jóven, y al punto se ennegrecieron sus falsos

adornos y se mostraron en repugnante desnudez sus engañosos atractivos: otros, que en esto mostraron ser verdaderos, adquirieron por el contrario más brillo y consistencia.

—Yo, repitió la voz, la verdad eterna, maestra del deber. Y pues ya conoces á la que intentaba seducirte, vuelve los ojos á tí mismo, que conocerse á sí propio es el principio de la sabiduría.

Pero nuestro hombre, harto ya de visiones, como supondrá fácilmente el benévolo lector, no muy seguro de sí y escarmentado en cabeza ajena se apresuró á responder:

—Es lo que me faltaba, venirme ahora con filosofías: vete.

La antorcha se apagó y todo quedó en silencio. Minutos despues el principal personaje de esta historia dormía profundamente.

IV.

Descansando dejamos á nuestro pobre visitado y sermoneado conocido, y de buena gana hubiese seguido entregado á los dulces halagos de Morfeo, si cierto vientecillo fresco, ordinario nuncio y precursor de la diligente aurora, no le obligára á des-pabilarse mal de su grado. Restregóse los ojos, desentumeció sus miembros, y hallándose con el entendimiento despejado por el ayuno, púsose á reflexionar falto de cosa más lucrativa en que ocuparse.

— ¡Válgame Dios, dijo, cuán necio é inconsiderado soy! Brúscamente despedí aquellas dos señoras y al borriquito, cuando venían á proporcionarme lo que yo tanto tiempo busco sin resultado, el modo de vivir sin trabajar. Porque si la buena matrona me revelára como prometió, las eternas leyes que rigen el Universo; si aquella ágil jo-

venezuela me trazára el plan conveniente para aprovecharlas en cada caso; teniendo de mi mano al hábil, incansable y dócil borriquito, ¿qué príncipe soberano, qué banquero judío, qué opulento rentista se pasara más cómoda existencia, sin temor á contribuciones, motines ni quiebras? En verdad que he dejado escapar la fortuna que yá tenia asida de los cabellos. Yo aseguro que, si de nuevo volviese á encontrarla... mas de fijo no volverá á buscarme. Y si no viene, ¿qué hemos de hacerle?... ¿Qué? salirle al encuentro. De hallarla hé, áun cuando se oculte en lo mas profundo de los abismos. Y así, animado por la esperanza, último de los bienes que se pierden y el primero que se recobra, púsose en marcha incontinenti.

V.

Pocos pasos habia caminado el sugeto de nuestra historia, y yá, despertando la

necesidad con el movimiento trababa sus piés, cuando hé aquí que por una suave ladera vió venir hácia sí un anciano de luenga y venerable barba, pero robusto aún, que alegremente se dirigía á una heredad cercana, llevando bajo de sus brazos un pesado legon y un enorme pan al que no tardaron en dirigirse miradas codiciosas.

Acercóse hácia él nuestro héroe sacando fuerzas de flaqueza, y cuando llegó á distancia en que podia ser oído, le dijo así con voz doliente y desmayada:

—Buen viejo: hace veinte y cuatro horas que estoy sin comer; si me dais un pedazo de ese pan, riquezas tengo sobradas con las que habré de pagaros con usura la caridad que me hagais ahora.

—Tomad, le respondió el anciano, cortándole un gran zoquete: aunque el pelaje que gastais más parece de mendigo que de rico propietario.

—Propietario soy y de fincas tales que más de cuatro vanidosos me han de enviar luego que entre en posesion de mi he-

rencia, y contó aquí brevemente lo que en los anteriores capítulos dejamos referido.

—Ciertamente, que si tales dones aprovechais, replicó el anciano sonriendo, acaudalado, qué digo acaudalado, opulentísimo habeis de ser, y, es lo mejor del asunto, que no teneis que ir muy lejos para encontrar á los que perseguís, pues con vos mismo los llevais. La severa matrona que se os pareció no es sino la razon, luz divina que en todos brilla y á todos nos dirige; la gentil doncella, es la imaginacion; y el dócil borriquito, vuestro propio cuerpo. Con tales compañeros jugo habeis de sacar de las piedras, y el menor de vuestros pensamientos ha de producir obras inmortales, pues siempre llevaréis á Dios en vuestra ayuda.

¡Mas, desgraciado de vos! habeis sido hasta aquí como los otros hombres. Cegados por la codicia quieren arrebatár al vecino lo que no saben utilizar, teniéndolo en su misma casa; con los ojos cerrados pretenden encontrar tesoros, y con las manos atadas por el ócio acumularlos. ¡Qué suelo hay por ingrato que sea, á quien no haga el tra-

bajo fértil y productivo? ¿Qué materia por ruin y miserable que parezca, á que no dé el arte precio infinito? ¿Qué idea que convenientemente desarrollada no dé aliento y ocupacion á cien generaciones?

Calló el anciano, callóse nuestro hombre y tras un breve rato en que lucharon en su mente los antiguos con los nuevos pensamientos, dijo al fin entre alegre y resignado:

—Teneis razon; desde ahora comienzo á ser un hombre nuevo.

—Decid más bien, que desde ahora sólo es cuando comenzais á merecer el título de hombre.

VI.

¿Fué verdad ó fué sueño lo que en los anteriores capítulos se relata? No lo sabemos ni nos importa tampoco averiguarlo.

¿No valdria más preguntar si es verdad ó si es mentira: no es mejor conocer y trabajar para tener, que ignorar y destruir para envidiar?

LA CODICIA

ARTÍCULO POPULAR

Contra la mala conducta de los notarios y curules en las elecciones de diputados y en las que se celebran en las juntas de ayuntamiento y en las que se celebran en las juntas de ayuntamiento.

El Jefe de la Administración de Justicia en el Estado de México, con el fin de asegurar el carácter esencialmente moral que debe tener el ejercicio de esta función pública, y para evitar los abusos que se cometen en el desempeño de esta función, ha acordado lo siguiente: Artículo primero. Los notarios y curules que desempeñen estas funciones en el Estado de México, deberán ser de buena conducta y de probada moralidad. Artículo segundo. Los notarios y curules que desempeñen estas funciones en el Estado de México, deberán ser de buena conducta y de probada moralidad. Artículo tercero. Los notarios y curules que desempeñen estas funciones en el Estado de México, deberán ser de buena conducta y de probada moralidad.

LA CODICIA. ⁽¹⁾

CUENTO POPULAR.

Cerca de una ciudad de cuyo nombre y circunstancias la tradición no recuerda más de que era antigua y populosa, y en época que los narradores no se detienen á

(1) *Tomado de la tradición, hasta en el detalle ofrece este cuento además de su carácter exclusivamente moral, muy raro en los populares españoles, la inapreciable singularidad de expresar un momento artístico muy superior al simbolismo oriental y á la leyenda cristiana de la Edad Media, y que parece producido por la compenetración de estos dos elementos en un más alto ideal. Los doctos juzgarán si nos equivocamos.*

fijar (2), habia, apartado de todo camino, un extenso y ruinoso caseron. ¿Quién lo levantó? ¿Cuál era su destino? Nadie lo sabia. Abandonáronlo sus dueños; la lluvia horadó sus techos y ennegreció sus dorados artesones; millares de plantas nacidas entre los huecos de sus paredes con sus pequeñas raíces movieron los sillares; el topo y las culebras socabaron sus cimientos; la polilla consumió sus riquísimas maderas; las aves anidaban en sus carcomidas torres; por todas partes miriadas de pequeños insectos buscaban en él habitación y

(2) Aunque es propio de la *musa popular* la indeterminación de los lugares y de los tiempos, como que expresando aspiraciones generales de la nación, en todos los momentos y en todas las localidades pueden encontrarse, es de muy otro género la indeterminación que aquí señalamos: cada cual atribuye á su patria la gloria de haber presenciado los sucesos que en la leyenda se refieren; ninguno se ha atrevido á poner un nombre ni una fecha en la tradición que transcribimos, y es que las leyes morales son universales y eternas.

comida; era un moribundo que los gusanos devoraban ántes de espirar. Nadie sabia por qué, quizá ninguno se atrevía á confesarlo, pero todos huian de su encuentro. Sólo la miseria pudo vencer esta general repugnancia. Dos mugeres destituidas de todo amparo buscaron entre sus ruinas un albergue. Por las mañanas, al nacer el sol, salian á la cercana ciudad; por las tardes al ponerse, volvian con la limosna recogida. Un dia (era yá el otoño) el cielo encapotado con densas y blanquecinas luces amenazaba récia tormenta, por lo que nuestras mujeres temerosas se apresuraron á recogerse. Y no sin motivo, pues apenas habian entrado bajo su carcomido techo, cuando la tormenta estalló. El trueno estremecía los ya débiles muros; gruesas y cálidas gotas, arrastrando al pasar pedazos de la vieja techumbre, penetraban hasta el pequeño cuarto en que madre é hija, puestas de rodillas, se encomendaban fervorosamente á Dios, creyendo llegados para ellas el último trance. De pronto y cuando un inmenso relámpago rasgaba el nublado, récios golpes amenazan derribar la desvencijada puerta. ¡Quién era

capaz de penetrar en aquel sitio y en tan tremenda hora! La puerta cede, en fin, á los repetidos empujes y aparecen en el extenso pátio dos hombres que, por sus trajes y extraña catadura, no tienen semejante con ninguno de los nacidos; acaso debieron pertenecer á alguna remota y desconocida tribu del Oriente á juzgar por los anchos y negros turbantes con que rodeaban sus cabezas y por los poderosos dromedarios que montaban. Demandan los extranjeros posada por una noche y ofrecen en pago una moneda de oro. Quedan suspensas las infelices mujeres sin saber qué hacer. ¿Cómo quedar á merced de aquellos que si hombres eran y no diabólicos engendros de la tormenta, trazas tenían de hechiceros y nigrománticos más que de honrados mercaderes? ¿Y por otra parte, no sería faltar á los deberes de la hospitalidad despedirlos en tan crudo tiempo? ¿Ni cómo podrían obligarles á partir aunque quisieran? Además, negarles la entrada ¿no sería ceder á una perversa é injustificada sospecha? Tales fueron las reflexiones que de tro-

pel y en un momento acudieron á las asustadas mujeres y que al cabo las decidieron á condescender con la súplica de los extranjeros, proponiéndose tomar, sin embargo, contra cualquiera tentativa de su parte las convenientes precauciones. El narrador de esta historia me aseguró, sin embargo, que no poco influyó en esta decision el brillo tentador de la moneda que, léjos de ser como sus dueños anticuada y difícil de clasificar, era de reciente cuño y de cumplido peso.

II.

Hecho el contrato como queda referido é ínterin los extraños mercaderes buscaban (empresa no muy fácil) por las cuatro alas del castillo sitio donde pudieran permanecer ellos y sus cabalgaduras, defendidos de la lluvia, encerráronse las mujeres en su habitacion, y no contentas con atrancar la puerta con todas las cosas que tuvieron á

mano, decidieron de comun acuerdo quedarse de atalaya toda la noche en una pequeña ventana, remudándose, á guisa de centinela, por temor de que las rindiera el sueño. Las horas trascurrian, sin embargo, y nada parecia justificar la necesidad de tan severa vigilancia. El aposento en que los huéspedes se encerraron permanecia mudo; sus temidos habitantes no daban señal de si, y la tormenta, disipándose, dejaba ver un cielo azul y sereno que convidaba al reposo. Tentada estaba la hija, que era la que velaba entonces, en abandonar la entreabierta ventana, donde comenzaba á sentirse un aire penetrante, cuando hé aquí que apenas las estrellas del carro señalaron la media noche, salen de improviso los orientales huéspedes y se dirigen al patio. Conteniendo el aliento y disimulando sus pisadas llama á su madre la vigilante moza, y juntas esperan ver el progreso de esta aventura, dispuestas á descolgarse al campo por uno de los huecos de la galería, si las cosas llegáran á punto de que en conciencia se creyeran obligadas á tomar tan desesperado partido. Mas no eran ciertamente sus personas lo que ocu-

paba á los viageros. Salidos de su cámara colocaron cabalísticamente y con extrañas ceremonias una gran antorcha de cera encendida en cada uno de los ángulos del patio, y situándose en su centro murmuraron á modo de salmodia cuatro palabras desconocidas que repitieron despues en cada uno de los extremos, haciendo con la mano unas como bendiciones ó señales de dividir. Escuchóse entonces un temeroso estruendo, temblaron las paredes, comprimiéronse las anchas y marmóreas losas, y dejaron abierta una profunda sima que permitía ver los peldaños de una no muy incómoda escalera. Penetró por ella el más jóven y robusto de los extranjeros, y no tardó en volver agobiado con un pesado saco de barras de oro y de preciosas piedras henchido, que al depositarse en el suelo alegró los oidos y los ojos de nuestras dos heroínas con el ruido metálico que produjo el choque, y con el brillo de los diamantes, topacios y zafiros que de él profusamente se derramaron. Recogiólos el viejo y continuó el jóven en sus viajes hasta que las antorchas casi consumidas, la proximidad del dia, y la cantidad extrai-

da con que apénas podían moverse los valientes dromedarios, aconsejaron dar la operación por terminada. Apagaron las luces, cerróse la sima, marcháronse los viajeros y de tal manera recobró todo su acostumbrado aspecto, que nuestras mujeres creyeran fascinación del sueño los sucesos que ante sus ojos habían acontecido, á no ser por los grandes montones de cera derretida que sobre las losas encontraron.

III.

Clareaba apénas la nueva aurora, y ya nuestras heroínas habían reconocido minuciosamente todas las estancias del edificio para asegurarse de la partida de sus huéspedes. Recompusieron luego con gran trabajo la puerta que aquellos habían forzado, cerráronla y fortificaron interiormente, y arrancando y reuniendo luego con tanto esmero como si de polvos de oro del Tíbar ó de menudas perlas se tratára, la cera que las

losas del patio conservaban, formaron con ella y algunos hilos cuatro toscas cerillas, con lo que, y con repetir continuamente las misteriosas palabras, esperaron impacientes la media noche. ¡Con qué lentitud se deslizaban las horas! ¡Cuántos temores venian á turbar sus lisonjeras esperanzas! ¿Se habrian olvidado de las palabras misteriosas? ¿Las habrian entendido mal? ¿Necesitarian de alguna preparacion ignorada? ¿Todos los dias serian igualmente favorables? Tales eran las dudas que incesantemente se les presentaban, y despues de dar pretesto á larga y entretenida conversacion se desechaban al cabo para renacer de nuevo. Algunas veces llegaron á temer si distraidas dejarian pasar el precioso instante, y eso que sus ojos no se apartaban del cielo, empresa que, como la yá antes referida, no fiaban la una á la otra, quizá porque sin darsé cuenta de ello creyeran mas digno de atencion el cuidado de sus futuras riquezas que le de su vida y honra amenazadas. Otras, pero esto no se atrevian á comunicárselo, pensaban si aquellos dones serian comprados con la condenacion eterna de sus almas; en-

tónces un sudor frio cubria sus cuerpos, palidecian sus rostros, pero el recuerdo de los amontonados tesoros y los goces que con ellos se prometian, alejaban al punto su imaginacion de tan tristes ideas.

Llega, por fin, el suspirado instante; las cerillas, ya anticipadamente colocadas en sus respectivos lugares, se encienden, las palabras se pronuncian, la tierra tiembla, aparece la escalera y se precipita por ella la más jóven de nuestras dos mujeres. Detiènese estática contemplando en la profunda caverna más plata que jamás viera el avaro en sus ambiciosos delirios, más piedras preciadas que jamás poseyeran los opulentos sultanes que celebran las arábigas leyendas; indecisa no sabia á qué parte dirigirse, pero poco duró su indecision; toma en una de sus manos una colmada cesta de joyería y con la otra un talegon repleto de monedas. Sin conmovirse por las exclamaciones de admiracion que su madre hacía, deslumbrada por los reflejos de una hermosísima esmeralda, baja y sube precipitadamente de nuevo, y tanto se multiplican los viajes, que la anciana, contemplan-

de las cerillas yá casi concluidas, le grita llena de temor: «Sube, hija mia.»

Mirólas tambien la jóven; sólo restaban delgados hilos que se alimentaban de las gotas en el suelo derramadas, pero baja de nuevo murmurando: «¡Una talega más!» y arroja una nueva talega, y otra despues y luego otra, siempre repitiendo: «Otra talega madre, otra talega todavía.» La luz se extingue: sube despavorida la jóven, pero al llegar á los últimos escalones la vé brillar de nuevo, no se para, éntrase y sale y vuelve á entrar; la oscuridad es completa, yá vá á salir, un resplandor más brillante que nunca se esparce por el suelo, y sin detenerse, precipítase de nuevo en el rico antro. Aquel resplandor era el último; la luz se extingue, el suelo se conmueve, la entrada mágica se cierra.

IV.

Muy de madrugada un número considerable de robustos obreros, generosamente

te pagados, levantaban el pavimento del patio del castillo, pero ni la escalera ni la cueva parecian. Oyeron primero confusa, luego distintamente, una voz que á intervalos pronuncia claramente estas palabras: *¡La codicia, madre! ¡madre, la codicia!* En vano trabajaron dias y dias, siempre la misma voz á la misma distancia, pronunciando siempre las mismas palabras: *¡La codicia, madre! ¡madre, la codicia!* (1).



(1) Creemos más edificante este grito aterrador de la conciencia, que las frias moralidades del «Apólogo» ó el «Deus ex machina» de las leyendas milagrosas.

EL ANTEOJO DEL PRINCIPE.



I.

En una de esas comarcas del extenso Oriente que los historiadores chinos suponen habitadas durante mucho tiempo por hombres con cabeza de dragon y cola de pescado, nació en época ya muy cercana á nuestra Era, pero de que todavía no hablan los cronistas, un príncipe de quien, segun costumbre, pronosticaron los adivinos habia de ser la maravilla de las gentes.

Pese, sin embargo, á sus pronósticos, por

una ley de retrocesion de que los naturalistas no han acertado á dar todavia una explicacion satisfactoria, aunque hermoso como un ángel circasiano—con cuyo adjetivo entenderá el discreto que el susodicho príncipe carecia de aquella prominencia abdominal, prenda de la belleza masculina en el celeste imperio—y aunque los Büchner de entónces declararon que en sus sesos se encontraba la cantidad de fósforo necesaria para iluminar al mundo con la sublimidad de sus concepciones, no tarde el recién nacido en demostrar con sus hechos que padecia una enfermedad á que los médicos más eminentes, así nacionales como extranjeros, convinieron en bautizar con un nombre exótico, para no calificarla clara y resueltamente de locura.

Consistía ésta en confundirse de tal manera con sus propios pensamientos, que ora se creia mueble, ora animal, ora comestible, cuando no cosas que desdecian más de su estirpe régia.

Y como sus pensamientos se sucedian con la ordinaria rapidez, se creia morir y renacer á cada instante multitud de veces,

por lo que, en su sentir, contaba á los tres años más existencia que Brahma y era su vida un continuo bautizo y entierro.

Decimos mal: no era que él se creia pasar por existencias diferentes, sino que se convertía de tal manera en otro sér, que hablaba siempre del que suponía pasado como de una tercera persona con quien no le ligase relacion alguna.

Propusieronse los doctores curar tan extraña manía, que atribuian á una excesiva viveza de imaginacion: propinaronle dieta vegetal, sangrías y otros debilitantes, y cuando le tuvieron á punto de desfallecer, le encerraron en un aposento retirado, oscuro y silencioso, á fin de que nada alimentara sus singulares alucinaciones.

Con tan sábio plan consiguieron tan cumplidamente sus propósitos que le hicieron recaer en el extremo opuesto.

Figuróse entónces que no existía absolutamente ninguna diferencia, que todos los séres eran él mismo, y era de ver cómo les reconvenia amargamente por la torpeza con que le administraban los remedios y la tenacidad con que se empeñaba en aplicárselos

á sus mismos medicinantes, tomándolos por miembros suyos.

Tan peligrosa estimaron para ellos los orientales esculapios esta nueva fase de la dolencia, que, renunciando á sangrías y encierros, devolvieron el enfermo al mundo, con lo que recayó en su antiguo mal; volviéronle á encerrar y reapareció el segundo; y continuando esta alternativa sin mayor provecho, el rey su padre, sumamente alarmado porque un partido contrario al suyo atribuía semejante desgracia á que los progenitores de la dinastía no eran hombres verdaderos y corrientes, sino de aquellos con cola de pescado, que se habían librado del apéndice con artes mágicas, por lo que el Dios cuyos designios contrariaban—estos designios eran que los que propalaban esto fueran los monarcas—los había castigado volviendo á sus nietos á la animalidad antigua; el rey, decimos, se procuró de sus sacerdotes una auténtica divina que declaró á la ciencia médica arte impía, nefanda, detestable y digna de las mayores persecuciones y castigos.

Fuerte con esta declaracion el irritado

monarca, hizo azotar y empalar á los médicos que pudo, nó sin recabar ántes de ellos, mediante promesas, amenazas y tormentos, la confesion de que habian sido seducidos por los enemigos dinásticos, que asimismo fueron azotados y empalados, recobrando el reino con tan acertadas medidas su acostumbrada tranquilidad.

No la recobró, sin embargo, el desdichado príncipe, que ora se figuraba azotándose y empalándose á sí mismo, ora volvía al presuntivo tema de sus continuos nacimientos, habiendo logrado sólo las grandes sumas dispensadas en su curacion y la sabiduría de los doctores y del monarca, que le atormentáran dos manías en lugar de una.

II.

Habitaba por aquel entónces en un apartado desierto y llenaba con su fama los pueblos muchas leguas á la redonda, un *Yogui*

de cuyo portentoso saber se contaban prodigios y milagros.

Asegurábase que no sólo se hacía entender y obedecer de los irracionales como los otros yoguis, sino que tenía á su servicio los poderosos génios que dirigen las ocultas fuerzas de la naturaleza.

El aire inquieto plegaba sus alas y con su soberano impulso sacaba del fondo de los abismos el agua que servia para regar el huertecillo del anacoreta: éste no se contentaba con fecundar la tierra, sino que, moviendo ingeniosas máquinas, preparaba las semillas para el alimento y torcía las fibras de las plantas, convirtiéndolas en cómodos vestidos. El éter trasparente, encerrado en preciosos tubos hacía visibles objetos colocados á distancias inconmensurables: hasta el fuego destructor, amansando su furia, iluminaba allí templadamente y producía un suave calor necesario para la vida: ó diestro cocinero y entendido químico cocía los manjares, ó revelaba las ocultas propiedades de la materia.

Cuando la tormenta amenazaba, brillaba

en las puntas que rodeaban la cabafia y la huerta del Yogui una aureola luminosa, que la aseguraban contra los terribles efectos del granizo y el rayo.

Pero en lo que sobre todo se aventajaba el entendido solitario era en el conocimiento de los hombres.

Su profunda mirada, fortificada por el estudio y la experiencia, sorprendía los más recónditos pensamientos en la conciencia y los invisibles gérmenes del deseo en el corazón.

Decíase que había hallado el secreto de la vida y de la muerte y que no quería hacerse inmortal en esta tierra, esperando en otras destinos mejores: decíase que había hallado el secreto de la riqueza y no la aprovechaba, porque sostenía que el exceso de bienes empobrece el alma, privándola de sentimientos desinteresados y generosos.

Á este hombre fué confiada la desesperada curacion del príncipe.

¿Qué pasó en las misteriosas conferencias que tuvieron? Ninguno pudo con certeza averiguarlo. El caso fué que el príncipe no sólo sanó de su demencia, sino que pasó desde en-

tónces como modelo de prudentes y de ilustrados.

Los radjas de las naciones más lejanas le consultaban los negocios más árdúos de la política; los brahmines, los lamas y los taos en las cuestiones intrincadas de la Moral y la Teología: era el Salomon del extenso Oriente, pero un Salomon que no tuvo la caída del judío.

¿A qué se debía tan sorprendente variación?

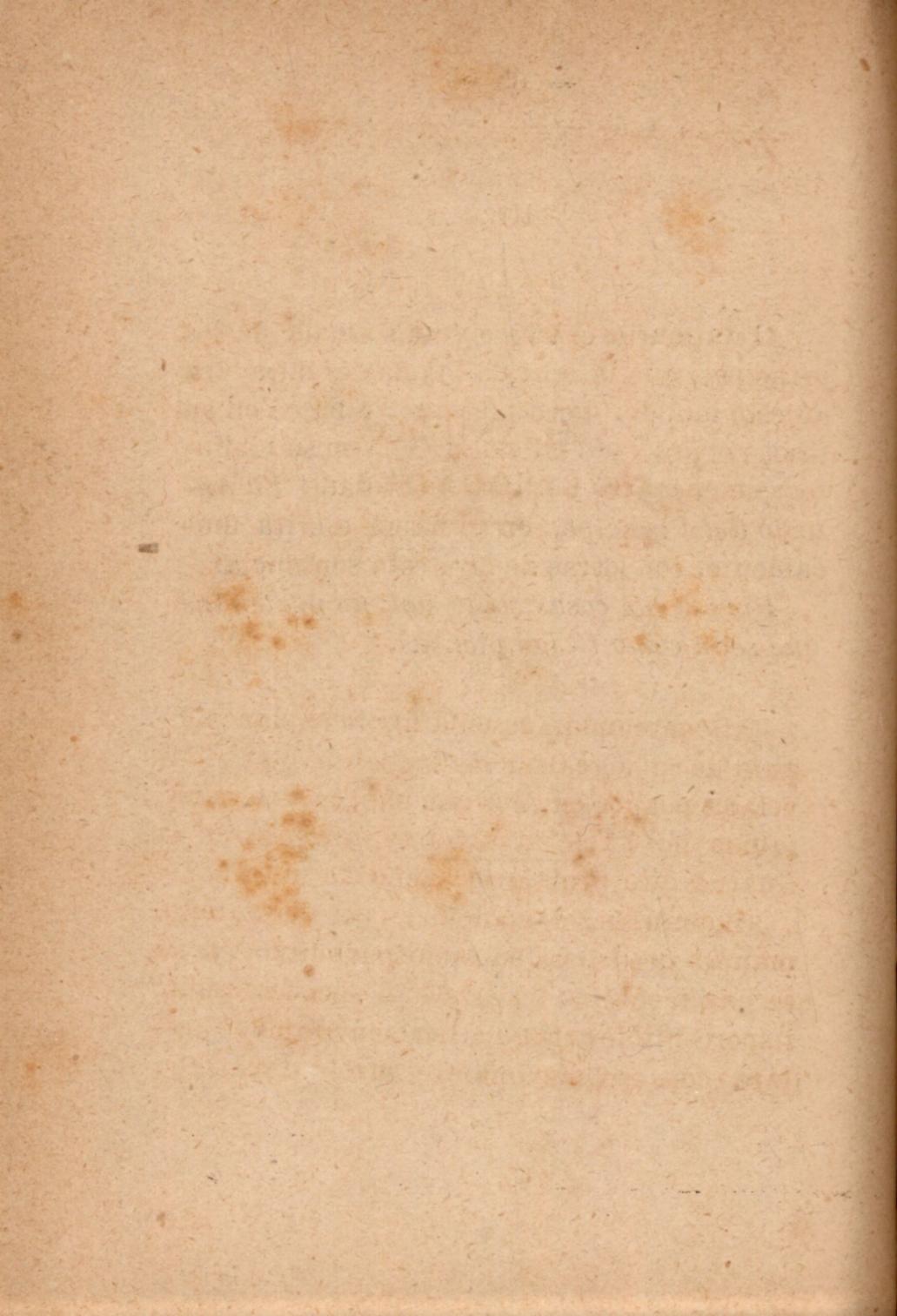
Los más astutos de los cortesanos confiaban en secreto á sus amigos que el ilustre enfermo recibió del sábio Yogui un anteojo mágico que tenía la propiedad de hacer ver las cosas bajo su verdadero punto de vista.

Algunas frases del príncipe parecieron confirmar esta opinion: cuando alguno se dejaba arrastrar por sus pasiones ú obraba atendiendo exclusivamente á sus intereses, solía exclamar: Es demasiado miope. Si otro, por el contrario, exhortaba á la realizacion de ideales inaplicables por poco determinados, contestaba sonriendo á sus proyectos: Que le compren unos anteojos de presbita.

III.

Al fin murió el mejor y más amado de los príncipes, que la felicidad jamás es duradera en este mundo. Pero en vano se buscó en su tesoro el preciado talisman. Sólo en su biblioteca se encontró un libro intitulado *El Anteojo del Príncipe*; en él había escrita únicamente, con letras de oro, esta sentencia:

Piensa las cosas como son; no pretendas que sean como tú las piensas.



EL ANILLO
DE LA CONDESA.

I.

Al contemplar aquella ligera y blanca figura de rubios cabellos y brillantes ojos semi-velada por los encajes que cubren una cuna, ¿quién no hubiera dicho es el ángel de la Guarda que protege el sueño de un niño?

Mas un ángel no dejára caer de aquella manera desdeñosa su lábio purpurino, en su serena frente no trazára el despecho aquella imperceptible arruga, ni su menudo pié se agitára con ese movimiento involuntario con

que en los temperamentos nerviosos se revelan la cólera ó la impaciencia mal reprimidas.

No es un ángel, es una mujer, es una madre que cuida de su hijo.

Con su propio cuerpo le defiende de los importunos halagos de la luz juguetona; el pequeño pero imperioso dedo con que ahoga en la garganta la palabra próxima á pronunciarse, la harían tomar por la diosa del silencio; y la irresistible mirada con que detiene y hace retroceder al imprudente que se atreve á penetrar en aquel sagrado asilo, semeja á la espada de fuego con que guarda el querub á la inocencia dormida.

Con un suave mecer extiende dulcemente la vida por los delicados miembros del fruto de su amor; con tiernos cantares puebla su alma de imágenes deliciosas, que hacen entreabrir su boca en cándida sonrisa.... Mas ¿por qué se olvida á veces de la nota que iba á pronunciar? ¿por qué pára bruscamente el alternado movimiento, y hace estremecer al niño? ¿qué pasa en el alma de esta mujer, que así se olvida de su hijo dejando leer en

su mirada pensamientos que revelarían á aquel inocente, si despertára, todo el infierno de la soberbia y de la ira?

II.

Sobre un monton de revueltos libros y papeles, descansa una cabeza varonil. Inmóvil, abiertos los ojos, pero fija é impassible la mirada, nada hay que declare en ella la muerte ni la vida. Sólo el ligero, pero tenaz pliegue de sus cejas, denuncia que obra allí una voluntad. Todo permanece en calma en aquella cabeza; pero en una calma aterradora, como la que precede á las tormentas.

Y es así; el ligero pliegue engruesa, se multiplica, se extiende con extraordinaria rapidez; la mirada se anima, deja percibir una luz interior; el pensamiento, un pensamiento terrible vá á brillar.

«Siempre la misma idéa,» pensó. «*Un hombre completo se compone del marido y de la mujer, dice el código de Manú, y serán dos*

en una carne, dice el Génesis; el matrimonio es consorcio de toda la vida, comunicacion del derecho divino y humano, escribe en sus códigos la sabiduría práctica del pueblo rey; el matrimonio constituye una persona superior, demuestra la filosofía.»

«Y esto que la ley manda, la ciencia vé y la religion santifica, ha sido más ó ménos claramente sentido por el instinto de todos los hombres. Entre los salvajes caza el varon, la mujer aguza las flechas, teje las redes, prepara los vestidos y las viandas. La castellana feudal, en sus largas soledades, borda sobre sus colores el escudo del marido, ó ensaya nuevos cantos para sus hazañas, viviendo aún ausente en el pensamiento del esposo. Si éste combate en los muros del castillo, ella está á su lado para animarle; si cae, sólo su blanca mano sabe catarle las heridas.»

«Y hoy... héme aquí solo con mis idéas, héla allí sola con sus sentimientos. Un mismo techo nos cobija, sobre un mismo lecho doscansamos, y sin embargo, un muro de bronce divide dos espíritus que debian ser

uno. Jamás mis ideas llegarán á la práctica faltas de arte y de calor, y su sentimiento, vacío de altas miras, se hará trivial si no dejenera en mezquino. Mañana ese niño, á quien minuciosos cuidados debilitan, llegará á ser hombre; entonces escuchará de mi boca deberes que piden sacrificios, y su madre, que de ellos sólo el peligro conoce, se arrojará á sus plantas, y besará llorando sus rodillas, y él se verá obligado á ser ingrato ó infame.»

«Y aquí cobrando voz su pensamiento, exclamó:

—«Nó: digan lo que quieran esto no es el matrimonio.»

Abrióse con estrépito la puerta de la contigua estancia, y apareció en su dintel la irritada esposa; levantóse el esposo, y al encontrarse los ojos de entrambos lanzaron rayos de fuego. Despertóse el niño al ruido y sintióse abandonado; lleno de miedo buscaba ayuda por todas partes, y al percibir el ódio donde nunca hallára sino amor, comprendió todos los tormentos de la vida.

III.

Silenciosos se contemplaban ámbos cónyuges, quizá rodaba yá por su mente alguna de esas frases que una vez dichas no pueden recogerse ni olvidarse, cuando de improviso se abre la *puerta principal de la* cámara dejando paso á otra mujer.

El tiempo habia encanecido ya su cabeza, pero no habia podido robarle enteramente su hermosura. A traves de la modestia de su traje, la exquisita distincion de sus maneras dejaba adivinar la nobleza de su cuna y una educacion esmerada. Notábase, sin embargo, en todas sus acciones cierta benévola ironía, señal de que no le eran desconocidas las faltas de los hombres y tenia un corazon capaz de perdonarlas.

—Tan unidos os encuentro, dijo sonriendo, que acaso cons dereis como inútil el presente que os traia, y sin embargo este presente es nada menos que la felicidad.

—¡La felicidad! ¿Y qué génio benéfico os ha puesto en posesion de lo que todo el mundo se esfuerza en alcanzar en vano? repuso la esposa.

—¿Habeis comprado, condesa, ese dije en la tienda de algun alquimista? Llevadlo primero al contraste, que quizá no es de oro de ley, replicó el esposo.

—Algo de mágia hay en el remedie, pero no por eso es ménos eficaz. Cuando yo era jóven se creia en las virtudes de las piedras, y las piedras curaban tan bien como vuestras drogas. Acaso algo mejor, pues prevenian las enfermedades del alma. Muy niña era yo cuando mi madre me puso al cuello un ópalo, que, segun ella, tenia la propiedad de ennegrecerse apenas acariciava el corazon el más leve pensamiento que pudiera empañar su pureza, y al quitármelo el dia de mis desposorios no habia tenido ocasion de dudar de sus virtudes. Mi madre creia tanto en ellas, que en muchas ocasiones la sorprendí observándole á hurtadillas mias; ella lo habia llevado á su vez y ántes de ella tres generaciones.

—¡Admirable inocencia! dijo él.

—Ignorancia querreis decir, pero de la que yo por fortuna no he salido todavía. No tengo pretensiones de científica y os confieso que jamás me he metido á investigar las causas de las cosas: vuestro horizonte me parece, sin embargo, bastante limitado. ¡Admitís la influencia del sonido y no quereis admitir la influencia de la luz! ¡Admitís la influencia del espíritu en un papel y no podeis sospecharla en una piedra! Cuando con vuestros crisoles y reactivos comprobais que esto es carbono, aquello cal, concluís arrogantemente que allí no hay más que cal ó carbono ¡tanto valdria decir que en la música de Mozart no hay armonía sino aire, y que en el *Quijote* ó en la *Iliada* no hay más que papel y negro de imprenta! Mas dejemos los razonamientos y escuchad la historia de un anillo que tiene yá una larga tradicion en mi familia. Cuentan que nuestra progenitora fué una hada que se habia enamorado de un mortal. Tanto le amó, que renunció por él á su existencia cuasi divina. Queriendo Dios premiar tanta abnegacion,

permitió que su madre la dotase con el anillo del matrimonio. No le fabricó ningun artista, está forjado al fuego de todos los amores de mujer. Ahora, experimentalista, creed á la experiencia de veinte generaciones; incrédulo, buscad uno de vuestros plateros que os haga uno semejante. É hizo brillar un aro de esmeraldas ténue y delicado como una perla; pero de fortaleza diamantina, sobre el que se elevaban ¡prodigio admirable! un corazon que latía, y al latir arrojaba fuego, y un ojo que le penetraba con rayos de luz que disipaba las sombras que rodeaban á aquella hoguera, alimentándose al mismo tiempo de su inestinguible llama. Combinadas la luz y la sombra escribian sobre el aro con brillo fosforescente estas palabras:
Mira y escucha.

Acercóse luégo la condesa á su interlocutora y le colocó el anillo, diciéndole en voz baja: él te hablará, atiende á sus consejos. Guárdate, sin embargo, de preguntarle si tu alma no está libre de pasion. Desgraciada de tí, hija mia, si llevases en ella ódio ó malos pensamientos; el génio del mal se apoderaria

entónces del anillo, y te arrastraría por una pendiente irresistible al error, á la degradacion y á la deshonra. Y aproximándose más, continuó: no dudes de su eficacia, *él* me ha revelado que te hace falta en este instante.

IV.

Horas después comenzaba este diálogo entre los dos esposos:

ELLA.—He reflexionado mucho y deseaba consultarte sobre ciertos planes seductores, que he formado para el porvenir. Aburriame en mi soledad y hasta llegué á pensar que me abandonabas.... entiéndelo bien, que me abandonabas por tus libros y tus pinceles. ¡Ay! no me puede amar, decía, soy tan ignorante... mas ántes lo era tambien y me amaba así. No hay por qué fruncir el entrecejo, amigo mio, el anillo ha venido á aclararme muchos misterios. Nos amábamos al principio como inocentes y la naturaleza que lo hacía todo por nosotros nos ha dado el premio de

nuestra inocencia en ese niño. Pero nuestro amor no debe permanecer en este estado. Es preciso que amemos todo lo bueno y todo lo bello; porque si nó no nos amaríamos como séres racionales. De esta manera nos elevarémos religiosamente á Dios y Dios dará eficacia á nuestros ejemplos para nuestro hijo. Mi corazon amaré esas grandes cosas que tú vés y tu inteligencia apreciará delicadezas que se le escapan ahora, cuando intente explicar lo que llaman desdeñosamente caprichos de mujer. ¿No es esto lo que simboliza el ojo en el corazon?

ÉL.—¡Bendito sea el anillo, amiga mia!

V.

EPÍLOGO.

Nuestra opinion particular sobre la existencia del anillo.

¿Se ha perdido ya para siempre el anillo de la condesa? Creemos que nó, aunque al-

guna ligera falta debe de haberlo hecho invisible. En secreto se lo decimos á nuestras lectoras, toda buena esposa lo encontrará en su dedo sin más que consultar desapasionadamente á su corazón.

EL PRINCIPE HERMOSO. (1)



I.

Hermoso es el príncipe entre los mortales.

Derecho es su cuerpo como la vara del ban,
flexible como la flor del loto, alto como el hu-

(1) *Este cuento está tomado sustancialmente del popular «El rey de los siete soles,» sin otras variantes que el cambio de título, en consideración al verdadero protagonista, y el haber devuelto al Oriente una fábula que probablemente del Oriente vino, á fin de evitar el anacronismo que de otro modo resulta entre la forma y el fondo.*

mo del incienso que se pierde entre las nubes.

Brilla su rostro como la luna en medio de la noche, negros y espesos son sus cabellos como la niebla de la mañana que oscurece el día.

Fuerte es como el *rogue* (1) del Himalaya, gracioso como las Apsaras (2) saliendo de sus artesas.

Feliz puedes llamarte, Vani, entre las mujeres de los reyes. Kalí (3) ha derramado sobre tu hijo toda la copa de la hermosura.

II.

No envidieis á Vani, princesa de los aryas.
Vani está triste, Vani llora.

(1) *Elefante solitario.*

(2) *Los indios suponen que las Apsaras salieron del agua de las artesas, como los griegos que Vénus salió de la espuma del mar. Acaso el primer mito originó el segundo.*

(3) *La Vénus india.*

La dinastía del sol y la luna está próxima á desaparecer.

De hielo es el corazón del príncipe, nada puede conmoverlo.

Ni la voluptuosa bayadera del Ganges, ni la hija del Cáucaso, blanca como la nieve de sus montañas y en cuyo rostro queda todavía algo de divino, ni la escita de ojos azules y cabellos de oro, han conseguido fijar un momento sus miradas.

Llenas de vergüenza se retiran al contemplarle como los luceros de la mañana al salir el sol.

Y el príncipe repite tristemente: «¿dónde has de encontrarme, madre mía, mujer que sea tan hermosa como yo?»

III.

Vani se ha quitado sus vestidos de luto, en su pecho ha penetrado la esperanza.

Siervas tejen túnicas riquísimas, siervas bordan velos deslumbradores.

Ábrense las macizas puertas del tesoro y se disponen baños con aromas.

Vani, la orgullosa Vani, ha salido con régia comitiva.

Desde las altas torres del alcázar, en que se halla retirada, ha sorprendido, en medio de las selvas, á la hija del labrador.

Rubia y lánguida es como las espigas agostadas, blanca y sonrosada como el nelumbo (1) de los lagos, ligera como el íbex (2), pura y amante como la paloma de azulado cuello.

Vani la ha visto y al punto ha hecho sacrificios á los dioses.

La dinastía del sol y de la luna no quedará ya sin sucesor. El príncipe ha encontrado por fin su compañera.

(1) *Planta de la familia del nenúfar, de flores rosadas y blancas. Algunos botánicos pretenden que es el loto de los antiguos.*

(2) *Hermosa cabra salvaje del Himalaya, superior á todos los cuadrúpedos en agilidad y ligereza para el salto y la carrera. Llega á caminar hasta quince millas por hora.*

IV.

Durante nueve dias bañan á la hija del labrador en leche perfumada, al décimo le visten una túnica de color de púrpura y de azafran; cúbrele la cabeza con un velo de oro, ciñenle la frente con la diadema de las reinas, cuájanle de perlas diamantes y zafiros el cuello, los brazos y los piés, sus dedos desaparecen bajo los anillos, arómanla nubes que se desprenden de lozas horadadas.

Que se celebre en todas las pagodas el gran sacrificio, que se adornen con flores y con telas todas las calles de la ciudad, que se empape en añil y se incendie el bosque de canelos para que embalsame el aire é ilumine el golfo con sus azules llamas, que un millon de pichones con campanillas de oro lleven á todos los pueblos la nueva feliz.

La hija del labrador ha hecho que se fijen las miradas del príncipe por primera vez.

V.

Distraído se halla el príncipe, pesarosa Ya
hija del labrador.

Ella le contempla enamorada, él se mira
en un espejo.

Ella le prodiga sus caricias, él la responde
con frialdad:

—¿Hija del labrador, habrá príncipe que
sea tan hermoso como yo?

VI.

Suspira la princesa, su madre misma no
la ha podido consolar.

Una vieja que la escucha se ofrece aliviar-
la con sólo dos palabras..

En secreto la ha hablado, sólo ella y la
princesa conocen el remedio.

VII.

Mirándose está el príncipe en su espejo, cuando penetra en su cámara la hija del labrador.

Sin volverse la pregunta:

—¿Hija del labrador, habrá príncipe que sea tan hermoso como yó?

—Sí, respondió la princesa, el rey de los siete soles.

El príncipe dió un suspiro y arrojó el espejo.

VIII.

—Que ensillen, dijo el príncipe, mi caballo más ligero, que quiero ver si es tan hermoso como cuentan el rey de los siete soles.

Y caminó, caminó y caminó.

Allá donde el Ganges mezcla por su última boca con las aguas del mar sus sagradas aguas, se eleva un magnífico palacio.

—Ahí habita, dijeron al príncipe, el rey de los siete soles.

Siete velos le rodean, cada uno de ellos deslumbra como un sol.

—En verdad, dijo el príncipe prosternándose, que eres, ¡oh rey! el más hermoso de los mortales.

—De lejanas tierras, contestóle el rey, has venido á prestarme homenaje, no quiero que te vuelvas sin un presente de mi mano; toma este quitasol, simbolo de mi autoridad y ofrécelo en mi nombre á tu esclava favorita.

El príncipe partió.

IX.

Pesaroso se hallaba el príncipe, nadie adivina la causa de su pena.

Por las solitarias riberas del golfo pasea con la hija del labrador.

Cada vez que mira el quitasol de la princesa lanza un suspiro.

—Amada mia, la dice, tira el quitasol al golfo.

La princesa lo tiró.

Mójanlo apénas las verdes olas, cuando se convierte en una elegante falúa. De marfil es su casco, de seda son sus velas. Música conmovedora se escucha en su interior.

Bajo su tienda de brocado aparece el rey de los siete soles.

El rey de los siete soles llama á la hija del labrador.

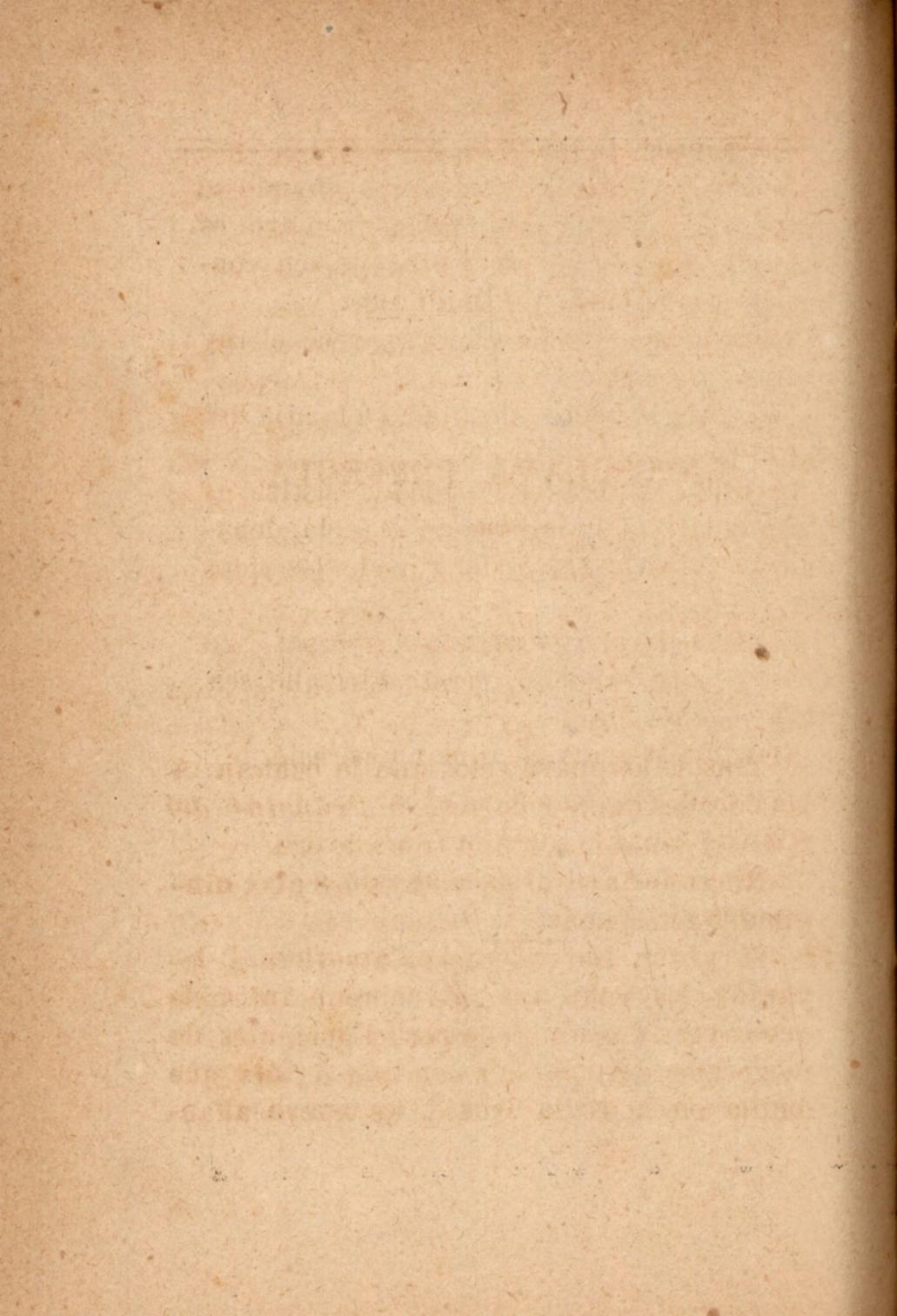
La hija del labrador no puede resistir.

Sentada está en la popa de la falúa, debajo de la tienda, al lado del rey de los siete soles.

El rey se levanta y grita al príncipe:

—Príncipe vanidoso, busca mujer que sea tan hermosa como tú.

El príncipe se arrojó al mar y pereció.



LA ESCLAVA PERFECTA.



I.

Tras de los nueve velos que le ocultan á las miradas de los hombres, el *Príncipe del Sol* está sentado sobre su trono de oro.

Ninguno ha visto su rostro soberano, ninguno lo verá jamás.

Si algun imprudente se atreviera á levantar los velos que le cubren, ántes de que cayera deslumbrado por los torrentes de fuego que despide *la montaña de luz* que brilla en la régia frente, los nueve alfan-

ges de los nueve guardianes que velan noche y día, caerían sobre su cuello separando la cabeza de sus hombres.

Oculto está el príncipe tras de los nueve velos; pero nueve visires prosternados esperan conocer á todas horas las menores indicaciones de su voluntad, nueve correos sobre veloces caballos están siempre preparados á trasmitirla á las nueve regiones del imperio, nueve veces novecientos guerreros dispuestos á ejecutarla en su corte, nueve veces noventa mil á hacer que se obedezca en toda la tierra.

Mas el velo se agita... los nueve visires escuchan estremecidos, los correos chasquean sus látigos y sepultan las espuelas en el vientre de sus corceles, los guardias vibran sus armas relumbrantes incrustadas de pedrería, los escuadrones se forman, los flecheros asoman las puntas de sus certeros dardos desde castillos que mueven novecientos elefantes...

¿Qué quiere el *hijo del Sol*? ¿Qué ciudad debe abrir sus muros ante sus máquinas de guerra? ¿Qué vida debe perecer al filo de sus espadas?

Tranquilizaos: las palabras del príncipe

no ordenan la destruccion y la muerte.

El leon se enoja de su soledad y quiere una compañera.

«Id, les ha dicho, recorred los nueve climas, y buscadme *la hermosa de las hermosas* entre las hijas de los Dioses, entre las hijas de los reyes, entre las hijas de los hombres.»

Nueve eunucos han partido yá, cada uno lleva oro suficiente para comprar nueve imperios.

Hermosas, en vano pretenderéis engañar el ojo perspicaz de los eunucos: padres, esposos, hermanos, en vano encerraréis á la perla de las bellas en el fondo de los abismos y la defenderéis con murallas coronadas de soldados; el oro y los guerreros del príncipe os la arrancarán de allí.

II.

¿Por qué llora esa mujer que parece la imagen viva de la hermosura desesperada?

¿Por qué se agita furioso el velo del príncipe?

—«Que me traigan, dice, al *sábido de los sábidos.*»

Un anciano venerable hunde en el suelo la arrugada frente.

Pero ántes ha reparado en aquella mujer é involuntariamente iba á exclamar: «Más bella... ¡imposible!

El hacha se cierne yá sobre su cabeza; mas el príncipe habla.

—«¡Como ésta de hermosa, pero sin voluntad!»

—«Señor, contesta el anciano, sereis obedecido.»

III.

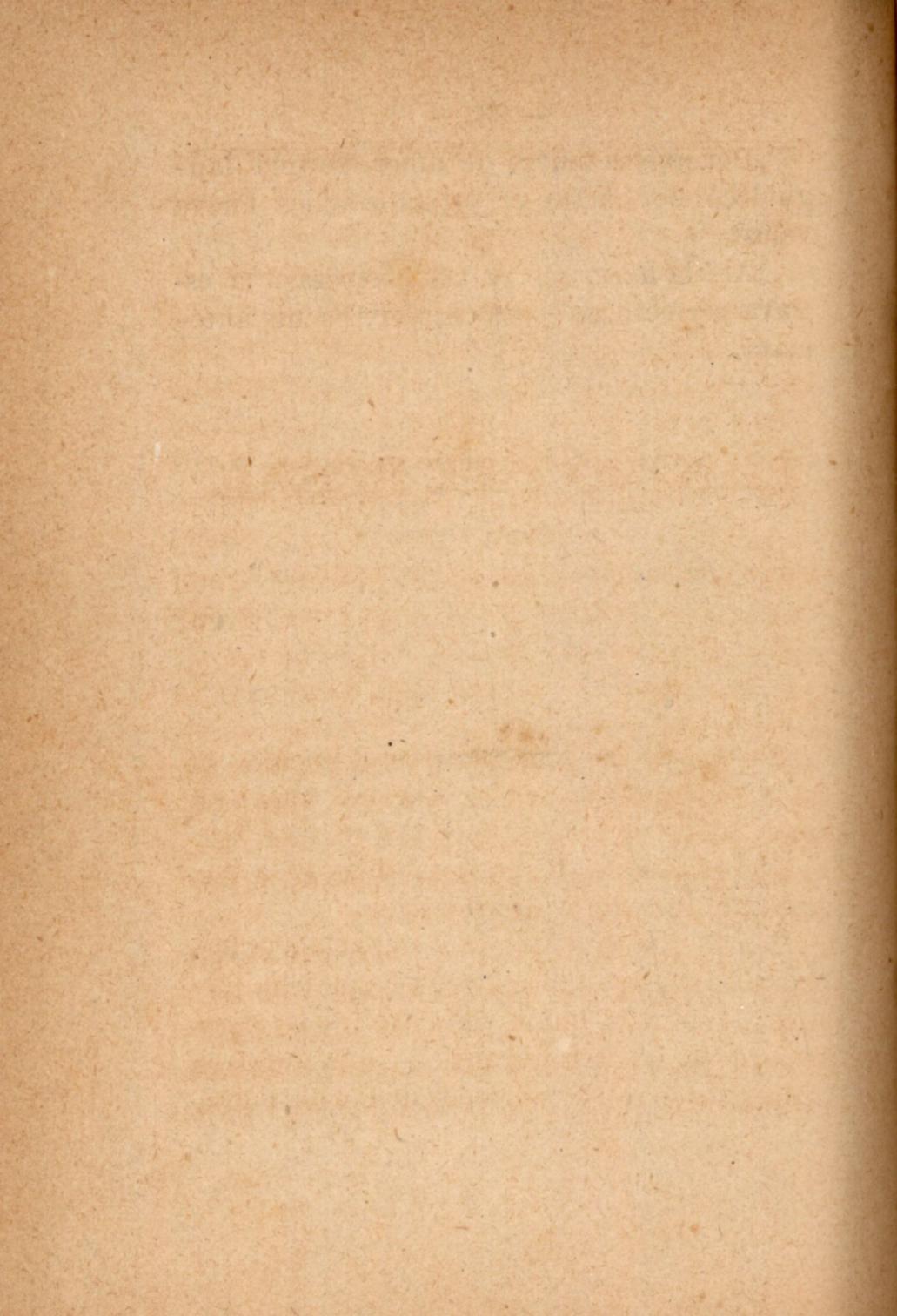
¿Por qué se muere de amor, por qué languidece de hastío el príncipe de los nueve velos?

Tiene á su lado la hermosa de las hermosas. No refleja con más *exactitud un tranquilo* lago los matices del cielo que su voluntad refleja su voluntad.

¿Por qué se muere de amor, porqué languidece de hastío el príncipe de los nueve velos?

¡Ah! la hermosa de las hermosas, la esclava perfecta no es una mujer; es un autó-mata.





EL NIÑO Y EL ROSAL.

I.

En uno de los más pintorescos pueblos de las Alpujarras, vivía hace algunos años una mujer pobre en bienes, pero tan rica en virtud, que las sencillas gentes del lugar la llamaban á una voz la *santa mujer*.

Y á fé que su fortaleza y su paciencia habian sido puestas á prueba de una manera terrible. Jóven aún, había visto partir á su esposo para esa guerra gigante en que nuestros padres vencieron al vencedor de las naciones,

y el beso de despedida fué el último que recibió de su boca, porque la primera noticia que de él tuvo fué la de su muerte.

Húmedas aún sus mejillas con las primeras lágrimas, una partida francesa entró en el pueblo y saqueó la casa del *brigant*, dejando á la infeliz viuda sin pan para sí ni albergue para su hijo.

El patriotismo y la caridad de sus convecinos subvinieron á sus primeras necesidades, y un trabajo incesante pudo suministrarle los ahorros necesarios para labrar una huertecita con cuyo producto vivía. Pero la desgracia no había cesado de perseguirla: un día la arrojaron de la casa y de la huerta, y la pobre madre tuvo que retitarse á una pequeña choza que hizo edificar con sus últimas monedas; allí levantaba continuamente su corazón á Dios, mientras su ágil lanzadera y las yerbas campestres que su niño, que entonces contaba apenas unos ocho años, recogía en el cercano monte, y los labradores más pudientes le compraban, bastaban á las reducidas necesidades de su presente; pero al contemplar la bulliciosa alegría de aquella criatura tan inocente y tan hermosa, dice el

anciano que me contó esta historia, que la madre balbuceaba entre suspiros esta plegaria: — ¡Protegedle, Dios mío; no hagais caer sobre el hijo el crimen de sus padres! ¿Qué será de este ángel el día en que le falte yo?

Tales eran sus palabras y las únicas quejas que habian salido de su corazón. Cuando alguno se lastimaba imprudentemente de su fortuna, levantaba sus manos al cielo y enseñaba á confiar en Aquél que dá á la rosa su vestido de púrpura y su aroma, á los pájaros sus pintadas plumas, luz á la tierra y entendimiento al hombre. Y el niño juntaba tambien sus tiernas manecitas, é incaba sus rodillitas en la tierra, con lo que el más desesperado sentía renacer la paz, y aquel á quien más agitaban las pasiones, las veía desaparecer á la primera lágrima.

Serian las cinco de la madrugada de un hermoso día de Marzo, cuando la santa mujer, sentada en su telar, contemplaba alternativamente el movimiento de sus delgados hilos, y á su hijo que separaba cuida-

dosamente las plantas, aún aljofaradas por el rocío de la mañana, empresa en que fué interrumpido por un sonoro beso que hizo asomar á su rostro el más hermoso rubor que se vió jamás. Sorprendióle su madre, y echándole entrambos brazos á su cuello, le dijo entre triste y cariñosa: ¿Por qué te avergüenzas así de mis caricias? ¿Qué mal has hecho, hijo mío?

—Yo no sé si es un mal, pero siento dolor como si lo fuera. Al descender al valle, á que tú llamabas el otro día nuestro jardín, arranqué un rosal que crecía entre dos rocas: ¿qué daño he hecho á nadie con esto? ¿Podía hacerle daño al rosal tampoco? ¿No cria Dios los rosales para nosotros? Pues á pesar de todo, al traer aquí las plantas que estoy separando, no sé qué impulso me ha conducido de nuevo donde estaba el rosal, y al verlo tendido, con las hojas místicas, los tallos caídos, las flores marchitas, no sé por qué me han dado ganas de llorar. Desde entónces yo no puedo apartar de mí la imágen del rosal, ántes tan hermoso y ahora..... no quisiera en-

tristecerte; pero siempre que lo recuerdo, sin querer, me viene á la memoria la muerte de mi padre. ¡Madre mia! ¡madre mia! dijo el niño sollozando: ¿he hecho mal en arrancar el rosal, madre mia?

—Tu conciencia no te engaña, hijo mio, dijo la santa mujer, has hecho mal. ¿Qué daño te hacía esa pobre planta? Miéntas trabajabas, recreaba tus sentidos con su aroma y su color; cuando volvías, nunca te dejaba venir sin una flor para mí que te valía un beso. ¿Te parece el precio escaso? Ya sabrás algun dia, con dolor, que no hay nada que pueda pagar el beso de una madre. Cierto es que al rosal no has hecho daño, pero te lo has hecho á tí en ser desagradecido; sí, ahora como siempre, el criminal es el que más sufre su delito. ¿Crees tú, por ventura, que Dios cria las flores sólo para que nosotros las destruyamos? ¿Crees tú que Dios, que las crió, no las ama á ellas como á hijos? Si al ponernos sobre la tierra nos dió una fuerza y una inteligencia que nos hace superiores á ellas, *fué para que lo imitásemos á él y lo ordenásemos todo segun la razon, no segun el ca-*

pricho. La naturaleza nos dá la luz con que vemos, el aire que respiramos, el agua que templá nuestra sed, la tierra que nos sustentá, el animal que nos ayuda, la belleza que nos halaga y nos levanta hasta Dios, y nosotros pagamos sus beneficios arrebatándole su belleza, arrancándole sus hijos..... ¿Qué sería de mí si otro más poderoso te arrancase de mis brazos, hijo mio?

—He hecho mal, he hecho mal; pero ¿cómo remediarlo? ¿Cómo volver á esa planta la vida que la he arrancado sin razon?

—Para remediar el mal nunca es pronto; vé, hijo mio, que el arrepentimiento borre tu culpa; vé y busca á la pobre planta, y yá que la has privado de la tierra que la sustentaba, hazte tú su protector, y si alguno se rie de tu cuidado y del agradecimiento que puedes prometerte, contéstale sin vacilar que no hay bien, por pequeño que sea, que merezca despreciarse; y que el que en el bien busca el agradecimiento, busca su utilidad y no el bien. Seamos buenos, porque debemos serlo, y dejemos á Dios el cuidado de premiarlo.

Así dijo la santa mujer: y el niño corrió como se corre en su edad para hacer una buena obra: el rosal fué puesto en un excelente tiesto, y los cuidados le reanimaron á punto de ser el asombro del pueblo y cuenta que éste era tan fértil, que le llamaban las gentes **EL FLORERO DE LAS ALPUJARRAS.**

II.

Os dejaba, hijos míos, tan contentos con la suerte del rosal, que temo entristeceros ahora; pero no tengais cuidado, que Dios es justo y misericordioso, como decía la santa mujer.

Sucedió, pues, que la pobre madre enfermó y se encontró al cabo de algunos dias sin ningun recurso. Un rico señor de las cercanías intentaba entónces celebrar una fiesta, y envió comisionados á este pueblo, por la fama que en todos sus alrededores sus flores alcanzaban. Ningunas vió más hermosas que las del rosal de la santa mujer, y noticioso de su estado, ofreció por él una cantidad mu-

cho mayor de la que razonablemente pudiera prometerse.

Mucho amaba el niño al rosal, pero quería más á su madre; así que, obedeció resignado la orden; pero al entregar á aquel hijo de sus cuidados, al mirarlo quizás por última vez, no pudo contener sus lágrimas.

—Mira, hijo mio, le dijo la santa mujer, como Dios es justo; tú hiciste un mal, y él te castiga; pero no te entregues al dolor, ni desconfies; que si es justo, es misericordioso tambien, y si castiga, es para corregir y no para matar.

Así dijo la santa mujer; pero se olvidó decir, que al par que castigaba á su hijo, premiaba su bondad para con el rosal, dándole por su medio parte del socorro que necesitaba.

Yá se hallaba ésta convaleciente, pero incapaz todavía para el trabajo, cuando concluyó de gastar el dinero que le había producido su buena obra, y meditabunda, no sabía qué partido tomar, cuando hé aquí que oye gran alboroto en el pueblo y el ruido de un coche, cosa por aquellos contornos desusada.

Mayor fué su admiracion cuando vió venir á casi todos los habitantes del lugar tirando al aire los sombreros y dando gritos capaces de hacerse oír del más sordo, y de dejarlo al que no lo fuera.—¡Ánimo, albricias, buena, santa mujer!—¿Qué será esto? pensaba ella; pero sin dejarle hacer más conjeturas, hé aquí que baja el señor del coche, y llegándose á ella, le dice, después de sosegado un poco aquel tumulto:

—Hija mia, yo soy el padre de tu desgraciado esposo, yo soy el que por calumnias infundadas te he perseguido, pero héme aquí arrodillado á tus piés; acabo de saber la historia del rosal, y Dios me ha hecho ver la verdad; á tí te destinó á ser la Providencia de esa pobre planta; á mí para expiar mis yerros, me destina á ser la tuya y de tu hijo.

—Gracias ¡Dios mio! dijo la santa mujer; y ella, el caballero y los circunstantes, todos se abrazaban y lloraban, y saltaban y besaban al niño, que á su vez abrazaba el rosal, que el caballero habia hecho traer á prevencion.

Un rayo de sol que penetró por entre las pajizas cañas de la choza, les pareció á todos una sonrisa divina, y el anciano de que yá os he hablado, me dijo que nunca, ni áun en el dia que nació su primer hijo, hizo con ménos palabras una oracion mejor.

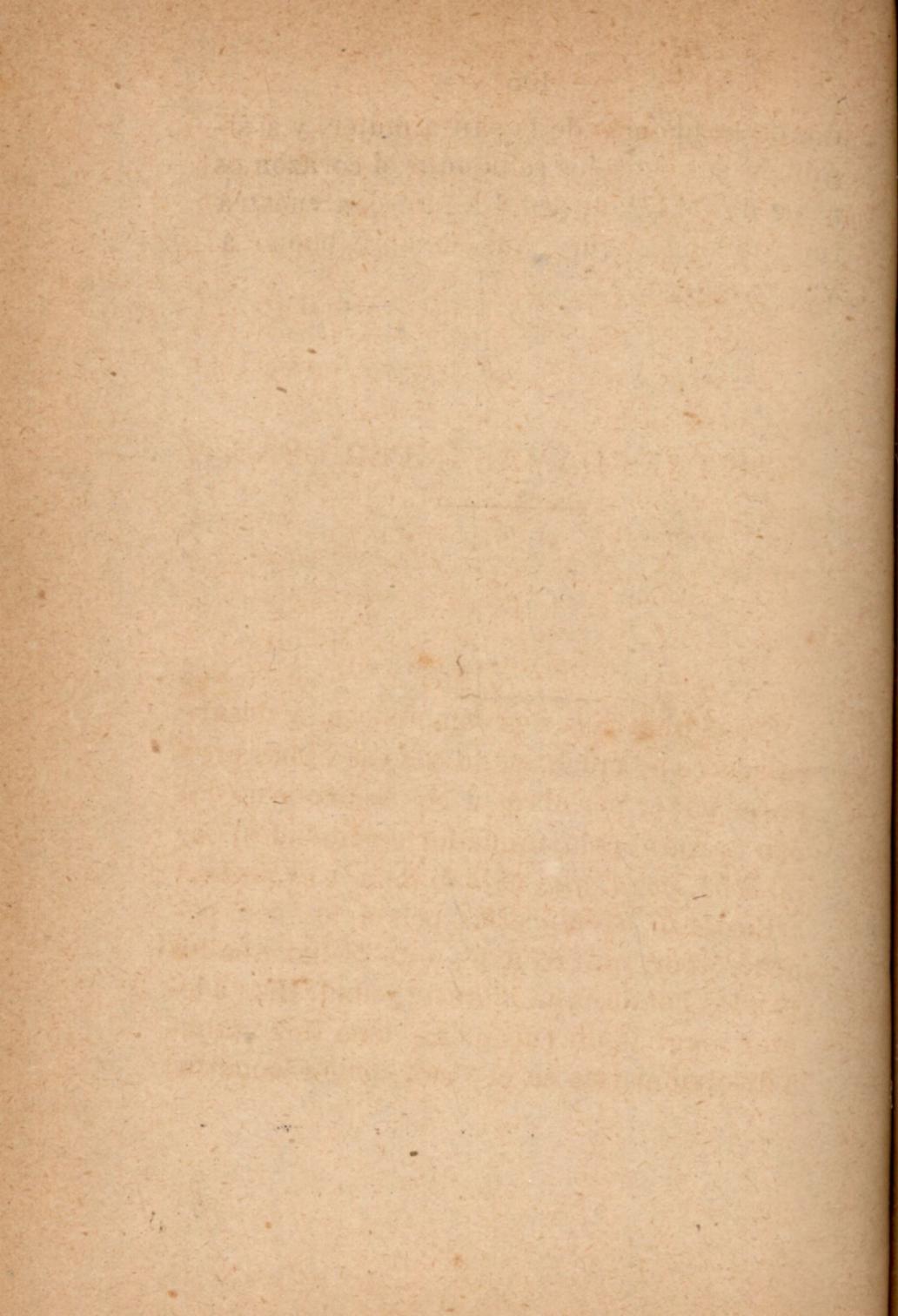
La santa mujer no se olvidó de sus amigos en su felicidad, y reuniendo en torno suyo á todas las mujeres del pueblo, les dijo:—Enseñad, hermanas mias, á vuestros hijos cómo ningun bien hay despreciable; hacedles comprender cómo Dios hace nacer del mal el arrepentimiento, del arrepentimiento el bien, y del bien la felicidad: enseñadles que no pongan precio á sus acciones, sino que obren con desinterés; que Dios, cuyo ojo lo vé todo, les dará premio doblado.

La santa mujer no abandonó tampoco de obra á sus antiguos convecinos, que en malos años y en desgracias tuvieron siempre en ella su amparo.

Hijos mios, si alguna vez teneis en vuestro poder un pájaro, un perro ó un rosal, acor-

dáos de la historia de la santa mujer, y si siguiendo sus consejos sentís que el corazon os rebosa de felicidad, pedid á Dios con vuestra inocente lengua que haga siempre bueno á vuestro amigo.





LAS TRES DAMAS IMPERIOSAS.

I.

Érase una casa rica como pocas, y desareglada como muchas. Su amo se había propuesto poner por obra el célebre consejo del gran Sardanápalo, fundador de ciudades: *Come, bebe, goza, que todo lo demás es nada.*

Comenzó, siempre los principios son pequeños, por imitar á los que él llamaba los grandes hombres de la antigüedad. Hizo aderezar lenguas de ruiñeñor, como Heliogábalo disolvió perlas en el vino, como Cleopatra,

y el arroz con diamantes sazonado con azafé-
tida fué su manjar favorito, hasta que una
de las preciosas pero indóciles piedras le rom-
pió un diente; y la que los antiguos llamaron
ambrosia le demostró con sus hechos que no
sin razon los modernos la han desterrado de
las cocinas, confinándola en las boticas.

Disgustado de sus empresas culinarias,
por haber sufrido en ellas, como ahora se di-
ce, amargas decepciones, las cuales fueron,
amén de las yá referidas, las de no encon-
trar, ni por un ojo de la cara, esclavo ni li-
bre que se dejára devorar por sus murenas,
ni hermosa Lesbia, ni Maritornes asturiana
que ofreciese su sedosa cabellera de tohalla
para el señor, éste dirigió el rumbo de su in-
genio hácia otros nortes del lujo y del pla-
cer, experimentando en los nuevos mares
porque navegó mayores tormentas y nau-
fragios.

El mundo ha degenerado, exclamaba; los
hombres de hoy no valen lo que los pasa-
dos. Mostradme, si nó, puños como los de Mi-
lon de Crotona, que puedan derribar á un
buey, hombros como los suyos, fuertes para

suspenderlo, y estómagos como aquél, capaces de engullirlo de una sentada. ¿Dónde encontrar yá ricos como Creso, coquetas como Julia, deudores como César, artistas como Neron? Tan mezquinos somos, que ni nuestros poetas se atreven á soñar lo que aquellos sencillamente realizaron. Se ha creído una gran cosa decir de Napoleon

Luz una noche le pidió su gente,
Y á cañonazos incendió á Moscou.

¡Valiente hazaña incendiar á cañonazos una ciudad de madera, cuando Neron incendió á Roma con las llamas que despedía el vibrar de las cuerdas de su lira!

Así se preguntaba y así discurría nuestro héroe, yá casi resignado á ser hombre vulgar, y así hubiera continuado preguntándose y discurriendo hasta el fin de los siglos, no habiendo nadie que le contestára ni contradijera, cuando, y en esto se reconoció que era verdadero génio, una súbita iluminación vino á disipar sus sombríos temores y á llenar su ánimo de consoladoras esperanzas.

¡Nécio y cobarde de mí, pensó, y cuán

cerca hé estado de aminorarme y, lo que es peor, de envilecerme! y todo ¿por qué? por haber olvidado el más repetido de los axiomas que enseñan á los chicos en las aulas: *distingue tempora, etc.* ¡Vamos, si dá grima! ¿Por ventura no se ha multiplicado con los siglos el tesoro de la necedad comun? ¿Son ahora, los hombres más libres ó menos explotables? No, que no son ni más prudentes, ni mejores. Su debilidad es distinta: en esto consiste la aparente dificultad del problema. Antes, era preciso pescarlos, ahora ellos mismos tragan el anzuelo; sólo que es preciso un cebo moral, que son demasiado malos, para que lo de hipócritas les falte. ¡Al fin encontré el punto de apoyo que Arquímedes buscaba para su palanca; el mundo es mio!

II.

Meses después eran celebrados en todos los círculos artísticos, políticos y financieros, los salones del conde de X.

En ellos se inventó ese moderno estilo de arquitectura que en una elegante dama ha bautizado tan gráfica como donosamente con el nombre de ESTILO DE CONFITERÍA. Allí se nacionalizaron las zarzuelas de Offembach, el Can-Can, el Puf, que desfigura á nuestras hermosas; en una palabra, el género bufo, destinado á dar la vuelta al planeta y á civilizar al mundo. Una palabra del Júpiter de aquel Olimpo creaba ó destruía reputaciones, repetida por el eco imparcial de quinientos periódicos subvencionados. Á un fruncir de sus cejas subían ó bajaban las acciones de crédito y los valores públicos. Golpes de Estado y pronunciamientos se hicieron, cuyo verdadero origen fué el haber desaprobado las Córtes una de sus contratas ó el haber desatendido el Presidente del Consejo la recomendacion de uno de sus pinches de cocina.

Hasta entre la gente mística gozaba de piadosa reputacion: costeaba suntuosas novenas, en que se cantaban los himnos sagrados por el aire de la Traviatta ó del coro de brujas de Macbeth, patrocinaba corridas

de toros, cuyos productos se destinaban á dulcificar las costumbres de los hipotéticos vecinos de los continentes polares, y cuadros vivos con acompañamiento de Can-Can á favor de las casas de arrepentidas.

Teníasele, en una palabra, por el Fúcar, el Constantino y el Leon X de la edad presente.

Su poder se asentaba firmemente sobre el oro, que por todo se cambia, y las inmensas sumas que dispendia, se compensaban con exceso con los tesoros que millares de agentes suyos pescaban de continuo en el Occéano de la vanidad y de la ignorancia, con las sutiles redes del ágio y de las sociedades anónimas. Y, sin embargo, este hombre adulado, servido, santificado desde el demagogo más furibundo hasta el más estirado aristócrata, no era completamente feliz. La conciencia le estorbaba ya poco, pero en cambio sufría su vanidad.

Tres damas, tres solas habian dejado de someterse á su singular jurisdicción.

Decíase, porque, entre paréntesis, ninguno las habia visto, que encantaba la menor

por su hermosura, que brillaba la mediana por su talento y edificaba la mayor por su virtud.

Cada vez que los artistas (llamémosles así) de aquella especie de córte, exponían á la admiración pública el último de sus engendros, decía la menor con su voz dulcísima:—¡Qué feo! Y en vano era que los críticos patrocinados escribieran sendas revistas mostrando tan claro como la luz que la susodicha obra estaba fabricada según todas las reglas de la Estética positivista; todos repetían como en eco:—¡Mamarracho, mamarracho! Y lo que es peor, el autor, en secreto, culpaba al Mecenas y el Mecenas al autor, con lo que el desdichado trabajo quedaba arrinconado para siempre.

Si alguno de aquellos autores científicos (de alguna manera los hemos de llamar) exponía una de esas teorías que todo el mundo entiende porque no tiene nada que entender, decía gravemente la mediana:—¡Eso no es así! y, adios teoría.

Si alguno de aquellos moralistas ensalzaba (por supuesto desinteresadamente) alguna de las acciones del señor, la mayor, más sé-

ria que el imperativo categórico de Kant, exclamaba:—¡Indignidad! Y todas las conciencias, hasta del autor, repetían: ¡Indignidad! ¡Indignidad!

Esto era capaz de desesperar á un santo, y nuestro héroe no era un santo, digan lo que quieran sus admiradores.

—Es preciso, se dijo, que esas mujeres sean mias á toda costa; ó es ó no es el oro el rey del mundo.

¿Consiguió su propósito? Segunda parte pide el caso.

SEGUNDA PARTE.



I.

Muy de mañana llamó el Conde al más listo de sus secretarios:—Necesito, le dijo, engastar tres nuevas perlas en mi corona: buscaréis á las tres hermanas, os presentaréis en

su casa á la hora conveniente y las pediréis en mi nombre su vénia para hacerles una visita. Espero que no me haréis arrepentir de haber puesto en vos mi confianza.

Indescriptible fué el efecto que produjo en todo el auditorio tan breve como descarnada peroracion. De cada una de sus frases veia el feliz secretario brotar un manantial inagotable de billetes de banco.—¿Que si las encontraré? decía vistiéndose, aunque las ocultase el mismo Satanás, ¿Que si obtendré su vénia para la visita? continuaba, bajando por las escaleras; otras cosas más difíciles he obtenido. ¿Qué si apesar de su decantado puritanismo conseguiremos que unan de sus discordes voces á nuestro coro de alabanzas? exclamaba ya en la calle: ¡vaya si lo conseguiremos! ¿què pueden desear estas doncellas ALRUCAS, como dirian nuestros padres los gódos? ¿Lujo? Ya pueden contar con letra abierta en todos los comercios. ¿Gloria? Tenemos revistas, poetas y directores de teatros con sus correspondientes alabarderos. ¿Un novio? Magnifico! dijo pegando un salto, creo que ya me vá gustando la más pequeña: ¡feliz

consorcio entre la belleza y el arte! ¡Y qué triunfo para el Conde! Entónces sí que habrá logrado lo que todos los gobiernos han pretendido en vano: hacer de la Belleza una belleza oficial; de la Ciencia, una ciencia oficial; de la Moral, una moral oficial: y todo sin fogueras ni censuras. Entónces sí que podrá publicar, sancionado por la práctica, su célebre sistema filosófico: «El primer principio y la verdad trascendental es el dinero.» ¡Mas, adónde voy, andando como un loco, sin saber adónde? Reflexionemos. Empecemos por la más inocente. ¿Dónde encontraremos á la Belleza? ¡Hola! ¡chist! ¡chist!... y echó á correr en demanda de la otra acera.

Mas en vano corría y siseaba, porque el caballero (tal parecía en su porte el demandado y perseguido por nuestro secretario) sin hacer caso de las señas, daba á sus piernas toda la fuerza de vapor.

Ágiles los dos, sudaban *yá entrambos*, cuando el tenáz perseguidor, haciendo un supremo esfuerzo para acercarse á su enemigo, le gritó: ¡Vizconde, vizconde! Palabra fué esta que debió sonar al *aludido á guisa de a-*

ñonazo de buque de guerra en cubierta de negrero, pues haciendo de la necesidad virtud, se puso al paio, viró en redondo y viniendo al habla con su enemigo, le saludó afectuosamente y comenzó un diálogo con él, de esta manera:

—Querido, tan apresurado iba á cierto lance de honor, que por poco no me paso sin saldaros. No me lo hubiera perdonado nunca: ¿acaso hubiérais creído que es por aquel piquillo que os adeudo? Palabra que nó; creed que no me ha faltado sino tiempo para llevároslo; ¡tiene uno tantas cosas en que ocuparse! Pero, confiad, vos no pertenecis á los filisteos. Yo distingo de acreedores; mas he descubierto una verdadera joya. Figuráos una princesa norte-americana y su marido un oso blanco. No temais por mí, yá le corterémos las uñas. Prometo presentaros á él. Yá hablarémos despacio; pero tenge prisa: ¡agur!

—Lo que acabais de decirme me obliga á deteneros un instante. ¿Habeis creído que soy capaz de recordar una miseria de quince mil duros á un hombre de vuestras

circunstancias? Me ofendeis, *hay nombres* que honran la caja de un banquero, dándole cierto perfume aristocrático. Espero que el vuestro no se ha de inscribir en mis libros una sola vez. Y á propósito, para la empresa en que os hallais empeñado necesitaréis municiones de guerra, á mí podéis confiaros.

—Sois el rey de los ginoveses, como dirían nuestros abuelos. Merecíais ser descendiente del judío que prestó al Cid sobre sus cofres de arena. En cuanto suban los nuestros os prometo una gran cruz y un título de nobleza.

—Gracias, no deseo más que vuestra amistad. Me hallo mal entre libranzas y pagarés, necesito otro ambiente: ¡si yo pudiera penetrar en vuestro círculo!... Y á propósito, ¿conocéis á la Belleza?

—¡Bribon! le respondió el Vizconde golpeándole cariñosamente en la mejilla; ahí es nada lo que pretendéis! ¡La Belleza! ¡La verdadera belleza! Amigo mio, es la reina de la moda: sus palabras son oráculos. Aquí para entre nosotros, si quisiera abrir sus sa-

lones, habia de poner en peligro á nuestro Conde; pero nada, es un ídolo que no se deja ver sino de sus elegidos. Yo os haré penetrar en el santuario.

—¿Y, cuándo?

—Ahora mismo, si no fuera por ese acacido lance. Pero yá que me acuerdo, acabais de ofrecerme generosamente vuestra caja: el lance puede arreglarse... el pobre lo ha emprendido porque necesita hacerse el interesante para evitar la persecucion de unos ingleses y sacar unos cuartos á cierta dama... Si me pudiéseis adelantar alguna cosa...

—Lo que querais.

—Pues entónces, elijamos un coche medio decente y vamos al instante.

II.

A la combinacion de la luz que resulta de la escasa del día que trabajosamente penetra por los rojos y corridos cortinones. que

cubren los huecos exteriores de un elegante *boudoir* y de la intensa que despide una bien encendida chimenea, en medio del rompimiento que producen sus reflejos, prestando á los objetos sobre que descanza un tinte rosado y brillante, que contrasta con las pálidas tintas de los objetos que les rodean, al lado de uno de esos lindos mueblecitos de la época de Luis XV, lleno de preciosos enseres de escritorio, que más bien parecen juguetes ideados por la fantasía de un niño, artísticamente reclinada sobre un blanco camapé, se halla una mujer á quien no vacilaríamos en calificar de jóven y hermosa, si no nos hicieran cautos los engaños del esmalte, del henchido, del crepé, de la odontalgia y de la perspectiva. Apoya su brazo izquierdo, cubierto de encajes, sobre el último tomo de poesías, miéntras que su mano derecha, de una excesiva blancura, juguetea con una pluma de oro, acompañando las frases de una comenzada conversacion, que continuaba así:

—Desengañáos, el conde vá por mal camino y harto suavemente lo hemos tratado. El mismo paso que acaba de dar, aunque

tan lisonjero para mí, os lo demuestra. Buscar la Belleza, nombrarla siquiera, es recaer en la Metafisica, creer en las entidades ocultas... No hay belleza sino objetos bellos, ó, para hablar con entera precision, no hay más que una sucesion de estados agradables: ¿en qué consiste este agrado? En la impresion que produce la superficie de los objetos en los sentidos, singularmente en el sentido de la vista.

—Permitid, dijo nuestro conocido, el Vizconde que os defienda contra vuestra propia teoría. ¿Conque vos, la bella de las bellas no seriais más que una superficie engañosa?

—Ni yó, ni vuestra princesa, Vizconde. Mas ¿qué es lo que llamais engaño, envenenado galanteador? Figuráos que con un poco más de Geografía, pudiérais afirmar que no hay en todo el territorio de la Union Americana ninguna provincia de Ignavia y que vuestros conocimientos político-sociales os hubieran hecho saber que los demócratas norteamericanos no conceden título de príncipes y que ni allí, ni en ninguna parte se paga al presente el «chapin de la princesa,» por tener la alta honra de ser recibido en audiencia par-

ticular; ¿dejaría de ser cierto, que la susodicha señora tiene sus dominios en la ignorancia, «ignavia» en latin, de las gentes, y que vos, entre otros, le pagais tributo sin haber, hasta el presente, logrado besarle la mano?

— ¡Señora!...

— No trato de ofenderos, hablo sólo en hipótesis: es posible que allí haya Ignavias y princesas como en todas partes; dejadme concluir: suponed que vuestra encantadora belleza hubiera sido ántes una doncella gallega, rojinegra como los ahumados chorizos de Candelario; que, más lista que la mayoría de sus paisanas, hubiera logrado entrar de característica en la compañía de un café cantante. Suponed que allí hizo relaciones con uno de los mozos, gran partidario del amor libre y de la igualdad social, y que, reuniendo la ciencia del uno y el arte de la otra, se decidieron, por su propio derecho y sin ageno auxilio, á ocupar uno de los primeros puestos de la nobleza; suponed que emplearon sus ahorros y sus propinas; ella, en trasformarse de morena en rubia; él, en alquilar un traje decente, y que con su nueva cara y nuevo traje,

obtuvieron el crédito necesario para alquilar un cuarto amueblado y una berlina; ¿os parece que estos príncipes fantásticos, formados según todas las reglas del arte, son inferiores á esos otros que llaman verdaderos, constituidos tales por el capricho de un rey y educados entre lacayos y mozos de cuadra?

—No prosigais, señora, exponiendo esas doctrinas demagógicas, que ni en son de burla sientan bien en vuestros lábios, dijo el Secretario, viniendo en ayuda del corrido Vizconde, y continuad con vuestra interesante teoría de lo bello, que me temo mucho ha de ser otra finísima ironía: ¿cómo comprender que la más noble y bella de nuestras damas dirija sus tiros contra la nobleza y la hermosura?

—Aunque así lo fuera, en lo que habría mucho que discutir, ¿por tan nécia me tenéis que estime en más lo que debo á la casualidad que lo que es hijo de mi propio esfuerzo? Quedábamos en que la belleza es la relación que existe entre la superficie de los objetos y nuestra propia vista. Cuando esta relación es de conveniencia, nos parecen las cosas bellas;

cuando son inarmónicas las vibraciones de las unas y de las otras, feas ó deformes. Un instrumento llamado *estetómetro* nos permite en cada caso apreciar el grado de la relación. De este modo lo bello sale del vago dominio de las ideas y entra de lleno á formar parte de la Física. Su producción queda, pues, reducida á este sencillo problema: «modificar una superficie de manera que sus vibraciones convengan con una visualidad dada:» y si á esta modificación, en cuanto tiene por objeto realizar lo bello, le llamamos «adorno,» y á la serie sucesiva de sus estados, «moda,» tendrémosque la «belleza consisté en adornarse segun la moda.»

—Convengo en que vuestra consecuencia es lógica, una vez negada la sustantividad de lo bello; ¿pero las grandes obras no consisten principalmente en la unidad de la concepción interiormente sostenida? ¿No se reputarán siempre como bellas la Iliada, la Divina Comedia?...

—Pura moda, amigo mio; la costumbre ha hecho de mal tono decir lo contrario, y nadie quiere aparecer ménos ilustrado:

leedlas á un rústico ó á un niño y bostezan á la segunda página y se duermen á la tercera. Un aguador prefiere la gaita de sus paisanos al violin de Cremona, y una lugareña sus santos de almagra á los cuadros de Velazquez ó Rafael. No negaré tampoco.....

—Permitid que os interrumpa, replicó el Vizconde algo más sereno; pero os he cogido en la más flagrante de las contradicciones: ¡vos tan experimentalista, sutalizando como un escolástico! En cuanto á mí me atengo á la experiencia: conceded la más mínima atención á mis obsequios y os permito demostrarme luégo que sois fea.

—Ese es el punto en que precisamente os aguardaba. ¿Me ofrecéis vuestro corazón? Yo os aseguro que no tardaréis en arrepentiros de vuestra promesa.

—Vuestro rostro y vuestro talle me aseguran de lo contrario. Á pesar de la insustanciabilidad de lo bello, no hay quien os haya visto una sola vez que no me envidie en este instante.

—Apelo, como Sócrates, de todos esos testimonios al de vos mismo.

Y despojándose con extraordinaria rapidez de sus mujeriles ropas, apareció un travieso mancebo que, saludando graciosamente á sus interlocutores, les dijo:

—Mr. Petibé, comisionista y prospecto ambulante de costumbres, adornos de señora, etc., etc.

¡Bribon! dijo para sí el Vizconde, ¡y me ha sacado cincuenta duros!

—Adios, vizconde, dijo en esto el Secretario: ¡mañana lo demando!

III.

Aturdido nuestro embajador con tan no pensada peripecia vagaba por las calles sin rumbo fijo, cuando llamaron su atencion unos grandes carteones en que se leia *La Verdad*, y con letras más pequeñas *Sociedad de Crédito*.—*La Bondad*, y más abajo, *Artículos de consumo*.

—Vamos, dijo el Secretario; va sé á qué atenerme en punto á las tres doncellas, y volviendo á su señor le dijo:

---La Verdad, la Bondad y la Belleza no son tres doncellas, sino tres anzuelos llenos de falsedad, de hipocresía y de polvos de arroz.

TERCERA PARTE.

I.

En un escondido gabinete, á donde á nadie permite penetrar, recostado en una blanda otomana que convida á tomar las más extrañas posiciones, detrás de un veladorcito cubierto enteramente por un rico servicio de café, se halla el conde, como él dice, en sus momentos de buen humor, entregado á sus recuerdos de estudiante.

La llama azulada del rom que salta con grito estridente en una ancha ponchera de plata, reflejando en los variados colores de los líquidos que se contienen en los frascos

de una muy completa licorera, interrumpida por las continuas nubes de humo que se desprenden del agua, del ponche y del café y por las más espesas que alternativamente lanza el conde de la boca sacándolas de una larga pipa, que dibujan á intervalos sobre las desnudas paredes, figuras gigantes, dán á aquella estancia un tinte fantástico imposible de describir.

¿Qué debe pasar en el cerebro de ese hombre adormecido por el alcohol, exitado por el café, á solas con su conciencia entre las ilusiones de su infancia y los desengaños de la vida?

---Al fin puedo descansar, exclamó, tan tenaces son esas ridículas preocupaciones que graban nuestras estúpidas noduzas en nuestros blandos sesos. ¡La belleza! que se lo pregunten á Mr. Petibé: ¡La verdad! de veras que desearia saber lo que se oculta con ese nombre! Dio, y rendido por este esfuerzo, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se quedó de nuevo adormecido.

Pero entre las penumbras de aquel sueño le pareció escuchar lentos y callados pasos

que rozaban suavemente las alfombras y de improviso halló delante de sus ojos una hermosísima figura. Compuesto singular de luz, sonido y movimiento no tenía límites precisos, era como los aromas que se perciben sin dejarse ver. Mas al tocar en los objetos, éstos se tornaban transparentes desprendiéndose su grosera corteza y rebelaban su esencia íntima que se esculpía, se dibujaba y se cantaba todo á una vez, sin que pudiera decirse dónde los acentuados contornos de la escultura se confundían con la línea del pintor, ni los determinados matices de la pintura con la indefinible vaguedad del canto ó donde éste, hallando en la idea la propia expresión del sentimiento, daba lugar á la proesía el arte de las artes.

—Bonito cuadro disolvente! ¡Magnífica luz de Bengala! dijo el Conde, apuesto á que es invencion del tunante del Secretario, que en picardias no quiere dejar eclipsarse por ninguno. Esta sí que es la Belleza, si la hay, añadió sonriendo maliciosamente.

Y una voz que hacia entenderse sin ruido le contestó. Haz llamado á mi hermana y héme aquí.

---La Verdad, yo quiero á la Verdad á quien no he visto nunca; en cuanto á la Belleza ya sé por esperiencia á qué atenerme.

Entónces disipándose la atmósfera de encanto que todo lo envolvía dejó ver en los objetos una fisonomía austera, semejante al doloroso placer que experimentamos cuando hemos renunciado aun á las sugerencias más nobles del egoismo; los contornos antes *dulcificados* tomaron formas más decididas á las intuiciones del artista que adivina entusiasmado sucedieron las deducciones del sabio que sereno demuestra.

---Esta es evidente, esta es la verdad, balbuceó el Conde, pero no, no quiero creerlo.

Empero en vano cerraba sus ojos á la luz, una luz más intensa a día dentro de sí mismo; en vano intentaba amortiguarla ú oscurecerla con sofismas, una voz serena é impasible le gritaba desde lo más profundo de su conciencia: *Niégame si puedes.*

En un mismo espejo veía retratado lo que era y lo que debía de ser, en vano intentaba apartar de aquel espejo su mi-

rada á donde quiera que volvía la vista la encontraba siempre.

—¿Qué te he hecho, más que desearte, decía el conde anonadado, si eres la Verdad por qué me atormentas?

—Yo no, alhago, ni atormento, nuestro lo que es y nada más. Tú me confundes con mi hermana, esa es la encargada sobre la tierra de dispensar el premio y el castigo.

—Yo lo soy, dijo otra voz de irresistible imperio, yo la voz de tu naturaleza, yo la voz que estás obligado á obedecer, haz podido hacerme traicion, pero no puedes desacatar mi autoridad, donde quiera que camines yo iré contigo. No hay interés que pueda oponerse á mis mandatos. Cumple tus deberes. Obedece.

Y la verdad con minucioso análisis penetraba en los repliegues mas escondidos de la conciencia, y la Bondad, con mandato irresistible exigía poner por obra el deber apesar de todos los sacrificios, y la Belleza dibujaba los tormentos del malvado con la lira del Dante y el pincel de Miguel Angel la serenidad del sabio con la magestad de

Esquilo, nunca superada, y los horribles tormentos de la duda que halló en el Cementerio de Aldea, el alma hermosa de Juan Pablo.

Y el Conde desesperado se revolvió en su blanda otomana como en un lecho de espinas suspirando: ¿Quién me libertará de vosotras? venga la muerte.

—Y las tres le contestaban ni la muerte.

II.

Antes de continuar en el relato de esta yá tan larga como verdadera historia, hé de confesar con toda sinceridad á mis lectores, de cuya buena fé jamás me permitiría abusar aunque pudiera, áun tratándose de cosas tan veniales como son todas las que se atribuyen á los héroes novelescos, á consecuencia como asientan los más graves y prácticos casuistas de la sutileza de su sustancia que no les permite soportar nada pesado; hé de confesar, repito, que por éstas y

otras razones que callo y que decir pudiera, me acometió el escrúpulo de si se me podría tomar por patrocinador ó á lo menos por propagandista de hechos no suficientemente averiguados, pues que solo fueron vistos por un hombre cuyas anticipadas libaciones excedían con mucho á los que á varon prudente corresponden.

Escarabajeábame y escociame este escrúpulo en el fuero interno, escocimiento y escarabajeo que formulaba con estas ó parecidas razones: ¿Hé de turbar yó por tan fútiles motivos la tranquila seguridad de la mayoría de las gentes que por honradas se tienen y son tenidas y para las que lo bello es lo que les gusta, lo verdadero lo que les parece, y lo bueno lo que les conviene?

¿Y cómo no se reirían de mí los sábios de la evolucion al ver que todavía después de Compte, de Darwin y de Heckel hay quien se atreva á nombrar algo de absoluto? De seguro me colocan en el período evolutivo á que corresponde el Mastodonte fósil.

Asunto difícil era este y caso de conciencia, calificado por lo que para conservar la

mia tranquila, decidí consultarlo con varones doctos.

—Dirijíme, en primer lugar, á un sapientísimo teólogo de los antiguos, hombre encanecido en el *distingo* capaz de sustentar un *ergo* en la punta de una aguja manteniéndolo en tan difícil posición asegurado por cien cadenas de sutilísimos silogismos cuyas premisas mayores fueran lo bastante inconsistentes para flotar en los aires. Á este que era además casuista consumado, le presenté en breve el objeto de mis dudas.

Arrellanóse en un sillón de baqueta, sacó su caja, tomó un polvo y después de haberse quedado largo rato en una especie de contemplación beatífica, contestóme lenta y mesuradamente como pesando sus palabras:

--Difícil es la cuestión que me proponéis y digna de ser meditada más despacio. En asuntos de visiones hemos llevado tales chascos que tocante á ellas toda prevision es poca. Nó que yó las niegue en absoluto, la Biblia nos habla de la vision de Saul y... pero es que la cuestión... vamos... decididamente es uno de los errores modernos; no

hay duda, dijo alzando la voz, es una vision panteista, corred á vuestra casa romped esas cuartillas, procurar hacer exámen, no sea que os halleis inficionado de esas malditas ideas, y por vía de satisfaccion y penitencia no tomeis la pluma en cuatro años.

Quedéme anonadado con este para mí no pensado descubrimiento, mientras que mi interlocutor continuaba más tranquilo: Hé aquí en lo que fundo mi opinion. Toda vision supone un objeto visible que sea de su misma naturaleza. Ahora bien, la Verdad, la Bondad y la Belleza no tienen existencia *in-re* sino *mere intellectual* (sobre esto pudiera citar muchos textos); atribuirles, pues, acciones, movimientos, en fin, algo de lo que pertenece á las cosas *in-se* es el error de los realistas que daban á las verdades generales existencia *anterem*. Esto, como veis, es clarísimo y no tiene necesidad para demostrarse del empleo de ninguna palabra desusada ni de alterar el significado de las corrientes, como hacen esos mal llamados filósofos modernos, no menos corruptores del language que de las ideas.

Aunque en punto á la claridad no fuera enteramente del dictámen *de mi docto antagonista* contentéme con él, aunque para mayor satisfaccion decidí consultar á un fisiólogo no sea que el suceso pudiera explicarse por causas naturales.

En buena ocasion llegais, me dijo, en cuanto entré en su laboratorio, un médico ruso acaba de descubrir el anillo que faltaba entre los vertebrados y los invertebrados, ya no hay nada en la naturaleza que no pueda explicarse por la evolucion.

—Me alegro en el alma, le contesté, porque así no podréis escusaros de *ilustrarme* acerca de una duda que me agovia y á seguida y sin más le *conté mi cuento*.

—Precisamente, me dijo, es cuestion que se acaba de resolver. La dificultad que hasta ahora han encontrado los sistemas empíricos para explicarse el *á priori* que por otra parte es innegable (ya veis que no soy preocupado) ha venido de no considerar la experiencia más que en el individuo, olvidando todo lo que este ha recibido por la adopcion y la herencia. No hay más que

fenómenos, pero algunos proceden de pasadas experimentaciones que han evolucionado nuestro cerebro y que suponemos superiores á nosotros, porque son anteriores á la conciencia de nuestra propia actividad. Lo que ha pasado en nuestro caso es que el cerebro del Conde, exaltado con el alcohol y la cafeina ha dado valor á imágenes semi-borradas por el trabajo de la evolucion presente.

—¿De modo, insistí, que no dais valor ninguno á esos fenómenos?

—¿Qué valor quereis que dé á los fenómenos de un borracho?

—Vamos; dije para mí, los fenómenos científicos deben ser fenómenos en ayunas.

—Sucedióme, pues, lo que ordinariamente acontece, que despues de estas consultas quedéme poco más ó menos como antes de que hubiera consultado y aplicando la máxima de San Agustin, *in dubiis, abstine*; iba ya á renunciar á mi trabajo, determinacion que casi siempre me hallo dispuesto á seguir, como que conviene de enteramente con mi modestia, cuando reparé en una nota con

que termina el manuscrito de la Crónica que me sirve de guía, la cual desvaneció, de tal manera mis temores que me decidí á continuarlo, en la forma y modo que el curioso lector, verá, si gusta, en el número siguiente.

III.

Despertóse nuestro Conde, ya bien entrada la mañana y como es uso y costumbre entodo el que despierta dirigió una vaga mirada en derredor. Algo debió encontrar que le disgustara, pues que cerró los ojos apresuradamente. ¡Qué horrible es todo esto, exclamó! ¡Cómo se ve el alma negra del artista en esos inarmónicos colores que hieren la vista desapasiblemente, y turban con su desorden la serenidad del espíritu! ¡Cómo revelan lo avieso de sus intenciones esas líneas que se retuercen en posiciones imposibles y dán á esas figuras gestos de condenado! ¡Cuán mezquino debe ser el senti-

miento de esos hombres que no les permite ver más que lo que excita las pasiones más groseras! ¿Y á esto le llamaba la realidad? ¿Y á esto le llamaba la Naturaleza? ¡La realidad foco inagotable de altas ideas y nobles sentimientos! ¡la Naturaleza que sabe traducirlas todas en formas inimitables!

¡Son estos los vates, los que revelan á los asombrados ojos de la multitud la idea divina que anima todas las creaciones! ¡Son estos miserables aduladores de la degradacion y del desórden, los santos sacerdotes de lo bello que claro muestra su celeste origen, levantando mediante el desinterés nuestros sentimientos á las regiones más puras y sublimes! ¡No han debido romper su pincel y sus cinceles antes de trocar su elevada mision de educadores de hombres en la de asquerosos alcahuetes de los vicios? Mas ¡qué digo! ¿no he sido yó el artista de esos artistas? ¿No he sido el que los he levantado del polvo con mi oro, no ha sido mi oro el que les ha comprado su celebridad? ¿Qué han hecho, esos esclavos que me vendieron su alma, más que propagar en todas las formas

mi propio pensamiento? ¡Y esto he pensado, y esto soy yó! Miserable! Miserable!

Excitado por estas reflexiones levantóse el Conde apresuradamente y, saliendo del gabinete, vino á dar de cara con un antiguo retrato de Velazquez. La sobriedad de sus tonos y la severidad de sus líneas que contrastaban con las ridículas escallolas y dorados de las paredes, daban á la fisonomía del caballero que representaba, un carácter de austera gravedad que acabó de desconstar á nuestro Conde. Era, no podía dudarse, que allí Velazquez trasladó su alma, uno de aquellos antiguos héroes inflexibles, fáciles sufridores de la miseria, pero incapaces de transigir sobre el honor. Parecía que, sentado en aquel blasonado sillón de encina, en el salón en que se conservaban las enmohecidas armas de sus abuelos, iba á pronunciar la excomunion de la familia, sobre aquel vástago podrido que se había atrevido á cambiar los tesoros de honra, conservados y aumentados durante tantas generaciones por fáciles goces en el mercado de las conciencias. Y el Conde estremecido bajaba la ca-

beza, como el delincuente convicto delante de su juez.

Así hubiera permanecido largo espacio si una de esas súbitas transformaciones del pensamiento no hubiera hecho variar de todo punto sus ideas.

—¡Torpe de mí! ¿de qué me sirven mis estudios? Cualquiera de mis abuelos en mi caso se hubiera suicidado, ó se hubiera metido en un convento. La ciencia ha hablado por fortuna, todos estos terrores no son más que la falta de un poco de fósforo en la mullera. Vamos, pues, á almorzar. Y se dirigió tranquilamente al comedor.

IV.

Cubierta se hallaba la mesa de las más succulentas viandas y de los manjares más raros y esquisitos; brillaban los vinos en todos los tonos, desde el pálido topacio, al ardiente rubí y al negro carbunco; fruteros de plata mostraban sobre verdes ojas

frutas de todos los climas, y flores acabadas de cortar perfumaban suavemente la estancia, desde vasos de oro y de cristal de Sajonia mezclados con otros etruscos de voluptuosas pinturas... Mas ¿qué horror es este que se apodera del Conde? ¿Porqué se retira estremecido? Los vinos le parecen sangre caliente que acaba de brotar de las heridas; los sesos, sesos humanos que aun palpitaban; las carnes, miembros de cadáveres á quienes el suicidio ó el asesinato han arrancado violentamente á los goces ó á los tormentos de la vida; el agua lágrimas, y hasta las inocentes flores parece que le gritan: ¡Come si te atreves! ¡Malvado! ¡Ladron! ¡Asesino!

Y la Verdad le esplica aquella vision con estas palabras: Las cosas son lo que son, no lo que parecen; esas cosas son tu oro y ese oro lo has adquirido con tus crímenes. Aliméntate ahora, de tus crímenes, si puedes, y prolonga el infierno de tu vida.

¿Qué hacer Dios mío? marmuró el Conde. Y la enérgica voz de la Bondad le contestaba: ¿Qué? cumplir con tu deber y regenerarte por la penitencia. Devuelve lo que

no es tuyo, trabaja en bien de los demás lo que has trabajado en su perdicion y puedes salvarte todavía.

Mas el conde, en medio de sus dolores, contestaba: ¡Jamás he de degradarme hasta ese extremo! ¡Qué dirá el mundo, si desciendo de la posicion que he sabido conquistarme! La muerte me libraré de vosotras.

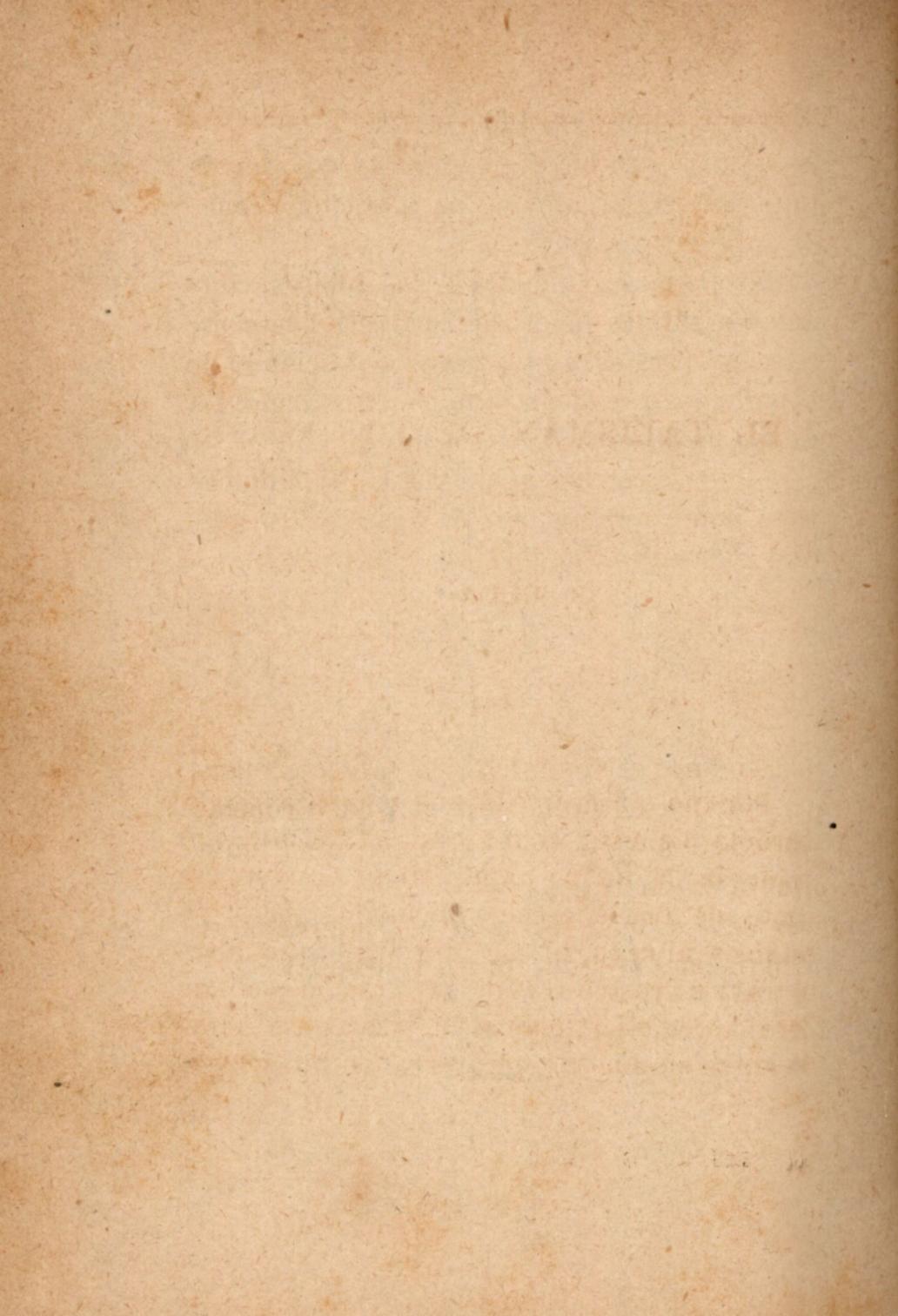
—Pero las tres le replicaban: ¡Ni la muerte! ¿Á dónde quieres huir de nosotras, si nosotras somos tú mismo?

V.

¿Qué hizo el Conde? No lo sabemos, porque solo hasta aquí llega nuestra Crónica, pero como á los fines de ella hay una nota marginal que dice así:

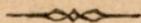
«¡Esta historia es la tuya! ¿Quieres saber el final? pues pregúntate'lo á tí propio.»







EL TALISMAN DE LAS FEAS.



ELLA.

I.

Por no parecerse á sus compañeras, la heroína de este cuento no es hermosa ni princesa. Y no me hagas, amigo lector, ese gesto de desdén, como diciendo: ¡bah! yá estamos al cabo, ni tú, linda lectora, ocultes el travieso rostro tras de las caladas varillas del abanico, di igiéndome de través esa mirada entre enfiadada y picarezca, en que leo co-

mo en un libro: ¿Por quién me toma V., señor mio? ¿Se figura que no he leído yá la historia del príncipe de Suecia, que se enamoró de una jardinera y luego resultó que era hija nada menos que del mismísimo Emperador de Alemania? ¿Tan niña soy que no me sepa de coro el cuento de la Puerca Cenicienta? ¿Vaya, que sí con esa astúcia intentaba sorprendernos, ha contado demasiado con nuestra inocencia y no ha puesto en gran aprieto su inventiva, ¡pues hombre, si yá es sabido que las princesas no aparecen como tales sino momentos antes de la boda, y si por ventura se casan al principio, no faltará la negra que les clave un alfiler en la cabeza cuando las peine y las convierta en palomitas ó en pajaritos parleros de verdes y doradas plumas!»

--Protexto y juro (caso necesario), desdénoso lector y maliciosa lectora, que en la espontánea declaración que habemos hecho, no hemos procedido con malicia, ni por ólio ó malquerencia á la parte, sino por respetar, como es debido, los sagrados fueros de la verdad que á todos en conciencia nos

obliga y que en este asunto con toda evidencia resplandece. Tan léjos ha estado de nuestro ánimo causar á vuestra patrocinada la menor molestia que, impulsados por la misma estrañeza que os embarga y guiados por una tia de la interesada, más vieja que Matusalem, la que me aseguró que aunque la familia había venido muy á menos por las vicisitudes de los tiempos, descendía de la quinta mujer del rey D. Fruela, segun le contó un tio de su abuelo quién lo había oido referir cuando muchado á un señor muy sábio que murió en el lugar á principios del siglo pasado, hemos registrado archivos, traducido documentos y comprobado fechas, para como abogados que somos, procurarnos escrituras, pedir testimonios, dar valor á indicios aprovechando la más minima conyuntura á fin de entablar toda clase de recursos así ordinarios como extraordinarios, embargos preventivos, ejecuciones, interdictos, juicios de tenuta y de propiedad, provocar testamentarias, abintestatos, concursos, quiebras, utilizando hasta la vía diplomática para poner en posesion

á la presunta princesa, de los bienes y títulos de que tan injusta como inicua-mente se la ha despojado, ya que en esta desdichada edad que llaman de hierro y que de oro debiera apellidarse, por el aprecio que el inútil metal alcanza entre las gentes, no parezca lícito tratar de felon, desafiar en campo cerrado y vencer en el Juicio de Dios al que detenta lo ageno contra toda ley. Mas todos estos trabajos y desvelos no nos han conducido más que á averiguar que María Perez Nunez, así se llama la presunta nieta de D. Fruela, es, segun consta de las respectivas partidas de bautismo, hija de Antonio, entre paréntesis, de oficio zapatero, y de Juana, que á su vez fueron hijos de otros maestros de obra prima hasta vigésima sexta generacion.

Esto por lo que toca al principado.

En cuanto á la hermosura, aunque por la naturaleza del asunto no podemos presentar pruebas documentales, hemos recogido otras no menos concluyentes. Es la primera que el día del bautizo las convidadas y convidados, contra lo que es tradicional

costumbre y precepto ineludible de urbanidad en tales casos, no se atrevieron á decir: ¡qué bonita es! ¡cómo se parece á su papá! limitándose á murmurar ¡qué gordita está! ¡Dios la bendiga!

Es lo segundo, el testimonio unánime de todos los chicos del pueblo que, cada vez que la veían en la calle, gritaban á una voz, ¡ahí vá la fea! apesar de las reprensiones y tapa-bocas de sus padres y encargados.

Abonan, por último, nuestra opinion los severos preceptos de la Estética que no han tolerado nunca que un cabello escaso, una frente espléndida, ojos diminutos, nariz arremangada, boca mayúscula, rostro aceitunado y talla cuasi enana sustentada en anchas bases, sean tenidos por el ideal de la belleza femenina.

No queremos, sin embargo, abusar de nuestras ventajas. Reconocemos de buen grado que la madre de nuestra Mariquita, por supuesto cuando se hallaba á solas con ella le decia algunas veces entusiasmada ¿qué madre no se entusiasma con sus pequeñuelos? ¡hermosa mia! ¡princesa de la China! Y

aunque pudiéramos en conciencia rechazar este testimonio como interesado no nos atrevemos á hacerlo, y la razon es esta: hay una belleza que no consiste en la pureza y esquisita combinacion de las líneas *ni en los* ricos y delicados contrastes del colorido, hay una belleza que no se revela en las formas, sino apesar de las formas. Ya cantó el poeta de los campos.

«Y negra es la viola y morado el jacinto.
Y con todo, entre las flores se ponen las
primeras.»

Hay una belleza púdica que no se entrega á las codiciosas miradas de la multitud que puede exclamar como la Esposa de los Cantares:

«Negra soy, más en todo semejante
Á las tiendas del monte Cenueno,
Que á fuera muestran rústico semblante
Por contrastar al agua y al sereno;
Y por adentro para más decoro
Son tejido jardin de plata y oro.»

Hay una belleza que es como el reflejo de la luz de las grandes ideas y del calor

de los profundos sentimientos que trasfiguran al sugeto en los divinos éxtasis de la contemplacion, del amor y del heroismo; belleza que no alcanza el ojo grosero de la indiferente multitud, belleza íntima que no se desvela sino para aquellos que saben buscarla con la abnegacion, la pureza y la constancia que nos ligan á todo lo divino. Sucede con ella lo que con las sublimes creaciones del arte que se necesita tener educados la inteligencia y el corazon para sentirlas y comprenderlas, el vulgo, á quien no llegan sus delicados tonos, prefiere siempre los dorados y colorines del mamarrachista.

Ahora bien, ¿tenía Margarita Perez esta especie de belleza? Cuando la pobre niña que buscando cariño no encontraba más que risas mal reprimidas en todos los lábios y sarcasmo en todas las miradas, se escondía avergonzada en el seno de su madre que la animaba con dulces y regalados estremos, encontraba al fin alguien para quien no era objeto de desprecio en este mundo, el amor infinito que sentía iluminaba su rostro con ese resplandor celestial que

dá á las austeras y demacradas cabezas de los santos una belleza más que humana; entonces, preciso es creer á su madre, Mariquita Perez estaba hermosísima, ¿pero quién más que una madre hubiera podido adivinar aquella hermosura?

Alguna cosa de ella debió, sin embargo, traslucir en el pueblo, porque pasaba con Mariquita un hecho singular. *Cuando muy pequeña*, nadie podía contener una tentacion de risa al mirar aquella cara por primera vez, pero cuando la niña echaba sus bracitos, había tanta dulzura en sus ojos, tal acento de suave reprension en su fisonomía, tanta elevacion y nobleza en todas sus aptitudes, que las risas se ahogaban y sustituian á las burlas la admiracion y el respeto; cuando mayorcita, los niños que al principio la creian un «bú,» acababan por mirarla como su ángel tutelar, y las madres decían á sus hijas casaderas, ¡cuánto daría porque te parecieras á Mariquita Perez!

Podemos, pues, transijir honrosamente en este punto, bajo cualquiera de estas fór-

mulas: Mariquita Perez no era hermosa más que para los que la amaban, ó bien Mariquita Perez no parecía fea más que los primeros dias.

Más difícil es llegar á una avenencia en lo que toca al principado, que son los intereses más quisquillosos aún que la hermosura.

Cierto es que, si como dice el adagio español, «cada uno es rey en su casa,» nadie puede disputar á la hija única el derecho de ser la legítima heredera de su padre; mas ahora se me viene á la memoria una pragmática de Cárlos III en que se dispone que pueda agraciarse con títulos de nobleza á los industriales que hallan seguido durante tres generaciones el oficio ó profesion de sus abuelos, ilustrándola con algun descubrimiento importante, y es fama y tradicion no interrumpida en aquellos alrededores que el padre de nuestro Antonio Perez fué el inventor ó por lo ménos el que introdujo en su lugar el arte de clavetear las suelas de los zapatos, aumentando su duracion, invento sublime y hasta heróico, co-

mo hecho en contra de sus mismos intereses, que le valió el apodo de «Tachuela,» más glorioso que el de Conde ó Baron obtenidos en el cenagoso mar de las intrigas artesanas, cuando nó con aquellas hazas andatescas en el Potro de Córdoba, en el Perchel de Málaga y en el Arrenal de Sevilla, de que hablaba á D. Quijote el vetero que le confirió la Orden de Caballería.

Quedemos, pues, en que si Mariquita Perez no era princesa bien podía serlo, y váyase lo uno por lo otro.

ÉL.

II.

Oriundo del mismo pueblo que Mariquita, era D. Celedonio Hernandez, más conocido por el teniente Lucifer, apodo que le había proporcionado la suavidad de su génio.

Huérfano, desde una edad á que no alcanzaba su memoria, sentó plaza de pito en la primera compañía que acertó á pasar por

aquellos contornos y, ¿quién había de ocuparse de aquel inocente?

Creció, pues, entre los alhagos de la disciplina militar, tutora severa pero honrada, que endureció su cuerpo é hizo su espíritu áspero é inflexible; pero incorruptible y sano, como la encina que se desarrolla solitaria entre las tempestades y los hielos que los huracanes tronchan; pero no consiguen doblegar.

Su buena conducta y su aplicacion que le llevó á aprender á leer y á escribir de corrido y algo de cuentas en la escuela del batallon, le valieron el aprecio de sus gefes que, á las primeras de cambio, le nombraron cabo.

Tres batallas y dos heridas le ascendieron á sargento cuyo empleo le obligó poniéndolo en nuevas relaciones sociales á nuevos estudios.

Se dice que el sargento es el padre de la compañía ¡y qué familia más numerosa! como que consta de ciento á ciento veinte hijos ¡y que facil de gobernar! como que son los peores de cada casa. Junte Vd. á esto el

tener que habérselas con sastres, provisionistas etc., y comprenderácuáles no serian los apuros de nuestro héroe y los compromisos en que le pondrian la torpeza de los unos y la malicia de los más.

Pero al fin y al cabo el oficio hace maestros, dice el refran, y nuestro héroe lo fué tanto que, en el regimiento de que se trata ha quedado todavia por tradicion para ponderar la dificultad de una cosa decir: tan facil es eso como engañar al sargento Hernandez.

—Mi primero, hágame Vd. el favor de apuntarme un par de zapatos que...

—Un par de zapatos y llevas tres en dos meses.—Ocho dias sin salida y á limpiar fusiles.

—Pero...

—No hay pero que valga, á no ser que quieras recibir veinte y cinco palos por haberte jugado dos veces el dinero que me has pedido.

—Mi primero, que me han quitado mi cartuchera nuevecita y me han puesto esta sucia y vieja.

—Mano de bola y al avío y no ser torpe, que el que juega no asa castañas y el delito de torpeza no puede tolerarse en un militar.

—Mi primero necesito dinero para unos botines y una chaqueta.

—Para unos botines y los tienes noventa y cinco, para una chaqueta y te la comprastes el mes pasado. —No te me echas á perder ó ¡voto á!...

Pero, nó, continuó dulcificando la voz, á tí te pasa algo.

—Señor, contesta el otro, avergonzado, es que mi pobre madre...

—Madre digistes, hijo mío, dijo, saltándosele las lágrimas: apúntate chaqueta, pantalones y zapatos, toma de mi parte estos dos duros y llama á Antolin y á Juaneca que, si no te socorren como deben hacerlo compañeros, mañana sabrá el capitán los escalos por la noche del cuartel; si creerán ellos que yo no los escucho.

Estos y parecidos diálogos manifiestan que el sargento Hernandez era lo que anun-

ciaba ser, en un estuche de lija un corazon de oro.

Contento se hallaba *con su suerte y axa-* da mas aspiraba en un tiempo en que los ascensos á oficial de la clase de soldado ~~eran~~ extremadamente raros, estando reservados á gentes que, ya que no pudieran ostentar cuatro cuarteles, habrian de hacer informacion de limpieza de sangre y nuestro sargento ni podia decir siquiera que era expósito, á los que la benéfica pragmática de Carlos III habia dado consideracion de hidalgos.

Pero lo que no pudieron hacer la honradez, la inteligencia y el valor lo hicieron los *pronunciamientos* que han hecho en España tantas cosas y ninguna buena.

Dos pronunciamientos en que no se pronunció y un tercero en que á regañadientes lo pronunciaron, le valieron llegar á alférez graduado de capitán cuyo grado *cambió* por la efectividad de teniente.

Quedó sin, embargo, tan avergonzado de aquella manera de ascender que se decidió á abandonar el servicio de las armas, por lo cual, cumplido el tiempo reglamentario,

pidió su retiro y preparó la marcha para su pueblo.

Con cuanto gusto volvió entonces á pensar en los lugares en que se deslizaron los primeros y felices dias de su primera infancia. La blanca torre y el negro tejado de la Iglesia de su pueblo en que tantas veces habia tocado las campanas á despecho del sacristan; la plaza en que habia jugado con los otros chicos; el vallado de la huerta que escalaba al anochecer, burlando la vigilancia de los perros, para apoderarse de los nidos; el titirimundi y los monos que pasaban por el lugar; la casa donde en Pascuas le habian dado de limosna, no el negro pan duro á que estaba acostumbrado, sino las ricas tortas cuyo delicioso sabor le duraba todavia; el noble amigo que, sin tener en consideracion la diferencia de clase, habia partido con él dulces y juguetes; hasta el miserable porche bajo el que habia dormido tantas veces, aterido de frio, en las largas noches del Invierno, tan cruel para los pobres, recuerdos eran que se le representaban con ese tinte mágico que los hechos de la primera

infancia revisten siempre en la edad ma-
dura.

¡Cómo se gozaba anticipadamente con la
tranquila existencia en que iba á pasar sus
últimos años! ¡Cómo se representaba la blan-
ca casita con su huerto, en que pasaría en-
trenidos sus dias plantando y recogiendo le-
gumbres y flores, su corral de gallinas, sus
palomos, sus perros de caza y su escopeta,
ó el enorme tronco ardiendo *bajo la ancha*
campana de la chimenea de la cocina á cu-
yo dulce calor contaría sus campañas y sus
trabajos á los admirados vecinos del lugar,
mientras azotaba las paredes la inclemente
lluvia! ¡Cuán feliz iba á ser con tantas cosas,
él que siempre se había contentado con un
poco!

Ni menos se preocupaban en el pueblo
de la gran noticia. Para un lugarejo de has-
ta unas treinta casas, en aquellos *tiempos*,
la venida de un teniente era un aconteci-
miento extraordinario.

Y era natural de allí, y venía á habi-
tar con ellos. Los ancianos se acordaban
de haberlo visto y recordaban sus tra-

suras de muchacho, sin que faltára quien asegurára muy formal que, en su audácia y en sus astúcias de niño, había adivinado yá las prendas que le habían de elevar en lo sucesivo á el entónces y para ellos tan elevado grado en la milicia. Los jóvenes estimaban sus hazañas superiores á las de Napoleon y el Empecinado, asegurando que jamás en ningun pueblo había nacido héroe semejante. Los chicos, á quienes sus madres se las contaban para conciliarles el sueño, saltaban de su regazo diciendo que iban á sentar plaza y las pobres madres los apretaban contra su seno, llorando desde entonces el dia en que la pátria los viniera á reclamar.

Pero no era entre los ancianos, entre los jóvenes ni entre los muchachos donde la noticia produjo mayor efecto; ¿que joven casadera no se lo imaginaba con su negro bigote en que apuntaban algunas canas, su aire marcial, su dorada charretera callendo sobre los vistosos colores de su uniforme, su larga espada y su apuntado sombrero de tres picos? ¿Cuál de ellas no se veía,

allá en sus secretos pensamientos, tan secretos que ella misma se ruborizaba cada vez que le acudían á la memoria, apoyada en el brazo de aquel héroe paseando por las calles de la capital de la provincia, viendo á los soldados cuadrados saludarle, haciéndole los honores de ordenanza?

Llegó por fin la esperada hora, que todo llega en este mundo. Los chicos que ya anticipadamente la habían averiguado salen en ordenado batallon con sus fusiles de caña, sus gorras de papel y las trompetas que no habían quedado inútiles de la última feria, á esperarle á un cuarto de legua de distancia, el cura, el alcalde, el barbero, toda la aristocrácia en fin, le espera gravemente con sus anti uadas levitas y sus sombreros de copa ya algo pelados á fuerza de cepillo en la ultima de las cruces del calvario. El Sacristan sin consideracion á rúbricas, echa á vuelo la campana de la Iglesia, mientras que el Secretario del Ayuutamiento haya manera de embiber algunos fondos en otras cuentas para obsequiarle con media docena de cohetes.

¿Y las muchachas, las pobres muchachas? Ocho dias se habian llevado cortando, arreglando, cosiendo, poniendo de moda sus mejores trages; toda la mañana, la habian-ocupado en trenzarse los cabellos y en ponerse flores; las haciendas de la casa habian quedado abandonadas, los animales buscaban en vano su comida; pero ellas tres horas antes de la anunciada se apiñaban en las ventanas y en las puertas de las calles por donde sabian que habia de pasar. ¿A quién miraría? ¿á cuál encontraría más hermosa? ¡cómo procuraba cada cuál que se realzasen sus encantos! ¡con qué envidia, con qué desprecio no miraba cada una á sus amigas!

Una so'la no esperaba ni envidiaba; era la pobre Mariquita Perez.

¡Era tan pobre! ¡era tan fea! Admiraba al héroe, pero no se atrevia á presentarse ante sus ojos. Asomada á una rendija esperaba verle, sin embargo para decirle tambien; bendito seas!

ÉL Y ELLA.

III.

Como, en este pícaro mundo en que habitamos, nada sucede enteramente á medida de nuestro deseo, lo que los astrólogos atribuyen á la oblicuidad de la elíptica y nosotros, salvo el respeto que esos señores nos merecen, nos figuramos ha de consistir en que cada uno se imagina ser el centro del Universo, que la Providencia ha hecho para que él solito satisfaga todos sus caprichos, aunque para esto haya que romper á cada momento las eternas leyes que lo rigen; aconteció que nuestro D. Celedonio y sus paisanos se encontraron conque no habían contado con la huéspedea.

Y fué la huéspedea de este cuento para las vecinas del lugar que á D. Celedonio no se le había ocurrido nunca ni aún la

posibilidad de casarse, lo que hasta entón-
ces había considerado sinó prohibido por lo
ménos opuesto al espíritu de ordenanza y
sabido és que nuestro teniente no miraba
á ésta como código especial y de escepcion,
sino como compendio de los preceptos más
sublimes que solo la debilidad ó la malicia
de los hombres hacía que no fueran apli-
cables en todas las circunstancias. Quedá-
ronse, pues, nuestras muchachas con un pal-
mo de narices y tanta boca abierta al ver
que el bueno de nuestro teniente no había
hecho más reparo en ellas ni en sus ves-
tidos que en los nidos de golondrinas que
desde la pasada Primavera colgaban por
bajo de los aleros de los tejados y que una
tradiccion piadosa hacía respetar hasta á los
niños.

Y fué la huéspedea para D. Celedonio que,
creyéndose siempre en su regimiento, no se
le ocurrió que no solo necesitaba casa, sino
alguien que le guisára y le barriese, pues
aunque él se hallaba bastante ducho en es-
tos ejercicios, habiendo estado muchas veces
de cuartel y al cuidado de las oyas del ran-

cho, no lo creía yá propio de su dignidad, que por nada del mundo hubiera rebajado su charretera ocupándose de tales oficios.

Oiga V., furrier, que... ¡voto á!... pues no creía que estaba aún en la compañía.

¡Qué súcio está todo esto, pues no hay en esta mesa tres dedos de polvo y las sartenes mohosas y las caserolas ninguna en su lugar! á ver, que llamen al sargento de semana y que venga el ranchero inmediatamente; ¡voto á ochocientos mil demonios! pues no vuelvo otra vez á la misma manía. Nada, es preciso buscar alguna persona que se encargue de esto; voy á llamar al asistente, ¡ola García.... García....!

Mas qué asistente, ni qué niño muerto, si voy á volverme loco; esto es preciso que concluya, y diciendo y haciendo cepilló su levita, se puso su sombrero y salió á la calle en busca de lo que le faltaba. Al llegar á la plaza tropezó con el cura que salía de misa y preguntándole sobre el objeto de sus cuiidados, éste se apresuró á contestarle:

—Tengo yó una cuñada viüda que ni pintiparada para el objeto para que usted

la busca; fiel como el oro, limpia como el agua, hacendosa como la hormiga, de edad yá no sujeta á desvaneos y con una educacion que, no ahora que está algo entrada en años, aunque ágil y fuerte como un roble, sino cuando tenía los quince, no ha conocido nunca otras salidas más que á misa, ni más ocupacion que su rosario.

—Me conviene: ¿y la soldada?

—Por eso no hay que disputar, V. es cristiano y ella una infeliz que se contenta con lo que V. le dé.

—Pues enviémela al instante.

—Voy á buscarla en cuanto almuerze.

Una hora más tarde se presentó la susodicha con su basquiña de percal negro de aquellas de medio paso y su manto de color de ála de mosca que le cubría la frente y gran parte de la cara; pero no unos bigotes capaces de causar envidia á un granadero.

No es bonita que digamos, se dijo D. Celedonio, pero mejor, con eso estaremos libres de tentaciones y no tendremos que guardarla, que á ésta su cara la defiende más que

pudieran hacerlo todos los eunucos del Serrallo.

Y hecho el ajuste le entregó las llaves.

A la mañana siguiente nuestro Celadonio como tenía de costumbre, se levantó al amanecer. Pero en vano tocó diana haciendo con todos los trastos un ruido infernal, en vano abrió ventanas y puertas, el ama de llaves roncaba tranquilamente. A las diez muy cumplidas despertó, tosió, se quejó de un mal de hijada rogando á su amo que le pusiera unos paños de aguardiente, obligándole, á mayor abundamiento, á que tuviera que ir al mercado.

Si tendré tambien que guisar por ella, pensó.

Pero nó, el almuerzo no se lo fiaba á nadie. A eso de las once se levantó, fué al corral y á la despensa, cascó una docena de huevos, partió medio jamon é hizo una tortilla capaz de producir un asiento á veinte gañanes, lamentándose y rogando á su amo que la disimulára, si el desayuno era tan escaso, porque por el dolor de hijada ella no tenía ganas de comer.

Embaulóse, sin embargo, hasta las cuatro quintas partes del contenido de la fuente con lo que, y una botella de vino, se sintió más restaurada; se puso su basquiña y se marchó á la calle á rezar, segun decia, á la Virgen de las Nieves una salve que le había ofrecido, para que la librára de aquel maldito flato.

A este paso, se dijo D. Celedonio, las provisiones que había acopiado para un año no me duran ocho dias y se entró en la despensa.

Más cuál fué su asombro al observar que faltaban dos jamones, tres sartas de chorizos y que la tinaja de aceite que había dejado rebasando se hallaba casi media.

—Diga Vd., D.^a Brígida, la dijo cuando entró, que sería próximamente á la hora de comer. ¿Dónde están los dos jamones que habia en estos papeles que ni siquiera se han tomado el trabajo de ocultar? ¿Dónde las tres sartas de chorizos que colgaban de esta caña?

—Dónde han de estar, dijo D.^a Brígida, arrellanándose en un sillón, sinó en su sitio.

—¿Cómo, en su sitio, voto á...

—No se impaciente ni vote, que eso es lo que quiere el enemigo de las almas; no considera que allí no ha entrado más que yó y que yó soy incapaz ¡Dios me libre! de tomar de nadie ni la hilacha de un *alfiler*, á fe que bien claro se lo habrá dicho el señor cura que...

—Pero los jamones y los *chorizos* ¿dónde están?

—Dónde han de estar, mi amo, sino en su sitio; eso no es más que el *Malo* (nunca se atrevia á decir el Demonio, no fuera que acudiera á su llamamiento) el *Malo* que nos turba la vista para ofuscarnos y hacernos caer en pecado mortal. Venga, y verá qué pronto lo encontramos; y levantándose pesadamente se dirigió paso entre paso á la despensa.

—¿Lo vé Vd., cómo nó están?

—Tenga calma, que el *Malo* tiene mucha astucia; apuesto á que los ha *ocultado* debajo de aquel tinajon.

Pero en vano el bueno del teniente con una paciencia que en él no era de esperar, lo

separó sudando la gota tan gorda, ni allí, ni por ninguna parte parecieron.

—¡Ah! dijo D.^a Brijida ¡gracias á Dios! ya lo hemos encontrado; todo esto me ha sucedido por no haber rezado antes el responsorio de San Antonio.

—Pero, ¿en dónde están?

—Ve Vd. aquella ventana, pues por allí se los ha llevado el enemigo de las almas. A fé que á media noche lo sentí penetrar en figura de gato dando unos mahullidos espantosos. Iba á levantarme para ahuyentarle con una oracion que el Sr. Vicario me ha enseñado en latin, pero el pícaro, para impedirlo, me clavó en la cama con el maldonado flato. Nada, señor, ofrezcamos dos velas á San Roque, patrono de la peste, para que no vuelva á suceder.

—Voto á... exclamó el teniente ya furioso, y ese demonio en figura de gato es el que se ha bebido tambien este aceite.

—¡Jesus, mil veces! dijo D.^a Brijida; bien me lo decian á mí, «no te metas en esa »casa, mira que ese es un hombre que ha »tratado con los franceses, que son todos

»unos herejotes.» Pues no se enfada este mal hombre por una botijita de aceite que he llevado para la lámpara de la Virgen del Traspaso. Ni un momento más he de estar en esta casa ¡ay que me dá el dolor de hijada! y tomó la puerta, dejando á D. Celedonio estupefacto.

—La culpa me tengo yó, dijo este, despues que se hubo serenado un poco, por fiarme de beatas. ¡Bien me lo decía el capellán del regimiento, hombre cabal, si los hay! Vamos qué hemos de hacer; mas vale pasar por todas, que meternos en embrollos de escribanos. Lo que siento es no haberme metido una puntera para curarle el dolorcillo. ¡Cuidado con la bruja! De regla me servirá.

Y cumpliendo su propósito, ajustó una moza desenfadada, que más que moza, parecía un sargento de dragones.

—Vd., supongo, la dijo, que no tendrá inconveniente en ir á los mandados ni en quedarse sola conmigo.

—Yo, dijo ella, poniéndose en jarra, pues si soy capaz de habérmelas con todo un regimiento.

—Así me gusta. Con esta no tendremos ni flatos ni dolor de hijadas.

Al día siguiente, no tuvo D. Celedonio que tocar diana, antes de amanecer ya la moza había salido para la compra y aunque no vino tan deprisa como se fué y aunque D. Celedonio divisó á lo léjos alguno que la acompañaba, ella se disculpó diciendo: ¡válgame Dios y qué plaza! ¡qué caro está todo! Dos horas largas me he llevado peleando y hasta aquí me ha seguido, el verdulero empeñado en que le había de dar un ochavo más. Vea V. lo que me ha quedado de un duro y puso sobre la mesa algunos cuartos.

Pero nuestro héroe que se acordaba de las adiciones que había puesto á la ordenanza, le respondió: poco á poco, la cuenta para luego, primero es hacer la revista de provisiones. ¡A ver! ¿son estas tres cuartas de carne? venga el peso. Y vino el peso y encontró que no le faltaba más que media libra.

—Oiga V., so silvante, cree V. que yo cómo carne cruda, venga V. al momento á

ver al carnicero y al Sr. Alcalde, precisamente esta mañana ha habido reposo y me han encontrado dos onzas de más.

Un nuevo personaje vino á tomar parte parte en esta escena. Era un hermoso perro que había acompañado á nuestro teniente en todas sus campañas haciendo con él de escucha y centinela y que acaso viendo á su amo en peligro con aquella fúria había acudido á su socorro. Aunque enemigo al principio de la moza á lo que hasta entonces ladraba y le enseñaba los dientes, mostraba ahora por ella una afición que no agradaba á esta más que sus gruñidos anteriores.

Por más que pugnaba por separarle, nada, el perro empeñado en meterle el hocico en los bolsillos.

---¡Quita chuchó! pero ni por esas, el perro siempre encima. Al cabo *latió* como quien coge su presa y salió corriendo con la media libra.

Menos feliz que su antecesora, no pudo escapar sin un puntillon en las partes posteriores que le administró D. Celedonio, di-

ciéndole janda, enseña ese cardenal al señor Alcalde.

Lo que pasó en el lugar con este suceso no es para dicho. El cura se preparaba á excomulgarle por herege; el Alcaldó quiso prenderle (1) por lesiones, pero una frase que no sé como llegó á noticia de todos, le salvó de este conflicto.

Aburrido de criadas habia dicho: al fin tendré que casarme.

Y el cura tenia una sobrina y el alcalde tenia una hija y las colocaciones estaban muy malas en el pueblo. Disimularon, pues, indicaron sagazmente y en secreto, á las muchachas la decision de D. Celedonio y aquellas se aprestaron á la lucha y eso que el teniente habia añadido á guisa de rectificacion: todo esto me sucede por haber abandonado la carrera militar desde que soy casi paisano he perdido todos los beneficios, que nos concede la ordenanza.

Si supieran los hombres lo mucho que hace ganar á su persona, en concepto de las

(1) *No se habian establecido todavía los jueces de paz.*

mugeres esta sencilla palabra, *me caso*, la estarían repitiendo á todas horas.

Ello es que desde que se la atribuyeron á nuestro Celedonio, éste pareció lo *menos* diez años mucho más muchacho, su *génio* que hasta entonces se reputaba inaguantable, mereció ahora cierta simpatía que no ha de buscarse para marido un *mándria*, sino un hombre de pelo en pecho. Hasta las que antes le hacían disimuladamente la *cruz* cuando pasaban por su lado, después del sucedido con la *cuñada* del cura, ahora le *sonreían* cariñosamente, y la buena muger pagó bien caros sus chorizos y sus jamones con el déficit de las libras de aceite que recogía para sacar ánimas del Purgatorio. ¡Tanto había desmerecido en el concepto de su *santidad*! Entretanto la hija del Alcalde pedía á la muger del Gobernador á quien había conocido con ocasión de unas elecciones, *patrones* de modas, y la sobrina del cura que la daba de algo literata, *repasaba* en su memoria las frases galantes que había leído en las novelas á escondidas de su tío y *ensayaba* en el piano dos *polskas* y tres *wal-*

ses que le había enseñado el organista con quien algun tiempo tuvo relaciones. Una y otra, tenían frecuentes conferencias con el barbero, acerca de cosméticos y polvos dentríficos y esto fué lo que las perdió. Sou los barberos habladores y maliciosos si los hay. Éste además había puesto los puntos á la hija del Alcalde, que á pesar de sus treinta bien cumplidos, estaba frescota y de buen ver, sin que se le notase otra falta más que la de dos dientes y algunas canas que disimulaba para su admirador con una huercecita y algunos olivos que esperaba heredára de su padre.

Concertóse, pues, el barbero con el organista, y ambos tramaron jugarle una que fuese sonada.

No les fué posible, sin embargo, apesar de que como buenos sitiadores las tenían tomadas todas las salidas y como traidores amigos tenían inteligencia en la plaza, averiguar los planes de nuestras á su pesar doncellas. ¡Tan en secreto trabajaban!

Adelantóse en ellos la sobrina del cura como es de suponer en quien era más letrada. Revolviendo los libros de su tío halló

una novela en que la protagonista, para que nadie se enterára, se entretenía en escribir en un Diario por las noches sus más secretos pensamientos. Abrió también el suyo la sobrina de su tío, empezando por ofrecer en las primeras y no breves líneas un fásimile de su fisonomía moral, tal como ella hubiera querido que fuese. Pintábase como un ángel desterrado, ageno á los miserables cuidados de la tierra y obligado á coser, á guisar y á cuidar gallinas. ¿Por qué, sin embargo, no volaba á los cielos? Porque en el fondo de su alma divisaba vagamente una felicidad infinita. ¡Cuántas veces arrebatada por estos vagos sentimientos no había dejado que se le pegára la comida! ¡Cuántas en las melancólicas horas de la tarde sentada en su ventana entrelazada de madre-selva no se había figurado que los últimos destellos del Sol poniente y las primeras sombras de la noche formaban la imágen de un guerrero y luego... (aquí seguían tres cuartil'as de puntos suspensivos) ¡si me habrá adivinado! ¡¡¡ah!!! yo me moriría de vergüenza..... calla corazon..... etc.

Concluida esta obra maestra que le costó quince dias de trabajo y algunos regaños de su tio cuyas medias no se cosieron en dos semanas, perfumó sus papelotes con almizcle, los metió en un sobre que cerró con un sello que representaba un corazon atravesado por una flecha y, valiéndose de sus artimañas, hizo que de un pueblo cercano lo confiaran al correo.

A la semana próximamente, que tan antigua ha sido en España la celeridad de lo que por antiferasis se llama postas, llegó el susodicho pliego á manos de D. Celedonio.

Creyó éste al ver el volúmen que era una causa y pegando un bote exclamó: ¡ni aún después de retirado le han de dejar á uno en paz! pues bien claro está, el decreto de..... Y rompiendo el sobre añadió: ¡vaya y cómo apesta el dichoso papelito! pero, ¿qué diablo es esto? ¡si parece letra de muger! y ¡qué ortografía! ¡yá lo decía yó, estos empleos improviados no pueden producir otra cosa! ¡malditos pronunciamientos! ¡calla! pues es gracioso, ¿quién se ha entretenido en copiar aquí una novela? ¡y qué caletre de autor,

pues no pinta una doncella aspirante al matrimonio, odiando los cuidados de la casa! ¡bien cuidará de su marido y de sus hijos á no ser que salgan vestidos de versos y remendados de frases! apuesto á que ella con toda su poesía no se alimenta de sonetos. ¡Las novelitas! ¡las novelitas! unos cuantos desocupados que no sirviendo para otra cosa se entretienen en trastornar cabezas. Pues ¡y los padres! con tal de que la niña se case más que al dia siguiente se divorcie y tengan ellos que volver á cargar con la niña y con lo que venga; sí, en eso D.^a Brígida tenía razon, muchas de estas cosas nos las han traído los franceses. Antes se educaban las hijas para madres, ahora para novias. A gastar mucho, á hacer todo lo que no sirve para nada; á eso es á lo que las enseñan, y téngales V. doncella y dispensero y cocinera y criada de cuerpo de casa y V., señor marido, busque dinero para todo esto, ¡asi pasan tantas cosas! Pero, ¡oiga! Si habrán querido burlarse de mí. Si yó averiguo al insolente, de fijo le sienta las costuras de modo que no vuel-

va á nacerle otra vez pelo, y lo he de averiguar ¡voto á quinientas legiones de demonios!

Y saliendo de estampía, se dió de manos á boca con el bueno del organista.

—¡Ola, buen amigo, le dijo: ¿es Vd. el que ha escrito este gracioso papelito? por Dios que se lo ha de tragar en menos que reza un ciego.

—Señor, dijo el organista, todo asustado, cómo es posible que Vd. (1) creyera... Pero no hay duda... Es su letra, ella misma es... hágame V. el favor..... pintiparadito el billete que me escribió hace cuatro años. Alárguese Vd. hasta casa y lo verá, solo que entónces las indecisas sombras del crepúsculo y el murmurar de las brisas de la tarde le hacian presentir un organista; yó le aseguro que ha de pagármelas todas juntas.

—No haga nada, contestó el teniente y déjelo todo á mi cuidado.

(1) *El que haya tenido miedo como el organista, no debe estrañar el tratamiento.*

Despidióse del organista, sonriendo, y no tardó en encontrarse á la *puerta de la casa* del cura.

Apenas lo vé la sobrina, se desmaya y flin-ge una espantosa convulsion.

—¿Qué habeis hecho de mi sobrina que en tal estado me la encuentro? *preguntó el cura* que salió al ruido de las habitaciones interiores.

—Qué he de hacer, si acabo de entrar, le contesta con calma nuestro teniente; todo esto es asunto de los nervios, pero por fortuna traigo aquí un frasquito, regalo de un médico extrangero, al cual estas enfermedades no resisten. Y arrimando á las narices un tarro de amoniaco la obligó á volver en sí, mal de su grado.

—Ya el síncope pasó; ahí les dejo la medicina que yó no tengo ni he de tener en mi casa, Dios mediante, mujeres nerviosas, que aplanche, que cuide de las llaves y con estar ocupada siempre desaparecerán esos vahidos que son hijos de la ociosidad. *Agu,* hasta más ver. Y salió cantuseando aquélla del caballero de la Triste Figura:

«Suele el coser y el bordar
Y el estar siempre ocupada

Remedio ser provechoso
Á las amorosas ansias.

.....
Los caballeros andantes
Y los que en la corten andan
Regüéstanse con las libres
Con las honestas se casan.»

mientras que la sobrina del cura repetía: *¡Soldadote! ¡Soldadote!*

Palabras fueron estas que nuestro teniente no pudo oír, pues al salir á la plaza se encontró con un gran tumulto. El alguacil, ayudado de algunos vecinos, intentaba arrastrar á la cárcel á un hombre ébrio que lucía en su diestra una navaja descomunal con la que debía haber herido á una mujer de cuya frente chorreaba sangre. Lo raro era que esta misma mujer le defendía con su cuerpo y, sin hacer caso de las malas palabras y aún de los golpes del borracho, ponía todo su anhelo en alejar á sus perseguidores.

—¡Cosa singular es esta! dijo el teniente, si será esa muchacha tan tonta como fea, ¡qué horrible és! y se mezcló en el grupo.

—Es mi padre, decía la mujer, en quien

nuestros lectores habrán yá reconocido á Mariquita Perez.

--Pero tu padre que te maltrata, que quiere asesinarle, replicaba el alguacil. Vea usted, dijo encarándose con D. Celedonio, como paga ese mal hombre los cuidados de esa hija que no merece. Ella trabaja dia y noche para mantenerlo y él la muele á golpes cada vez que no le proporciona lo que necesita para sus borracheras. Si debía estar en presidio.

---¡Me quejo yó! replicaba ella, él tiene derecho á maltratarme porque le debo la vida. Suponed que está loco ¿no carecía yó tambien de razon cuando niña? y sin embargo, ¿él no me cuidaba y no sufría todas mis impertinencias? Pero nó, no es la locura y el vicio lo que le trastorna la cabeza, es la miseria. Un hombre honrado que se ha llevado toda su vida trabajando y se encuentra á la vejez enfermo y sin pan ¿qué extraño és que quiera aturdirse! Todos le abandonan; pero su hija no le abandonará. Y lanzó al teniente, demandando proteccion, una de esas miradas sublimes que hacen caer á los hombres de rodillas.

Conmovido Hernandez, dijo al alguacil: basta, yó lo arreglaré. Rodeó al punto al zapatero con sus robustos brazos, lo desarmó y, suspendiéndolo como á un niño, lo condujo á su casa.

—Aquí estarás Mariquita, cuídame y cuida á tu padre y está segura que, mientras yó viva, no ha de faltarte el pan.

Mariquita hincó sus rodillas en la tierra, le besó las manos y levantó hasta él sus ojos cuajados de lágrimas con tal expresion que el soldado volvió la cara para no dejar adivinar sus emociones:

—¡Qué felicidad debe ser el ser amado así vamos, si parece hermosa.

Entretanto la hija del Alcalde había llamado medios de preparar un sarao al que convidó á nuestro teniente.

La música, los adornos, los voluptuosos compases del baile, los engañosos cambiantes de la luz, todo hacía aparecer ante los asombrados é inespertos ojos de nuestro teniente á la hija del Alcalde como una divinidad. Cada movimiento de su ligero vestido de gasa blanca le estremecía, cada vez que

la cabeza de la jóven le enviaba los perfumes de los nardos y jazmines, conque se hallaba coronada, el pobre soldado se creia trasportado al paraiso.

Y ella que adivinaba lo íntimo de sus pensamientos, gozosa se decía: ¡ya es mío! y ora sonriente, ora desdeñosa como el hada de las leyendas, que ya se acerca incitante, ya se os retira desdeñosa, le envolvía en un círculo mágico del que ño podia salir.

Y eso que el teniente algunas veces recordaba la mirada de Mariquita y ¡qué diferencia entre la una y la otra! Cuando estas azucenas se agosten, cuando estas rosas se marchiten ¿que quedará despues? Mas ¿cuándo se agostará aquella alma que hace hermoso hasta lo más sublime de lo feo?

Así hablaba á D. Celedonio el ángel de su guarda, pero el demonio que lo adivinaba inspiraba á la hija del Alcalde palabras y posturas que le hacian caer de nuevo en sus redes.

—¿Qué hablará con el organista? ¿porqué reclina lánguidamente la cabeza sobre sus hombros? Vamos, dijo D. Celedonio, es preci-

so que salga de una vez de este infierno. Me perderé ó me salvaré con ella, exclamó para sus adentros. No puedo resistir más.

Y el ángel tendió sus álas dirigiendo una última mirada de compasion á aquella alma que le huia.

Y Lucifer, seguro de su triunfo, puso en la boca de la hija del Alcalde, el mohin mas delicioso.

Mas lo que el ángel en su inocencia no habia podido conseguir, lo consiguió la malicia del barbero.

Átropellando los grupos, se dirigió apresuradamente á la hija del Alcalde, antes que llegara D. Celedonio.

—Señora, la dijo al oido, Sra., ¿qué haceis? mirad que un diente se ha salido de su sitio y que con la agitacion del wals se os está desprendiendo el arrebol. Antes que os reparen pasaos este pañuelo.

Y la pobre se lo pasó y apareció su cara auténtica en que ya se dibujaban algunas arrugas, teñida de un tinte verdinegro, y se llevó la mano á la boca y se quedó en la mano con dos dientes, con gran satisfaccion

de todo el concurso femenino.

—D. Celedonio antes del mes se había casado con Mariquita Perez.

IV.

EN LO QUE CONSISTÍA

EL TALISMAN DE MARIQUITA.

¿Porqué Mariquita Perez parecía hermosa? Porque era buena. Sépanlo nuestras lectoras, por si acaso, lo que no creemos, se encontrara entre ellas alguna fea.

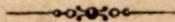
SEGUNDA PARTE.



LEYENDAS
Y COSTUMBRES POPULARES.



LA TORRE DE LAS ARCAS.



TRADICION POPULAR.

I.

Al N. O. de la ciudad de Almería, y fuera de su yá histórica puerta de Purchena, se elevaba, no ha todavía muchos años, robusto aún, y como desafiando á las edades, un maciso torreón al que la voz universal designó, desde época tan remota como ignorada, con el significativo nombre que este artículo encabeza. De arábica arquitectura,

pero situado fuera de las curvas, hoy medio borradas por el tiempo, que trazaron los tres recintos con que los emires musulmanes defendieron á la *vistosa* ciudad (1), su grandeza, su aislamiento, y más que todo la singularidad de su construcción, que no hubiera permitido vivir en él ni aún siquiera ampararse á sus defensores, si la guerra hubiera sido su destino, hacen de él interesante problema para los arqueólogos, mientras que la fantasía popular creyó que muros tan impenetrables, sólo para guardar ricos tesoros y no pensadas bellezas, pudieran ser fabricados.

Es opinión bastante generalizada entre los anticuarios almerienses, que la Torre de las Arcas es una de las torres de humos ó telégrafos arábigos que formaban la línea que, comenzando en la Alcazaba, venia á terminar en los torreones situados en los callejones de Cárdenas: no dejan, sin embar

(1) *Del árabe Al-Mería, lugar despejado, lugar desde donde se alcanza mucho con la vista, la vistosa.*

go, de presentarse contra ella sérias objeciones.....

Mas dejemos á los sábios que disputen que si disputan es porque ninguno ha tenido valor para salir de su casa á media noche el único dia del año en que un génio desconocido viene á hacer patente al mundo estos escondidos secretos y rico además, casándolo con una princesa, la perla de las arábigas sultanas, al que se atreva, sin más que pronunciar una palabra, á librarla del largo é inmerecido encantamento á que ajenas culpas, que no las suyas, debieron haberlo condenado. Oiga, oiga el lector lo que por tan lamentable abandono se han perdido, segun puntualmente me lo relató una de las comadres más sabedoras de mi barrio.

II.

No hay horas más misteriosas que las que comienzan á correr desde las doce de

la noche del 23 de Junio (1) hasta el amanecer de aquella mañana

(1) Véase lo que acerca de ella dice nuestro célebre D. Agustín Durán, en una nota á los romances moriscos:

«Célebre, alegre, libre y placentera fué siempre entre los moros y cristianos españoles la velada de San Juan Bautista. Inculcadas las costumbres de ambos pueblos, los moros fueron más galantes, y los españoles más celosos que lo eran ántes de mezclarse y de tratarse.

»En las noches de velada de algunos de aquellos santos que disfrutaban esta preeminencia, pero en particular, en la de que tratamos, por ser comun á amigos y enemigos; rompíanse los cerrojos, caíanse los cadados, descorríanse las celosías, abríanse las puertas y ventanas, descuidábanse los celosos y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres, gozaban de libertad. La doncella, la casada, la viuda, podían al aire libre, si las tenían, gozar de sus intrigas amorosas, con ménos recato al ménos que en otras circunstancias. Y no se crea que estas fiestas eran saturnales; casi siempre el amor, legítimo ó nó, se expresaba ó manifestaba por medios delicados, pues áun cuando los algo celosos estaban adormecidos, el escándalo, la falta de recato ó de pruden-

Donde moros y cristianos
Hacen gran solemnidad;

la naturaleza y el espíritu producen sus do-
nes más preciados:

La mañana de San Juan,
Cuaja el almendro y la nuez;
Tambien cuajan los amores
De dos que se quieren bien.

cia, los despertaba armados de puñales, de dogales ó de venenos. No sólo las historias, las novelas, los romances, las canciones populares y las comedias españolas se esmeran en pintar la alegría, las galanterías de estas fiestas generales, sino que tambien retratan con viveza muchas de las trágicas escenas que al menor descuido daba lugar entre hombres, cuyo ídolo era el pundonor y que jamás perdonaban un hecho que aun levemente pudiera mancharles. Aunque la velada de San Juan ha perdido en las poblaciones grandes gran parte de su interés, aun conserva mucho en las aldeas y pueblos campestres. Todavía se ven en ellos vestigios de lo que fué. Los jóvenes labriegos y pastores corren los valles y las praderas cantando coplas y dando música á sus novias; todavía enraman las ventanas de sus queridas con

Todos los sentimientos se subliman entónces, porque, como tambien dice el romance, es

. un tal dia
Que llaman señor *Sant Juan*,
Cuando los que están contentos
Con placer comen su pan,
Cuando los desconsolados
Mayores dolores dán,

todas las creencias religiosas parecen confundirse; hoy, como en tiempo de los celtas,

flores y ramos de frutales; todavía las muchachas acechan en las rejas la primera palabra que oyen para adivinar por ella si está lejano ó próximo el dia de tener un novio ó si el que tienen les «será» fiel y llegará á ser su esposo; todavía echan la clara de un huevo en un vaso de agua cristalina para obtener á la media noche la figura de un navío que juzgan ha de formarse milagrosamente bajo la proteccion del santo Y no se crea que esta fiesta encantadora se celebró solamente en bellos versos por los antiguos poetas: entre los modernos ha servido y sirve aún de asunto de inspiracion, llena de un dulce sabor inesplicable. Melendez é Iglesias y otros muchos poetas lo celebran en sus versos, acaso no los ménos blandos, suaves y apacibles que compsierran, como puede verse en sus obras.

se recoge la sagrada verbena, á quien el vulgo atribuye, por el benéfico influjo de esta noche, virtud especial para la curacion de las enfermedades; hoy, como en los siglos gentílicos, se dá el mayor valor, áun por personas cuyo cristianismo no es dudoso, á las palabras misteriosas, á los presagios, á las figuras, atribuyendo á los hechos más comunes una significacion mágica y profética, y el árabe y el cristiano deponían las armas miéntras que sus esposas y sus hijas se levantaban muy de mañana para recojer flores, segun atestiguan repetidamente los romances:

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas
Zara, mujer del rey Moro,
Con sus más queridas damas.

Busco triste á Julianiera,
La hija del emperante,
Pues me l'han tomado moros
Mañanica de San Johane,
Cogiendo rosas y flores
En el vergel de su padre.

Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare;
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre,
De amores de Moriana,
Hija del rey *Moriane*.

Captiváronla los moros
La mañana de Sant Johane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.

Todavía el labrador divide en doce partes una cebolla, y poniendo en cada una de ellas un grano de sal, se levanta ántes que amanezca para áveriguar en qué meses regará los campos, en el año siguiente, la benéfica lluvia; todavía la recatada *doncella*, á escondidas de su madre, rompe un huevo y lo coloca en el terrado ó azotea á las doce en punto de la noche, esperando á la mañana siguiente averiguar, por la figura que ofrezca, cuál será la profesion ú oficio del futuro y desconocido dueño de su destino; otras más libres, sacan á la misma hora en punto, un segundo de más ó de ménos imposibilitaría la prueba, un *carbo*

de agua, en que es sabido ha de verse el continente del esperado esposo; ó desnudo el albo pié, y bañado en una palangana, esperan escondidas tras de sus celosías la primera campanada de las doce para oír un nombre, desde entónces querido, si no han obtenido permiso para sumergirse en las azuladas ondas, en cuyo caso, saliendo á la hora misteriosa, misteriosamente lo han de escuchar. Todavía se ponen al sereno hojas de alcachofa, de cardo ó de savila para que florezcan ántes de la madrugada; trigo, cebada ó maíz para que nazca; siémbrase el lecho para que florezca, y búscanse con empeño granos de ruda para que sean madres las que los coman ántes de cantar el gallo. No hay hombre, por descreido que lo supongamos, que no sacrifique secretamente un poco de su incredulidad al natural deseo de averiguar si los sueños de su ambicion se verán cumplidos, ni muchacha casadera á quien no encuentre el dia, en que la Iglesia conmemora al precursor de Jesús, en la melancólica situacion de ánimo que tan bien retrata el siguiente ro-

mance, para nosotros uno de los más bellos que se han escrito en castellano:

Yo me levantára madre,
Mañanica de San Juan;
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar;
Sola lava, sola tuerce,
Sola tiende en un rosal;
Mientras los paños se enjugan
Dice la niña un cantar:
«¿Dó los mis amores, dólos,
Dólos andaré á buscar?»
Mar abajo, mar arriba
Diciendo iba el cantar;
Peine de oro en las sus manos
Por sus cabellos peinar:
Dígame tú el marinero,
Que Dios te guarde de mal,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allí pasar.

La ambicion y el amor ¿quereis lograrlos hasta un punto que ningun mortal se atrevió siquiera á presumirlo? venid conmigo; mas ¿qué digo? ¿por qué han derribado la Torre de las Arcas?

III.

Si la víspera de San Juan, á punto de dar las doce de la noche, hubiérais estado al lado del pilar que, al pié de la torre de la torre de la Catedral, turba el general silencio con el monótono ruido de sus abundantes aguas, apénas estremeciera vuestro oído la primera vibracion, con que el sagrado bronce anuncia la fatídica hora, cuando por encanto hubiérais encontrado á vuestro lado dos extraños y por extremo desemejantes personajes. Cubre al uno, de estatura ménos que varonil, blanco ropaje al uso morisco, y lleva su rostro tambien de blanco cendal cubierto; mas las envidiosas telas no son bastantes á disimular la exquisita delicadeza de sus formas, y el paso, semejante al suave movimiento de los clavetes movidos por la brisa de Mayo; el pié menudo y la cintura frágil y flexible como el tallo de la azucena, y sobre esto cierto

perfume juvenil que toda su persona exhala, os hubieran delatado que es toda una princesa, y nó de las comunes y de paco-tilla la que teneis delante. Acompañala un fornidísimo y gigantesco negro, de sangrientos ojos, llevando en una de sus manos abultado manojó de pesadas llaves. Si las torbas miradas, y, sobre todo, los robustos brazos del atlético etiope no os inspiraron pavor, acercáos sin miedo á la encubierta dama y ofrecedla galantemente vuestra compañía, que ella, al punto que tal ofrecimiento la fuere hecho, habrá de contestaros con voz más pura y armoniosa que la de los querúbicos coros: *Siga si quiere*. Con esta respuesta, que cual suavísimo bálsamo se difundirá por vuestras venas, cobraréis tal aliento, que, en pós de ella, habréis de atravesar la distancia, algo más que mediana, que os separa de la Torre de las Arcas, á cuya puerta habreis de llegar precisamente al sonar la undécima campanada.—Abierta se halla la misteriosa Torre; graciosos manojos de delgadas y transparentes columnas sostienen arabescos arcos

de afiligranada argentería, que allá se pierden en dorados artesones artísticamente sembrados de perlas y zafiros; fuentes de azogue, saltando entre plantas de todos los climas, se recogen formando lagos de bullente plata; más léjos elegantes cuabras cubiertas de pérsicas alfombras muestran sus paredes con preciosas labores de alicatado, no de grosero barro compuesto, sino de riquísimos metálicos esmaltes, sobre que se alzan bordados arabescos de finísima plata que entre poéticas leyendas abren paso á escondidos alhamíes; aquí, rodeadas de indicas flores, anchas mesas cubiertas de todo género de apetitosos y exóticos manjares; acá, muebles entreabiertos no pueden contener la carga de gruesas y preciosísimas piedras que los agobian; más léjos, la ancha gradería que conduce á las habitaciones superiores, y todo esto profusamente adornado por antorchas, que reflejan en los lagos de azogue, en la plata, en el oro y en las piedras con luz tan vária y tan intensa, que no hubiera ojos capaces de sufrirla, si no fuera templada por las abundantes y aromáticas

ondas que continuamente exhalan escondidos pebeteros. Mas no os extasiéis en la contemplacion de tantas bellezas; que ya la hermosa Galiana, tal es el nombre de vuestra compañera, ha pisado los umbrales de la encantada torre; yá separa el lijero cendal de su rostro, que ninguna lengua humana será osada á describir; yá os mira con tiernísimos ojos, que penetran hasta el corazon y suspenden sus latidos; yá toma las llaves, que respetuosamente le ofrece su negro acompañante, en sus preciosas manos, y acercándolas á las vuestras os dice con un acento de suavísimo mando, capaz de hacerse obedecer de los verdugos infernales: *toma*. Pero ¡ah, desgraciado! Loco, fuera de tí, sublimado á los cielos, te has olvidado de pronunciar el sacramental *daca*. Mira con qué rapidez desciende por la ancha gradería un severo sacerdote con los negros manteos extendidos; mira con qué rapidez apaga las antorchas; mira cómo se estrechan y juntan los ántes abiertos muros; oye que vá á sonar ya la última campanada; pero no mires ni oigas; huye, si no quieres quedar sepultado en la

maciza Torre, ó, al ménos, preso por tu levita ó tu gaban, como yá ha sucedido varias veces á otros tan imprevisores como tú.

¿Qué significa esta leyenda? preguntaremos nosotros para concluir. ¿Es una creacion puramente arbitraria de la musa popular, ó es el acento de dolor con que recuerda y llora beneficios de una civilizacion que le arrancó la intolerancia. Júzguelo el lector. Á nosotros nos basta con cumplir el deber de consignarla, ántes que el olvido la sepulte. Guárdela el papel, ya que las piedras que la recordaban han desaparecido para siempre.

The first part of the volume is devoted to a general history of the subject, and to a description of the various methods which have been employed for its investigation. The second part contains a detailed account of the experiments which have been made, and of the results which have been obtained. The third part is devoted to a discussion of the various theories which have been proposed to explain the phenomena observed, and to a comparison of these theories with the facts of the case. The fourth part contains a summary of the results of the experiments, and a statement of the conclusions which have been drawn from them.

COSTUMBRES POPULARES.

LA MAYA.

¡Singular tenacidad la de las costumbres religiosas!

Cambian las ideas y se conserva el símbolo, arrójase el ídolo de la conciencia y del altar, y el pueblo continúa reuniéndose como antes en los lugares que dejó desiertos; pasan las generaciones... gentes de diversa procedencia sustituyen á las antiguas, y en los mismos tiempos celebran idénticas ceremonias. Nadie conoce ya su sentido; todos

ignoran su origen; mas ¿qué importa? Tratad de suprimirlas; las personas cultas se disgustan, la plebe murmura y se subleva. Apelad á lo más íntimo del espíritu; mostrad la abominacion que encierran, y la más tímida doncella, y el niño más inocente, y el fanático más preocupado, desafiarn vuestras censuras y vuestra excomunion.

Las religiones positivas se han transmitido sucesivamente sus *templos*, sus *fiestas* y sus ritos.

El robledal, á que, en el majestuoso silencio de la noche y á la pálida claridad de la luna que dificultosamente penetraba por entre las entrelazadas ramas, acudía el drúida con la hoz de oro para recoger el sagrado *muérdago*, que, cuando todo en el bosque muere, mudamente enseña con sus azules abundantes hojas como de la muerte nace la vida, se trasforma en el *lucus romano* consagrado á los dioses de la Naturaleza, que en templos, maravillas del arte, recibe á la luz del brillante sol de Mediodía, entre los cantos de numeroso coro, el humo que despiende la grasa de sacrificadas víctimas, mez-

clado con el de oloroso incienso. Más tarde, el bosque abandonado será tal vez escondida mansion de piadosos anacoretas que se retiran á su soledad huyendo de los halagos de la comodidad y de las seducciones de la carne, y acaso, atrayendo su fama en derredor las gentes, convertiráse su retiro en tosca aldea que, andando los dias, llegará á ser ciudad populosa, y la pobre ermita magnífica catedral, digna de la piedad y la riqueza de la *ciudad de los obispos*. Columnas arrancadas de millares de paganos santuarios sostendrán la techumbre de la mezquita, orgullo de la sultana de las ciudades de Occidente que al fin romperá sus graciosos arcos para levantar sobre ellos las agudas ojivas de gótica catedral. Y el *menhir* céltico recibirá, al cabo de siglos, entre sus mal labradas aristas, la cruz cristiana, y las fiestas celebradas en honor de Saturno servirán para conmemorar el nacimiento de Jesús.....

Siempre la misma ley: mas ¡cuánta diferencia en estos cambios! Roma lleva un

mismo principio á los cielos y á la tierra: el derecho. Los númenes, ántes enemigos, se reúnen jerárquicamente en el panteon, como los pueblos en el foro. La fórmula de dedición comprende igualmente á los dioses y á los hombres. Pero si Roma condiciona, no créa; obliga á todos, dioses y hombres, á mantenerse en paz; pero no logra fundar ni una religion, ni un pueblo. El panteísmo indio, el naturalismo asirio, el sincretismo persa, el antropomorfismo griego, la firme creencia en la inmortalidad de los pueblos célticos, y hasta el monoteísmo hebraico y la misteriosa religion de los egipcios, todo lo junta sin confundirlo, pero tambien sin aunarlos; y si á un tiempo Dios adorado en todos los ideales que la antigüedad concibe, éstos son de tal magnera fragmentarios, que bien pudo decir un apologista cristiano, que *á todo se adoraba ménos á Dios mismo*. Nada tiene, pues, de extraño que los antiguos cultos subsistieran en el mundo romano; si, en sus porimerías, Roma se hace cruel y persegdora,

es porque la nueva religion, no tolerando las antiguas, amenazaba destruir su obra.

El cristianismo, por el contrario, trae consigo un renacimiento y una renovacion universal. Destinado á espiritualizar el mundo, no puede transigir con el sentido naturalista de la antigüedad clásica. Mas como unas mismas cosas se dán, aunque de distinto modo, en la naturaleza y en el espíritu, donde no puede romperla, conserva la tradicion trasformándola.

Uno de los ejemplos más bellos de este género de trasformaciones nos recuerda el encabezamiento de este artículo.

Griegos y romanos santificaban el principio fecundador de la naturaleza en la primavera, celebrando alegres y magnificas fiestas en honor de Maya ó Flora. Tambien solían representarlo mediante el *mayo* vestido de hojas, costumbre que, como de la que vamos á ocuparnos, se conserva todavía en algunas provincias de España. El cristianismo no podía divinizar la naturaleza, pero ¿cómo destruir en un momento prácticas seculares? Al frondoso tronco del mayo es

sustituyó el seco y desnudo árbol de la Cruz, á la regeneracion anual de la vida en la naturaleza la regeneracion moral del espíritu, mediante el sacrificio cruento del Hombre-Dios. ¡Admirable y probablemente no pensada oportunidad del pensamiento religioso! Una misma idéa, aunque referida á distintos órdenes de la vida, santificada en los mismos dias, y hasta con símbolos semejantes ¡una misma esperanza expresada con las mismas flores y parecidos cánticos!

Mas el primer sentido no fué por esto completamente abandonado por el pueblo. Pudiera en verdad causar maravilla que, en la más católica de las naciones latinas, después de diez y nueve siglo de Cristianismo, y apesar de la oposicion inteligente de la Iglesia, subsista todavía una festividad pagana, en la que se conservan el nombre de la diosa y casi casi los antiguos ritos. Y, sin embargo, es un hecho fácil de comprobar. Cualquiera que, en la tarde del primer dia de Mayo, transite por las calles de la ciudad de Almería, donde tuvimos la dicha de nacer, muy luego tropezar á en esquinas ó portales con improvisados templos. Allí, so-

bre un altar cubierto de damasco ó de otras vistosas telas, una hermosa niña, elegantemente vestida, cubierta y circundada de aromosas flores, escucha los cantos que coros de doncellas, asimismo de elegantes guirnaldas coronadas, con las manos entrelazadas formando un gracioso círculo, entonan en su derredor con paradas que asemejan á la estrofa, anti-estrofa y épodon de las odas griegas. Más léjos otras, con pintadas bandejas ó platos cubiertos con hojas de rosa, persiguen á los transeuntes con esta perpétua y sacramental cantinela:

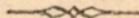
«Un quartito para la Maya,
Que no tiene manto ni saya.»

Rara vez, sin embargo, se encuentra doncella crecida que quiera hacer el papel de la diosa; es axioma constante, por más que los hechos no vengan siempre en su abono, que la que cae en tamaña tentacion tendrá que renunciar á los goces del matrimonio y de la familia.

Dos dias después cambia la escena, y las sacerdotisas de Flóra se convierten en adoradoras de Jesús. Engalánase el Sagrado Ma

dero; cúbrense las paredes de los portales de telas, espejos y hojas. Las mismas flores, los mismos cantos, las mismas bandejas y parecida demanda, sólo que entónces se demanda para la Cruz.

¿No es ciertamente notable esta persistencia del rito pagano *al lado del cristiano*? ¿No es una de esas costumbres populares dignas de fijar el ojo profundo del filósofo y del historiador?



JUEGOS POPULARES CÓMICOS.

I.

¿Habeis pasado alguna vez en un cortijo las pesadas veladas del invierno?

¿Habeis escuchado durante eternas horas, en que nada sucede, el monótono ruido de la lluvia que parece la constante repetición de la misma gota, el chisporroteo de la lumbré, tan sólo interrumpido por la caída de algun tronco; la respiración de muchas personas, tan sólo alterada por algun bostezo? ¿Y envueltos en esa atmósfera de fastidio

que ni os tolera dormir ni os permite pensar, deseosos de romper aquel círculo de hierro é incapaces de toda decisión, habeis visto seguir á un pensamiento el mismo pensamiento, á una voluntad la misma voluntad, como á una gota sigue la misma gota, á un chisporroteo el mismo chisporroteo, á un bostezo el mismo bostezo?

¿Habeis entrevisto, entre el sopor que os abrumba, que aquel estado no cesará jamás, que estais condenados á repetir indefinidamente para vosotros, sin fuerza siquiera para pronunciarlas, estas terribles palabras: *¡Cuánto me aburro!*

¡Ah! Si no habeis experimentado eso, no podeis figuraros el inmenso placer con que entónces se oye el sonido de una voz humana, la alegría infantil que despierta la proposicion de *¡Vamos á hacer unos juegos!*

Quiébrase la cadena mágica que á todos sujetaba á un poder desconocido, la actividad renace, hasta la lumbre, animada por nuevo refuerzo de leña, parece *quetoma* parte en el general contento.

Unos arreglan los taburetes é improvi-

san con ellos un rústico teatro, otros preparan los trajes, aquellos atizan los candiles... los directores de escena disputan sobre el drama que se ha de representar.

Al fin exclama uno:—El milagro de San...
(Estos puntos suspensivos significan que el nombre del bienaventurado varía según la devoción de cada pueblo.)

—¡Sí, sí; el milagro!—repite la mayoría que yá ha cruzado una mirada de inteligencia.

Y puestos tan fácilmente de acuerdo sobre el programa de la función, se procede al punto al reparto de los papeles.

Pocos minutos después comienza el primer acto.

ESCENA I.—Un pobre pastor (casi siempre el más nuevo ó el más inocente de la cuadrilla, cuando no es las dos cosas al mismo tiempo) se lamenta de su suerte. Se ha distraído un momento de su oficio y se le ha extraviado una mula ¡pero qué mula! la mejor de la ganadería. ¿Qué hacer? ¿Cómo presentarse en casa de su amo, de un caballero de tan mal génio?... Y no hay

ninguna esperanza de encontrarla. Ha recorrido todos los alrededores, ha preguntado á todos los conocidos... El cansancio y la pena le hacen desfallecer. (*Aquí el actor se tira al suelo con una fuerza capaz de sentirse como un terremoto en los antípodas.*)

ESCENA II.—Aparece otro campesino (por lo regular el que ha propuesto la comedia,) repara en aquel hombre tendido, se llega á él, le sacude (muy de veras,) nada..... le vuelve á sacudir, nada... ¿si estará muerto? Le sacude con más violencia: se oye un suspiro (capaz de aventar una *parra*.)

—¡Ah! ¡Gracias, Dios mío, vive!

—¡Buen hombre, buen hombre!

—¿Qué se ofrece?

¡Ah! Juanillo, ¿eres tú? ¿Duermes? ¿Estás borracho?

¡Ojalá, tío José, que lo estuviera! ¡Ay, soy muy desgraciado!

—Pues levántate y cuéntame tus penas.

Y Juanillo se levanta de un brinco y le cuenta al tío José, con nuevos y curiosos pormenores, la historia que yá conoce el lector discreto.

El tío José procura consolarlo; le refiere los extraordinarios milagros (que tambien en los milagros hay sus categorías) del patrono de su pueblo, y le escita á pedir su proteccion con preferencia á la de cualquier otro santo. Juanillo cree ver en esto un aviso del cielo, y decide ponerse inmediatamente en camino.

Con esto concluye la exposicion, y por consiguiente, el primer acto.

El segundo es de mayor efecto por la riqueza de las decoraciones y de los trajes. Hasta ahora han bastado los ordinarios para presentar á los personajes con una propiedad que nada tiene que envidiar á los mejores teatros. Verdad es que la coquetería que reina aquí, como en todas partes, no siempre se ha contentado con ellos, y nosotros recordamos haber asistido á una representación en la que, el que hacía de Juanillo creyó deber aumentar sus gracias personales poniéndose una albarda, con gran satisfaccion de todo el concurso. Este hecho es histórico, y testigos tengo que no me dejarán mentir. Pero bien se comprende que esta adi-

cion, aunque no enteramente inadecuada, no es de absoluta necesidad. ¡Pero el acto segundo! El acto segundo exige una descripción más detallada de la escena. Aparece, en un extremo de la sala, un retablo cubierto con dos grandes colchas que lo ocultan completamente á las miradas de los profanos. Un tercer personaje, que hace de sacristan, se ocupa en barrer lo que se supone la Iglesia. Entra Juanillo acompañado de su Mentor, y comienza la primera escena.

ESCENA I.—El Mentor ruega al sacristan que les permita ver y rezar al santo.

El sacristan se niega.

Insiste el Mentor.

El sacristan les contesta que á aquella hora está yá la Iglesia cerrada: que vuelvan al dia siguiente.

Juanillo se desespera.

Entónces el Mentor le ofrece unos cuartos al sacristan.

Éste, condesciende por pura caridad, aunque suplicándoles que no le comprometan, contando el favor que les ha hecho y se apresura á descorrer las cortinas; por supuesto,

despues de decir que su buen corazon le ha de perder, pero que no puede remediarlo porque él es así.

Descórrense los misteriosos velos y aparece, alumbrado por dos candiles, sobre una mesa cubierta por una colcha, un santo embozado en una capa, aunque sea en el mes de Agosto, y cuya picarezca cara está diciendo que es apócrifo, tiro á legua.

Híncanse los dos devotos fervorosamente de rodillas, y Juanillo repite la plegaria que el tío José le ha enseñado durante el camino y que se reputa como la más eficaz para aquel santo. Pero nada el santo prosigue silencioso. Nueva súplica; ni por esas. Juanillo está á punto de espirar de dolor. Su Mentor le convence á hacer la última prueba, y ¡oh eficacia de aquella tercera oracion! el santo habla.

— ¿De qué pelo era mula? pregunta.

— *Toa baya*, contesto Juanillo, á quien el tío José sirve de apuntador.

— *¿Baya toa?* replica el santo.

Juanillo hace una señal afirmativa.

El santo se desemboza rápidamente y ar-

rojando toda el agua contenida en aquel gran caldero ó alcarraza que ocultaba debajo de su capa, sobre la cabeza de Juanillo, á quien en aquel momento ha abandonado su tidor amigo, dice con voz estentórea en bue spondria notar no poca ironía:

—Pues vaya.

Apláudese el desenlace con estrepitosas carcajadas; queda Juanillo mohino y confuso, pero nadie escucha sus quejas y prosigue la fiesta y la algazara hasta que ya hartos de jolgorio dice uno de los que pasan por más formales en son de reprimenda:

—Fulano, esas son bromas muy pesadas que sólo sirven para quitarnos la diversion y producir disgustos. Vamos, esto se acabó; pero cuidado con otra. Representemos ahora un drama sério.

—¿Cuál?

—El del Alcalde.

Para desagaviar á Juanillo se le ofrece el primer papel. Por poco rencoroso que este sea, está demasiado amostazado para aceptar. Pero los burladores se enfadan ahora diciendo que no debe hacersele caso, que es

un hombre que no sabe aguantar una broma. Juanillo replica irritado. Sus enemigos le contestan, y después de algunos dimes y diretes en que estos hacen alarde de su ingenio y aquél de su ira, deciden no hacerle caso, y sin atender más á sus injurias proceden á la preparacion del drama sério.

Fórmase un circo en medio de la cocina con los consabidos taburetes que sirven de principal maquinaria, y para que el palco del alcalde se eleve con la debida majestad, colocan una silla sobre cuatro canutos de caña ú otro objeto parecido, asegurándola lo suficiente para que guarde aquel género de equilibrio que los mecánicos denominan inestable. Un rincon algo apartado figura juntamente la casa del alcalde y la sala de su audiencia.

En este punto la persona formal que hasta entonces había permanecido callada, interviene de nuevo. Se lamenta de la situacion de Juanillo, riñe otra vez á sus bur-ladores y les dice que no consentirá que así se les desprecie, suplica á éste que olvide lo pasado, le promete que no tolerará

semejantes burlas, le asegura que conoce el juego y que no tiene nada de peligroso; para convencerlo más deja á su eleccion el papel de toro ó de alcalde y raro es el caso en que Juanillo deje de condescender, sobre todo cuando los otros, como sucede siempre, se niegan á confiarle ninguno de los dos papeles. Pero la persona formal se enfada, manda, y, aunque refunfuñando, los otros obedecen. Juanillo, dispuesto yá á volver á las tablas, duda (no sabemos por qué, porque tan interesante suele ser el uno como el otro) á cual de aquellos dos principales personajes ha de representar. Por lo comun su nuevo padrino le inclina al de *autoridad*, no sólo por más digno, sino tambien por más sosegado y ménos sujeto á contingencias.

Así felizmente zanjadas estas discordias de bastidores, se procede á la ejecucion de

EL ALCALDE,

Drama sério en un acto y en dos cuadros
ejecutado por las principales partes de la

compañía y cuyos papeles se distribuyen en la forma siguiente:

El señor alcalde.. Juanillo.

El toro..... El que hizo de santo.

El primer espada. El tío José,

con acompañamiento de toreros, alguaciles, señores y señoras, niños, hombres y mujeres del pueblo.

CUADRO PRIMERO.—ESCENA I.—El primer espada acompañado de chiquillos y hombres del pueblo llama, ó figura que llama, en la puerta de la casa del señor alcalde; el alguacil de guardia le contesta y aquel pide humildemente permiso para hablar á su señoría; el alguacil se lo otorga y después de haber disipado á varazos aquellos grupos tumultuosos que pudieran cohibir y comprometer la libérrima voluntad de su señor, le permite la entrada.

ESCENA II.—Yá en presencia de la autoridad, el primer espada se descubre, saluda, se pone de hinojos, besa la mano al alcalde y le expone respetuosamente su pretension, que no es otra sino solicitar su superior permiso para lidiar con sus compa-

ñeros unos famosos toros en la *fiesta* de aquel pueblo. El alcalde, después de meditarlo gravemente, resuelve al fin permitirlo, contestándole con voz reposada ó haciendo simplemente un signo de asentimiento con la cabeza. El torero se retira con el mismo acompañamiento que trajo, que se ha vuelto á reunir á pesar de la vara alguacilesca, para escuchar el resultado de la decision. Al saberlo grita entusiasmado: ¡vivan los toros y el señor alcalde!
Concluye el cuadro primero.

CUADRO SEGUNDO.—ESCENA I.—Precedido de sus alguaciles y rodeado de un inmenso pueblo que se apresura á llenar las localidades de la plaza, el señor alcalde, que ha aumentado el volúmen de su abdómen, mediante á la adición de una gran *canasta* sujeta á la cintura, cubierto con *cumplida* capa, con sus anteojos, si por casualidad se encuentran á mano y llevando por signo de su jurisdiccion una buena *bordasca*, con la cuál vá preparado á todo evento, se dirige majestuosamente al circo tauromáquico. Llega, y sube pausada-

mente á su asiento, vacila éste sobre sus débiles bases ante la gravedad de su persona, desequilibrada por la canasta; pero no hay qué temer, dos alguaciles de pié mantienen la silla con sus robustos brazos.

ESCENA II.—La cuadrilla hace su cortesía y se distribuye por la arena; el alguacil encargado pide la llave y el señor alcalde se la tira. Ábrese el chiquero.

ESCENA III.—(Nota. *Si algun censor se prepara á criticarme, por abrir aquí una escena, advierta primero que apesar del título, el toro es el protagonista de la comedia.*) Huye el alguacil haciendo morisquetas, sale el toro, se le pica, se le ponen banderillas, salt a várias veces la barrera, la gente se alborota; pero la autoridad, que es lo importante, está segura, porque los alguaciles que la sostienen separan al toro con sus baras cada vez que se dirige hácia aquella parte del escenario. Se capea á la navarra, á la verónica, al natural; el toro continúa con sus saltos atropellando la gente; los que se consi-

deran seguros aplauden; el alcalde toma parte en la alegría general.

Pero de pronto el toro salta frente al alcalde, los alguaciles se asustan y sueltan la silla, y Juanillo, el infeliz Juanillo, queda entre ella y la canasta como Sancho entre los dos paveses en la *maldita insula*. *Tendido* de espaldas, trata en vano de levantarse y nada en el aire como galápago boca arriba. Sus muecas, sus apuros, su impotencia, despiertan la hilaridad; hasta la canasta y la vara, los dos signos de su poder, se vuelven en contra suya, y los asistentes *rien*, y rien hasta las personas formales.

Mas me replicaréis: no siempre se encuentran...

Es verdad, entónces la víctima... pero escuchad en dos palabras el argumento de la *Dispensa*. Conoceis el auto y la comedia de capa y espada; diez segundos, y os formaréis idéa de la comedia de costumbres.

En primer lugar debo advertir, para evitar escándalos, que la dispensa de que aquí se trata es de las permitidas por derecho canónico.

Y no teman ustedes que se *civilice* con el alicientillo de obtenerla *gratis* y más cerca; precisamente en la ida á Roma está todo el *intrínquilis* del argumento.

Dos jóvenes se aman. Están impacientes por anudar el eterno lazo. No tienen que vencer ni la oposicion de sus padres, ni la de sus futuros suegros; ni ella coquetea, ni él hace calaveradas; hasta los rivales posibles respetan la pureza de su cariño; tienen dinero... ¿qué les falta?

¡Ah, son primos! ¿Qué les hace falta, me preguntais? Una dispensa.

—¡Bah!—me replicaréis—¡Qué cosa más difícil.

Poco á poco, señores míos, y no juzguen ustedes tan de ligero. Mis amantes tienen yá su dinerito preparado, han elegido entre los motivos de dispensacion uno de los de más fácil despacho y el que les cuesta menos; la bula es cosa corriente; pero ¿quién vá á Roma por la bula?

Este es el inconveniente.

Nada más que éste, y sin embargo, la novia se impacienta, el novio se dá á todos

los diablos y los vecinos se creen autorizados para darles consejos.

Pero como ustedes conocen, con nada de esto viene la dispensa.

Entónces uno de los vecinos discurre que si la dispensa no viene, será preciso ir por ella.

Nada más natural, y sin embargo, no se le había ocurrido á nadie. Así son todos los grandes descubrimientos.

Y la novia se alborozá y se lo cuenta á sus amigas (que yá andaban poniendo en duda el matrimonio) y el novio baila de contento y los hombres se regocijan pensando en la cena y las mujeres en el vestido que ha de estrenar.

Pero... nueva dificultad. Para ir á Roma es preciso uno que vaya.

El novio quiere ir.

Y la novia no quiere que vaya el novio.

Las familias toman respectivamente el partido de cada uno de los futuros cónyuges.

Las amigas se dicen por lo bajo:---¿Sabes lo que hay de nuevo? Si yá lo decíamos nosotras...

Y se sonrien cada vez que pasa la futura, que de verlas tan contentas, se pone mala de coraje.

Pero el vecino de marras interviene de nuevo. Él conoce, como que se crió con él, un muchacho tan fiel, tan listo, tan cabal y sobre todo tan ligero, que en muy pocas horas es capaz de ir á Roma y volver.

Divúlgase la noticia.

Sosíéganse los agitados ánimos.

Se llama al muchacho.

Viene.

El novio le explica menudamente su comision, le dá cartas, dinero; le encarga que no se entretenga, que corra como un gamo, le promete grandes recompensas.

El muchacho parte como un relámpago.

Peró al novio se le ha olvidado lo principal.

— ¡Muchacho, muchacho!

Se ha quedado con la solicitud en el bolsillo, y el muchacho no sabe siquiera los nombres..... ¿Si logrará alcanzarlo?

— Muchacho, muchacho, ¿no oyes, muchacho?

Al fin le ha oído, vuelve, le dá la solitud. Se registra todos los bolsillos, le repite todos los encargos, se los hace recitar al criado dos veces de memoria. Vamos, yá puede descansar tranquilo.

El muchacho vuelve á partir.

Al cabo de un rato se divisa en lontananza, como diria un autor, al muchacho que viene, que hace señas.

Ya está ahí. ¡La dispensa! ¡la dispensa! gritan todos.

Corren hácia él, el novio se adelanta á los demás.

Mas ¿qué tendrá el embajador? ¿Por qué está triste? ¿Por qué llora?

—¡Ay Dios mio! ¡Si traerá negado el despacho! ¡Si lo habrán robado! ¡Si lo fingirá, pensaba un malicioso para sus adentros, á fin de quedarse con los cuartos!

Y llueven las preguntas de tal modo, que el interrogado no hubiera podido responder aunque quisiese.

Pero no quiere; está como fuera de sí, ¿qué le pasa?

¿Qué le pasa? Oíganlo ustedes que la fin

vá á contarle, después de mirar azoradamente en todas direcciones.

—Como ustedes me aconsejaron la priesa, dice sollozando, echo por una trocha, ando, ando, á la media hora ya estaba tercera parte del camino. ¡Me había andado cuarenta leguas! Cuando de pronto escucho una voz que me dice: ¡que te mato! ¡que te mato! Echo á correr y...

—¡Cobarde!

—¡Bribon!

Pero el vecino hace observar que con eso no se alcanza la dispensa, que el valor no es prenda voluntaria, que la imprudencia ha estado en echar por sendas y descaminos. Decídese, pues, que vaya otra vez por el camino real.

Y, con efecto, sale por la carretera con no menor velocidad que antes.

Al rato vuelve, porque al llegar á un caserío se le ha aparecido un hombre tan negro, tan negro! con un azadon en la mano diciéndole: ¡que te ensarto! ¡que te ensarto! con lo cual no ha podido ménos de poner piés en polvorosa y.....

¿Tienen ustedes ganas de seguir escuchando? Pues continúen mientras gusten, pues ya habrán adivinado que la la *Dispensa* no es sino el cuento de la buena pipa ó el del gallo pelado puesto en accion.

¿Saben ustedes yá lo que en esta representacion suelen ser las victimas?

—Sí, pero lo que nosotros quisiéramos saber es dónde está la gracia de lo que V. ha escrito.

—No la tiene.

—¿Dónde se rie uno en estos cuentos?

—En ninguna parte.

—Pues me extraña.

—¿Por qué?

—Porque si V. dice eso con sinceridad.....

—¿Qué?

—Muy bien ha podido V. no tomarse la molestia de imprimirlo.

—No por cierto.

—Pues dígole á usted...

—¿Qué?

—Que no puedo comprender...

—¡Yá lo creo! ese es mi secreto precisamente.

—¿Conque todo esto es un acertijo?

—No señor.

—¿Ó es que ha creído usted poder burlarse impunemente de nosotros?

—¡Dios me libre!

—Pues entónces...

—Lea usted el número II y se enterará.

—¡Já! ¡já! ¡Eso es lo que usted quisiera! Ese medio está ya muy gastado. Me recuerda usted los consejos que se daban á Gerónimo Paturot cuando se metió á folletinista.

—Y sin embargo...

—¿Qué?

—¿Á que lea usted el número II?

—Lo veremos.

—¡Lo veremos!

II.

Achaque ordinario, y como tal ya calificado de crónico y de incurable, es el erudito de querer buscar en palimpsestos ininteligibles ó en libros corroidos de puro viejos lo que la naturaleza, rica de vida y variedad,

generosamente nos ofrece á nuestro alrededor.

¿Quién no ha repetido, pongo por caso, más de una vez aquella célebre frase del bueno de Rousseau, ocasión de tantos delirios: «la palabra hubiera sido muy necesaria para inventar la palabra?»

Y sin embargo, si á cualquiera de estos señores, á quienes supongo casados como á todo hombre honrado corresponde, que lo demás es ser pirata callejero, se le hubiera ocurrido escuchar el gracioso balbucir de tierno vástago, ¿no encontraría la clave del enigma sin necesidad de remontarse al Paraíso, atravesando á nado nada ménos que el diluvio para averiguar si la serpiente habló en inglés como sostuvo con autoridades de mucho peso uno de los más notables averiguadores que conozco?

Mas lo peor de la tal manía es que es manía contagiosa, y áun creo que hasta mí han de haber llegado algunos efluvios de erudicion, bien que tan sutiles y desvirtuados por la distancia que me han producido la más extraña dolencia que registra la

medicina en sus anales clínicos. Consiste en figurarme que ninguna de las ideas que han vivido parece enteramente, que todas las pasadas cuentan representantes entre nosotros, que descendiendo por las capas sociales puede seguirse el orden de las eras y que lo que espontáneamente se explica con desusadas palabras son antiguos pensamientos y costumbres. Y como todo desvarío halla al punto aparentes razones que como testigos falsos declaran en su favor y embrollan y hacen difícil de sentenciar en justicia el pleito más sencillo, no han faltado tampoco en el caso presente, sino que han acudido de tropel y sin llamarlas, procurando de ofuscar mi débil entendimiento y ganarme la voluntad con estos ó parecidos discursos: «¿Qué es todo paso en la cultura más que algo bueno ántes no visto, ahora conocido y realizado? ¿Aparece esta iluminacion á la par en todos los espíritus, ó primero en los génius más privilegiados, de donde sucesivamente vá irradiando por los más dispuestos á recibirla, no sin tener que vencer en su largo trayecto los obstáculos que le oponen la ignorancia

con sus espesas nieblas y *el interés* con su muro de hielo, ántes fundido que caliente por el entusiasmo expansivo y generoso? ¿Tan débiles son ya hoy esos obstáculos que no tarde todavía muchos siglos cualquiera idea en hacerse patrimonio universal? Venid fuera de ese círculo á donde alcancen vuestros telégrafos y vuestra imprenta, en donde una multitud automática repite por hábito la última palabra sin meterse á desentrañar su sentido; venid, vos que no estais todavía tan asficionado por el polvo de nuestros mamotretos que no podais respirar el aire fresco y puro de los campos; venid, y decidme lo que veis allí. Si examinais el vestido de esos millares de criaturas, vereis la piel de Hércules; si su calzado, la sandalia de esparto crudo que Góngora encontró en los cadáveres prehistóricos; si su alimento, la torta de maiz medio cocida sobre una piedra caliente; si sus armas, la honda balear; si les preguntais por la muerte, os contestarán, como los antiguos filósofos jónicos, que es el aliento que se escapa en las últimas boqueadas; si por sus juegos, os pre-

sentarán algunos muy semejantes á los que describe Homero; si por su teatro, el de los primeros cómicos.....»

—Basta, les dije, pues aunque instintivamente desconfío de toda oracion retórica, pareciéndome ésta exagerada, ampulosa y quebradiza como la mayoría de las de su clase, vislumbraba en el fondo un no sé qué de sólido y verdadero. Pero como las razones son de natural tan indócil que solo á otras más fuertes se someten, en vano las procuraba desechar, pues al punto se me presentaban disfrazadas con diferentes trajes.

—¿Crees, me decian, que es más verdadero el testimonio escrito que el testimonio vivo; das valor á la narracion del hecho y no quieres concedérse'a al hecho mismo? Explicate si puedes por lo que encuentres en tus libros la persistencia siquiera de ese teatro popular que tanto te divirtió en tus primeros años. No seas ingrato, y yá que has procurado conservar como hijo respetuoso, las leyendas, los cuentos y las costumbres de tu país, conserva tambien esos juegos que, acaso en dia no lejano, se busquen y no se

encuentren; mira que el ferro-carril auza yá á tus tierras y á tus *playas* (*aquí vol- vieron á parecerme las razones sospecho- sas,*) ¿valen menos por *ventura que los pri- meros ensayos de la industria con esquisi- to cuidado recogidos en gabinetes y mu- seos, los primeros vagidos del arte dramá- tico?*

Así atormentado y dudoso, decidíme á emplear un remedio que imaginé había de ser para mi mal cuchilla especial y eficaz medicina. ¿Qué me importa, pensé, dejar consignados esos hermosos recuerdos de las más alegres horas de mi existencia? ¿No me creo trasportado á ellas cada vez que las evoca mi memoria? ¿Y quién sabe si habrá algo de verdad en lo que esas razones me aseguran; acaso hay alguna que pueda calificarse de enteramente mentirosa? La crítica las pesará en su balanza de oro y sabrá separar la alquimia del metal fino. Puse manos á la obra, y como fotógrafo trasladé fielmente y sin ninguno de los aliños del arte, de la imaginación al papel, los rasgos semi-borrados por el tiempo de las que

tueron ántes hondas impresiones.

Tal fué el origen del articulejo que habeis leído, si Dios os dotó de paciencia suficientemente, y aquí debiera de poner punto á este trabajo, yá satisfecha vuestra legitima curiosidad.

Lo que sin embargo me confirma en que no debo estar muy sano de caletre, fué que, apenas hice tan razonable propósito, cual es el de no escribir, senti una comezon de citas, de autoridades, de textos, de analogías y de argumentos (confirmacion de la influencia de los consabidos miasmas), que no me dejaba sosegar. Quise resistirla, pero interesóse el sistema nervioso, produciéndome una singular alucinacion.

Figuréme entónces descubrir en los juegos que hemos des rito, el escondido origen de nuestra comedia. Es este género de composiciones en todas partes un arte plebeyo, á cuyas raices, ocultas en los más ínfimos lugares, no alcanza el farol de los eruditos. Nació tan pobre que ni siquiera quisieron tomarse el trabajo de inscribirle en el registro de poblacion; era hijo de pa-

dres que no estaban enteramente bien con las leyes, y no podía pretender derecho de ciudadanía. Así nos lo enseña Aristóteles por lo que toca á los griegos; así debió suceder entre nosotros, cuando ni Schack ni Amador, que han hallado en la Iglesia los más antiguos documentos del drama, han podido presentarnos de este primer período una sola comedia escrita. En vano será que los reyes de armas de la literatura registren la magnífica ejecutoria de sus glorias; la humilde plebeya sólo pudo dejar un recuerdo de su primera existencia en la condenacion de los poderes y en el cariño de sus paisanos.

Si la comedia es una producción popular, debió mostrar desde su origen las notas características de las producciones populares. Rudas, espontáneas, como criadas en tierra virgen y sin cultivo, no llevajamás la marca de un *inteligente labrador* que elige cuidadosamente los vidueños; tienen sólo esa unidad general de que participan los séres que respiran un mismo aire, que sustentan un mismo suelo y á quienes ca-

lenta un mismo sol con sus dorados rayos. Obra del todo, no hay en ellas verdadera individualidad, pueden aplicarse á cualquiera, pues que siempre dejan indeterminados el lugar, la fecha y el actor. ¿Cuándo sucedió? Un dia. ¿Dónde pasó? En un pueblo. ¿Quién lo hizo? *Betsibé*. Mas tened muy en cuenta que con ello no se pone siquiera en duda la realidad del sucedido. ¿Hay alguno que tenga en su abono mayor número de testigos? Donde quiera que preguntéis por él, os nombrarán á los mismos que intervinieron, os llevarán á los sitios en que aconteció; si insistís, no faltará ni quien conociera á aquéllos, ni señales en éstos que os los testifiquen; lo malo es que en cada sitio os sucederá otro tanto, mudando tiempos, actores y lugares. ¿Quién falta á la verdad? Ninguno. Cada cual puede reunir en favor de sus afirmaciones más de lo que exigen los juriscóndulos para constituir una prueba plena. Á ser materia de litigio, cada uno hubiera ganadõ el pleito en su partido judicial. ¡Y con razon! Lo que espontáneamente brota de toda fantasía es-

pañola, ¡por Dios! que ha pasado, pasa y pasará en toda la *Península hasta la consumación* de los siglos.

Ahora bien, me decía yó; ésto es lo que sucede en los consabidos juegos. Los protagonistas son un santo, un alcalde, dos novios: lo que se proponen un milagro, una corrida de toros, una dispensa. ¿En qué tiempo, ni en qué lugar de España no han podido pasar estas tres cosas; más aún, no han pasado efectivamente á contar desde el siglo XIII, punto al que por hoy limitamos nuestras investigaciones?

Pero es más: como el cuento y hasta el cantar, siendo esencialmente los mismos varian hasta hacerse diferentes segun los accidentes en que lo desarrolla el narrador ó la intencion y la cadencia que se dé á la letra, el juego no está tampoco dibujado más que en sus principales contornos, es como el perfil de un cuadro, es como un bordado sin relleno, es la obra nacional que espera la obra del individuo, es un molde que permite vaciar infinitas figuras, un tipo inagotable de dramas que se acomodan

á todos los gustos, á todas las creencias, á todas las circunstancias, es una creacion general, si vale explicarme así, como la del *Burlador de las mozas*, que así puede motivar la mística leyenda del sevillano Miguel de Mañara, como la caballeresca del toledano capitan Montoya, ó la escéptica del endiablado estudiante salmantino D. Félix de Montemar.

¿Quién ha inventado, pues, estos juegos? Todos, lo que equivale á decir: ninguno. Tan evidente es esta verdad que está sobre los hechos mismos. Demos de barato que, deseosa la fortuna de proteger á un bibliófilo, le depara, á él sólo, un códice pintiparado para matar de envidia á todos los bibliófilos del mundo. La letra, las abreviaturas, la tinta, el papel, el lenguaje, el estilo, trascienden á rancios como tocino añejo, y marcan su edad con más exactitud que fé de bautismo, y con más precision que cronómetro de Losada. No hay por dónde meterle el diente; siendo lo peor que la voltaria diosa, de quien es sabido que no gusta conceder á medias sus favores, ha tenido muy buen cuidado de

plantarle una muy cuca portada donde en hermosos caracteres de oro, plata y azul, se lee, desde un metro de distancia, *Juego de tal cosa, compuesto por D. Fulano de Tal y de Tal*, cuyo D. Fulano á mayor abundamiento firma á la conclusion con sus dos apellidos. ¿Hace falta más? Pues añadan ustedes, como garantía, que tres escribanos dan fe de ser aquellas la firma y rúbrica que acostumbraba á usar el susodicho. ¿Qué inferiríamos de aquí? Que en el siglo en que nos venga mejor hubo un prójimo á quien se le ocurrió inventar lo que á su servidor en la mitad y algo más del siglo XIX, que hizo uno de los juegos del alcalde como yo he hecho otro de los juegos del alcalde, no que inventó el juego, pues no creo que nadie en conciencia se atreva á decir que Séneca inventára la tragedia de la Medéa, porque escribiera una tragedia con este nombre.

Para hacer esto más claro, echemos fuera las hipótesis: sustituyamos al código un libro muy bien impreso; al nombre del autor anónimo, el del principe de nuestros dramá-

ticos, D. Pedro Calderon. Abramos el libro por la *Comedia famosa intitulada Las Cadenas del Demonio*, y allí nos sorprenderá agradablemente toparnos de manos á boca con un antiguo conocido, con el juego del Milagro. Sólo que es lo mismo y no se parece en nada. Miren Vds., allí no hay ni milagro, ni santo, ni pastor, ni mula perdida, ni caballero regañon, ni talla de agua. Hay un ídolo, Astarot que, eso sí, antes echaba sus ratos de conversacion con los devotos para satisfacer á sus preguntas, ni más ni ménos que nuestro santo, y que acaba de perder el uso de la palabra, gracias á la presencia, para él intempestiva, de San Bartolomé. Hay tambien un sacristan aficionado, como el de nuestro juego, á vaciar en el suyo el bolsillo de los beatos, lo que prueba, entre paréntesis, que todas las gentes son unas, como decía Sancho al saber que en Candaya se cantaban seguidillas.

Y como, á lo que resulta, aquellos piadosos varones, aunque curiosos, eran sobrado prudentes en eso de aflojar los cordones de la bolsa, cosa que hace más verosímil la

opinion del discreto escudero, y no pagaban sino pregunta hecha como consulta gallega, sucedió que el mutismo del ídolo hizo el vacío en el estómago del sacristan. Este, ¡vamos si parece el mismo! movido por el propio caritativo sentimiento que nuestro santero, y no pudiendo sacar á Astarot de su silencio, decide á contestar por él á las consultas. Ni habia presumido demasiado de su destreza para ello, pues la primera que le cayó hubiera sido capaz de crisar los cabellos á otro menos hábil. Era nada menos que su mujer quien le pregunta por el cumplimiento de sus deberes conyugales en el delicado extremo del alimento corpóreo que todos los códigos religiosos y civiles, con desesperante unanimidad, encomiendan á los maridos. ¡Pero qué! este nuevo Papiñiano contesta sin detenerse, como despues en caso semejante la milagrosa imágen de todas las capillas que conozco:

*Hila, que así hacen
Otras mejores que vos.*

¿Quién copia aquí á quién? Nadie; pero

de seguro no es el autor de nuestro juego. En el drama de Calderon se critica un sistema de milagros, ó más bien se declara su inferioridad respecto á otros milagros; en el juego se burlan igualmente de todos, santo ó ídolo es indiferente para el caso, y en nada cambia su naturaleza: aquel tiene una víctima yá designada que se presiente desde luego; en éste la víctima es el más bobo, pastor, santo ó campesino, que en esto precisamente está la gracia; en una palabra, lo de Calderon es *un* juego, lo popular *el* juego. Decimos mal: lo de Calderon es una escena de una comedia, la accion es toda fingida y representada, y por consiguiente, es un ideal yá artísticamente circunscrito, algo que no puede ser más que de aquella manera; lo popular es un juego, es decir, una accion real y juntamente una accion fingida, una cosa que se representa y que sirve de ley, otra que se hace y en la que el ideal aparece tan distinto como las circunstancias lo reclaman; es el ideal que pasa por todas las formas sin encarnarse definitivamente en ninguna: lo prime-

ro exige un tiempo; lo segundo vale igualmente en todo tiempo. Ahora bien: ¿Qué es lo primero, el tipo ó el tipo ya petrificado en una de sus personificaciones? ¿Lo real ó lo representado? ¿Lo de siempre ó lo de ahora?

Con esto no negamos que los juegos tengan una fisonomía. La tienen y muy característica, una fisonomía de raza. una fisonomía española. Al compás con todo nuestro arte dramático, la fábula es en ellos lo principal, los personajes cosa secundaria: son, más que personas, máscaras, esculturas, schemas vivos destinados á hacer visible una idéa. Esta idéa es la de nuestra nacionalidad, manifestándose en las tres grandes instituciones en que ha vivido, hasta el presente: la Iglesia, el Estado y la Familia. Miradas en sus defectos, como al género cómico corresponde, hay en la sonrisa que despiertan algo del burlon escepticismo del árabe y de la gravedad del castellano. Es una risa seria, si es permitido el maridaje de estas dos palabras. Y así debe serlo, porque la acción se cump'e paralelamente en dos

mundos distintos. El artista, si se tolera esta calificación tratándose de estos rudos hijos del pueblo, ejecuta un hecho real al paso que lo representa como fingido, pasa aquí lo que en el *Drama Nuevo*; sólo, que aunque parezca lo contrario, se truecan los papeles. El observador superficial cree reirse del simple á quien se engaña, y saluda el desenlace con francas carcajadas como el niño cuando D. Quijote ataca las ovejas; pero más allá de este ruidoso reir, hay otro que se hiela en los labios porque tiene algo de remordimiento; fruto pálido del sentimiento, de la falta esencial que encontramos en nuestras instituciones y de nuestra desidia para remediarla. Pues nótese bien, que la censura no recae sobre el accidente, sino sobre lo fundamental; no nos reimos de este ó de aquel alcalde, sino del alcalde. Tan cierto es esto, que cada vez el tipo nos aparece en forma diferente, y sin embargo, el juego es igualmente cómico. En lo que sí difieren estos primeros ensayos de los del arte dramático italiano, y en lo que se encuentra la diversa manera de ser

de estas dos nacionalidades, es en que aquí el tipo no se encierra en una máscara inflexible; no queda en pura abstracción, sino tiene una máscara viva, una máscara que cambia á cada instante. ¡Quién sabe! Acaso no es más que una falsa etiqueta para introducir la mercancía. Tal debieron estimarlo al ménos el Estado y la Iglesia al prohibir severamente este género de representaciones.

«Los clérigos (dice la ley 34, tít. VI, Partida 1.^a)... non deben ser facedores de juegos de escarnios porque los vengan á ver gentes, como se facen. É si otros omes los ficieren non deben los clérigos hi venir, porque facen hi muchas villanías y desaposturas. Ni deben otrosí estas cosas facer en las iglesias; antes decimos que los deben echar de ellas deshonoradamente á los que lo ficieren: ca la iglesia de Dios es fecha para orar, é non para facer escarnios en ellas...»

La 36 del mismo título y Partida: «Vestir non debe ninguno hábitos de religion, sino aquellos que los tomaron para servir á Dios; ca algunos hay que los traen á mala

intencion, para remedar los religiosos, é para facer otros escarnios é juegos con ellos, é es cosa muy desaguizada que lo que fué fallado para servicio de Dios sea tomado en desprecio de Santa Eglesia, é en abilitamento de la religion; onde qualquier que vestiese hábitos de monjes ó de monjas ó de religiosos debe ser echado de aquella villa ó de aquel lugar donde lo fiziera á azotes. E si por aventura clérigo fiziera tal cosa, porque le estaria peor que á otro ome, dévele poner su prelado gran pena, segun toviere por razon: ca estas cosas tambien los prelados como los judgadores seglares de cada un lugar las deben mucho escarmentar que no se fagan.»

Y el concilio toledano de 1565 (acta capítulo XXI): «Prohibe el santo concilio desde ahora el torpe afan de que en el dia de Inocentes se acostumbre celebrar dentro de la Iglesia ciertos juegos escénicos, ya por la ignominia que de ellos resulta al órden eclesiástico, ya por la ofensa que se inflere á la Divina Magestad.....» (*Prohibet sancta Synodus in posterum turpem illum abusum quod die Innocentium intra ecclesiam*

theatrales quidam ludi edi publice consuevere magna cum ordinis ecclesiastici ignominia nec non et divine magestati offensa.)

Si comparamos estas disposiciones con la del código litúrgico de la catedral de Gerona de 1360 (publicado en el tomo 45, página 17 de *La España Sagrada*), que permite la representación en la octava de los Inocentes, de *una farsa burlesca costeada por el Arzobispo*, nos asalta el pensamiento de que los orígenes de nuestra comedia fueron muy semejante á los de la griega. Allí como aquí, después de la representación del drama religioso, venía la parodia, que aprovechaba los elementos cómicos que se encuentran en todo aquello en que la humanidad se mezcla. Y si en en la escena helénica; después de haber admirado las prodigiosas hazañas de Hércules, se despertaba el buen humor de los concurrentes, cuando después de la fiesta religiosa se presentaba al héroe con la máscara de *Manducax*, devorando un inmenso número de provisiones, la rusticidad de los pastores que vienen á Belén á saludar al Mesías, las infundadas du-

das de San José, las vacilaciones de San Pedro, los Inocentes, y sobre todo el Diablo, que, si considerado como el sér sin esperanza y sin amor ha podido suministrar al Dante y á Santa Teresa el sublime de lo trágico, como la inteligencia profunda, la astucia refinada y el poder extraordinario destinado á ser siempre vencido por la fé sencilla, ofrece (cuando no reparamos en su inmensa desgracia y sufrimiento) el modelo más acabado de lo cómico, debieron suministrar nuevos elementos para este género de composiciones. Pero la Musa juguetona que las crea, inocente y bondadosa al principio, según lo vemos en los *cuentos de cuando Dios andaba por el mundo*, avanzó luego á tratar con cierta indiferencia el fondo como se vé en la tan repetida saeta:

El demonio como es tan travieso
En una *arcancia* se quiso *meté*
Pá sacarle á San Pedro unos cuartos
Que estaba juntando para un *marsellé*;

llegando por último hasta la sátira, que atrae sobre ella el castigo de entrambas posteades.

Mas fuera de controversia queda, á nuestro juicio, que los locuelos niños de coro debian combinar estas representaciones con la burla personal, en una palabra, que eran verdaderos juegos.

Recordando ahora que las leyes de Partida hablan de *escarnios ó juegos hechos en desprecio de Santa Iglesia ó en abiltamiento de la religion* en que se traen *vesti-
bitos religiosos á mala intencion* y el sبدو toledano de *juegos escénicos que se celebran en la Iglesia* y de los que resulta *ignominia al órden eclesiástico y ofensa á su Divina Magestad*, ¿no es dado presumir que aquellos antiguos *juegos de escarnio* son nuestros actuales juegos cómicos? No aumenta esta presuncion el que en su mayoría tienen por protagonistas al Diabolo, á San Pedro y á eclesiásticos? ¿No contradice esto la opinion de Schack (1) de que los *juegos de escarnio*

(1) «*Historia de la literatura y el arte dramático en España*,» por D. Adolfo Federico Schack, traducida directamente al castellano por Eduardo de Mier, tomo I, página 91.

eran sin duda representaciones burlescas de la vida ordinaria? ¿No es más probable que fueron siguiendo las diferentes fases del drama, como la comedia griega á las escuelas trágicas de Esquilo, Sófocles y Eurípides? Colectar y estudiar concienzudamente estos juegos, ¿no nos daría acaso una gran luz acerca del punto, hoy tan oscuro, de los orígenes de nuestra comedia?

Pero nos vamos poniendo serios y esto es acaso síntoma de que nuestra locura se torna incurable. ¿Encontraremos algun literato caritativo que nos propine alguna medicina para nuestro mal, más que fuera de cáusticos ó ventosas?

que sin duda, expresaciones burlescas
 de la vida ordinaria, no es más probable
 que se encuentren en la literatura de las
 clases de la sociedad que en las escuelas
 de la vida. En efecto, los poetas y filósofos
 y escritores, en general, no se ocupan
 de las cosas que se ven en la vida real,
 sino de las cosas que se ven en la vida
 ideal. En consecuencia, la literatura
 de las clases de la sociedad, en general,
 es más rica en expresiones burlescas
 que la literatura de las escuelas.

LA FLOR DEL AGUA.

(LEYENDA.)

I.

--No paseis, decía la abuela hilando su copo al lado del fuego, á sus dos nietecitas, bellas como las flores, una alegre y rosada como la aurora, pálida y melancólica la otra como las ojas en el otoño; no paseis á las doce de la noche por la fuente del Avellano, no paseis, hijas mias, que en esa fuente hay una *xana*.

Las niñas suspiraron, quizá adivinaban aquellos versos de Araujo:

«Si por la noche niña inocente
De sus amores sufre desvelos
Y en un suspiro de amor ardiente
Manda al objeto de sus anhelos,
No, nada importa que esté distante
Cruzando el aire ligera «xana»
Lo lleva al pecho del tierno amante
Con los susurros de la mañana.»

Mas la abuelita no se apercibió del suspiro, hacía ya tanto tiempo que no suspiraba, y continuó diciendo: ¿sabeis nietecitas lo que es una xana?

¿Quién lo ignora en Asturias? le contestó la más traviesa: una xana es una linda mujercita de un pié de alta, más blanca que los rayos de la Luna de que están tejidas sus ligeras ropas, una linda mujercita que habita en un palacio tan pequeñito y tan lindo como ella, fabricado de cristal, de conchas y corales, en el fondo de una fuente situada en el lugar más solitario por cuyo caño se desliza, después de la media noche, para lavar sus ropas, casi tan blancas como ella.

Además, dijo la revoltosa niña, dando á su cara un aire picarezco además..... dicen, continuó, haciendo que se ruborizaba, además hacen otras cositas que prueban que no están tan presas en sus fuentes como aseguran.

Calla, bribona, sí siempre he dudado que fueras tú la hija de mi hija. Si te traje no sé quién y no se ha podido encontrar nunca tu partida de bautismo. Vén tú, nietecita mía, tú que eres más obediente, dijo echando cariñosamente los brazos á la niña pálida: no hagas caso de esa locona y huye de encontrarte con las xanas que están encerradas con razon, en sus fuentes escondidas en lo más áspero de los riscos, pero á bien que hasta de allí ha de arrojarlas el hisopo del señor cura.

Pero la rosada niña, sin asustarse por el regaño de la abuela, comenzó á cantusear poco más ó ménos:

«Son muchas fuentes «xanas» cautivas
Á quien complace copiar el cielo;
Son estas xanas muy vengativas
Para quien turba su limpio suelo.

¡Guay de la niña que vá á esas fuentes
Y enturbia el brillo de sus cristales.»

Y la niña pálida se puso más pálida todavía.

Y la abuela prosiguió sin notarlo:

Refieren que las que se lavan en esas fuentes sin remover el fondo ni enturbiar la transparencia de sus cristales, adquieren tanta frescura en su tez, tal brillo en sus ojos, tan escitante carmin en sus labios y un tinte tan suave en sus mejillas que los mozos á quienes miran con amor quedan al punto perdidos de amores por ellas. Mas ¡ay que

«Tal virtud habia

Aquel agua clara,

Que quien la *tocare* (1)

D'amores se abrasa.»

La niña pálida se sentía desfallecer.

(1) *Permítanos el difunto Sr. Duran esta pequeña modificacion á sus preciosos versos de «Las Tres Toronjas de Amor.» También los insectos gustan de posarse en las flores.*

Pero la abuela no se apercibía de nada; ¿cómo había de apercibirse si la dejaron ciega sus muchos años?

Cuando así ha conseguido seducirlas, consiguió, les entrega la misteriosa madeja. ¡Ay, si se equivocan al devanarla! Si la devanan una sola vez hácia la izquierda, el hilo mágico se acabará al punto y la que la devana, abrasada de amores, no verá florecer para ella *la Flor del Agua*.

La niña pálida cayó al suelo desmayada.

II.

¿Por qué se había desmayado la niña pálida?

Una noche volvía de la romería del brazo de su amante.

No se habian dicho nada y sin embargo ella y todos en el pueblo los miraban yá como prometidos esposos.

Era su primo; sus madres, eran hermanas. Huérfanos las dos, habian crecido, jun-

tas sus cunas, bajo el amparo de aquella pobre vieja.

La primera camisa bordada que *él* se había puesto, se la había bordado *ella*; la primera saya de lujo y los primeros zarcillos de corales que *ella* había lucido en el baile de la aldea, *él* se los había comprado con el primer fruto de su trabajo. Una noche se los encontró sin saber cómo, debajo de su almohada.

Ella no temía ir sola á ninguna parte; no la asustaban ni los ladridos de los perros en los prados, ni ahullidos de los lobos en los montes, ni las pesadas chanzas de los mozos; el garrote de su hermano á todos imponía respeto.

Él no temía que las lluvias y las nieves calaran sus ropas, ni que las ramas y los riscos desgarráran sus vestidos; cuando volvía á su casa, ella le tenía ya preparado otro vestido, una candela y un vaso de cidra bien caliente.

¿Para qué tenía ella que inquietarse por el porvenir, si era su hermano el mejor trabajador de todas las Asturias? ¿Qué habían

de importarle á él desafiar los mayores peligros, si sabía que en ellos habian de protegerle las oraciones de su hermana?

Para él no habia más mujer que ella; para ella no habia más que él en este mundo.

Y por eso apoyada en su brazo volvía gozosa de la romería saltando de risco en risco, después de la media noche.

Era una noche muy clara; la luz de la Luna, penetrando por entre las entretegidas ramas, dibujaban en el suelo las figuras más caprichosas; el aire se hallaba perfumado con los campestres aromas de las flores de la Primavera. Parecía que se respiraba mejor, que el pecho se ensanchaba, que la naturaleza toda se confundía en un beso universal y ellos cedían al atractivo de aquella noche y caminaban lentamente, internándose por los senderos más escondidos.

Entregados á sueños alhagüeños, de que ni ellos mismos saben darse cuenta, no se atreven á pronunciar una palabra que turbe el encantado silencio de esta noche.

Mas ¿por qué una exclamacion ha brotado juntamente de sus lábios?

Bajo un enorme avellano florido, en cuyo añoso tronco se enredan una madre-selva y un rosal, han divisado un trasparente lago tan trasparente que se vén las arenas del fondo y tan pequeño que se tomara por el del nacimiento de la iglesia de la aldea. Sus aguas á lo léjos parecen teñidas de colores diferentes, sobre un suelo de nacaradas conchas, se vén levantarse columnas de corales que sostienen cúpulas de cristal.

Una figura blanquísima, más blanca que los rayos de la Luna, se ha precipitado asustada al oír la exclamacion entre las aguas de la fuente.

Y no hay duda; todavía rizan su superficie las ligeras olas que ha producido su caída, todavía se divisa en el fondo el luminoso rastro de su vestido.

Desde aquella noche la huérfana no es ya para el huérfano la única mujer que existe en este mundo.

III.

Y la mujer que ama el amado de su corazón dicen que es su hermana.

Una noche la trajeron á su casa diciendo que era una hija de su padre que habia tenido en lejanas tierras y ella la recibió con los brazos abiertos.

Dice que es su hermana y no ha adivinado su secreto.

Dice que es su hermana y se apoya en el brazo de su amado.

Dice que es su hermana y la deja sola en este mundo.

Dice que es su hermana y no ve que padece.

Dice que es su hermana y no ve que muere.

Y ella no puede odiarla porque es su hermana porque es la hija de su madre.

Ella no trocará la felicidad de su hermana por la suya, porque el remordimiento no

la dejaría vivir y la sombra de sus padres la perseguiría por donde quiera.

Por eso ha visitado á media noche la fuente la xana, por eso ha devanado al revés la madeja misteriosa, porque ella no busca ya las riquezas, la hermosura ni la felicidad.

Porque ella busca ya solo la muerte.

Pero quiere vivir todavía, quiere vivir algunos meses, quiere ver la noche de San Juan, cuando aparezca *la Flor del Agua*, quiere ella misma unir las manos de su hermana y de su amante y espirar entonces para ir á unirse con sus padres, diciéndoles á los unos; sed felices; y á los otros; recibirme en vuestros brazos; ved lo que hecho por la hermana que me confiásteis.

IV.

¿Pero era aquella su hermana?

Muchas veces habia notado que desaparecia del lecho á las doce de la noche.

No habia tenido valor para seguirla.

Acaso su amante la esperaria en el prado.

Otras veces le parecia tan pequeña, tan pequeña.

Cuando corria ninguna la alcanzaba.

Cuando se bañaba se hundía en el agua como para no volver.

¿Habia visto todas estas cosas?

¿Eran delirios de su misma enfermedad?

V.

Al fin llegó la noche de San Juan.

—No permaneceré esta noche en casa, habia dicho á su abuela, con una decision impropia do su dulzura, quiero respirar por última vez, el aire perfumado de los campos.

—Yo te acompañaré, hermana mia, dijo la niña retozona, dándole por primera vez este cariñoso nombre, vamos á ver para cuál de las dos aparece esta noche *la Flor del agua*.

Y unidas, como la noche que se vá y el

dia que viene, caminaron juntas hácia la fuente de la xana.

VI.

¡Qué distinto está el camino! ¡cómo abruma el silencio de la noche! ¡qué perfume tan de muerte dán las flores! ¡que sola se encuentra la pobre niña!

Y eso que su hermano vá á su lado.

Y eso que su hermana ha querido acompañarla.

Pero aquellos bosques y aquellos rios no la verán más, aquellos prados por donde corría, no sentirán otra vez su ligera planta.

—¡Adios, casa de la aldea, donde he pasado horas tan felices! ¡Adios, pobre anciana, que me has servido de madre; ya no volveré á escuchar las graciosas leyendas, con que me arrullabas el sueño! ¿Quién cerrará tus ojos, madre mía?

—Venid acá los dos, dadme cada uno vuestro brazo; venid, que ya se distingue

claramente la fuente del Avellano; ved cómo aparece en sus orillas *la Flor del Agua*.

VII.

Mas, ¿por qué se ha desprendido de sus brazos la sonrosada niña?

No corre, no salta, vuela; cada instante, parece más pequeña.

Sus vestidos se confunden con los rayos de la Luna.

Yá apenas alza un pié, yá se precipita dentro de la fuente.

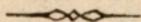
Es ella, sí, es ella, con su vestido blanco, más blanco que los rayos de la Luna, con su corona de perlas y sus sarta de corales.

Es ella, la *xana de la fuente del avellano* que trae en sus manos *la flor del agua*.

—Que vuelvan las rosas á tus mejillas hermana mia ¿quién ha de separarte desde ahora de tu hermano?

Él ha conocido tu amor y otro amor como el tuyo no lo encontrará jamás.

TERCERA PARTE.

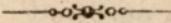


ARTÍCULOS.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

ANALOGÍA.



I.

¿Dormía? ¿Velaba?

¿Quién puede de ir al rayar el alba si es de noche ó si es de día?

Mis párpados, pesadamente caídos, apenas dejaban penetrar á través de mis pestañas hilos delgados de dorada luz que, juntándose en pequeños haces que se entrecruzaban en todas direcciones, se confundían en una claridad indistinta, semejante á las aureolas con

que los pintores cristianos acostumbran á circundar la cabeza de sus santos.

Un vago rumor, parecido al que producen las agostadas mieses, mecidas por la pesada brisa del Verano, era lo único que hería mi oído.

Un placer indefinible, mezcla indistinta del severo goce del deber cumpliéndose y de la dulce languidez que precede al sueño, llenaba todo mi sér.

No sabía donde estaba.

Y sin embargo, había visto acercarse á mí de puntillas la venerable imágen de mi madre; la había visto suspender el beso que iba á depositar en mi frente y retirarse con lentitud, murmurando: «Está dormido.»

Sentí pesar sobre mí la cariñosa mirada de mi esposa y leí en su sonrisa alegre y resignada: «Dejémosle descansar; ¡cuánto habrá trabajado por nosotros esta noche!»

Luégo puso rápidamente su pequeño dedo sobre sus labios; un grito de alegría se ahogó en los aires; mi hijo mayor quedó suspendido como un querubin, con los brazos abiertos

para abrazarme. Lo sentí después caer pesadamente, percibí el ruido mal apagado de sus pisadas, que en vano quería disimular; le oí gritar en mi puerta á otros que se acercaban penosamente: «No hagais ruido, que papá duerme.»

Estaba despierto.

Mas nó; estas imágenes no tenían contornos, no tenían grueso, nadaban en mares de púrpura; eran las figuras que veía pasar en mis meditaciones de quince años.

Sí, porque yo sentí á mi padre que me abrazaba; á mi padre que olvidaba un momento sus dolores para sonreír á mis pequeños triunfos de niño; á mi padre que me bendecía, que amaba á mi amada, que escuchaba ántes que yo sus secretos, que la enseñaba á esperar y á confiar á mí.

Y entónces, todo se desvaneció; yo vivía á la par en diversos lugares y en diversos tiempos; mi razón veía, con una perfecta claridad, resueltos los problemas más difíciles; mi fantasía me presentaba atropelladamente, ricos de belleza y originalidad, libros, cuadros, tocatas y poemas. Yo sabía que, conservando

uno solo de ellos, me hubiera hecho inmortal. Yo sabía también que me era imposible conseguirlo.

Y recordaba lo que pensaba cuando dormía, y recordaba el origen de este pensamiento en el pensamiento de la vela.

Y las imágenes del sueño se hacían más reales, y el ruido crecía en derredor mio, y se hacía cada vez más distinto.

Y hubo un momento inconmensurable en que yo tuve conciencia plena del sueño y de la vela.

Y abrí los ojos, y las imágenes huyeron y se disiparon. Estaba despierto.

¿Qué es este momento, *decidme, entre el sueño y la vela* en que el espíritu tiene conciencia de los dos mundos?

II.

Leía.

Mis ojos aún nó se negaban á mirar; mis brazos sostenían perfectamente el libro,

Pero más allá de mis ojos se confundían las letras; veía cosas sin forma y sin color.

De pronto se destacaban en medio de la realidad objetos que no existían, objetos que yo no evocé.

Y estos objetos se agrandaban, y giraban, y amenazaban cubrirlo todo.

Y sentía un dulce sopor.

Pero la realidad triunfaba y el objeto desaparecía.

Mis pensamientos se sucedían con vertiginosa rapidez.

Y eran juntamente lo leído, el recuerdo, lo pensado, algo que me era completamente extraño y que en vano me esforzaba por adivinar.

Pero todo esto animado, vivo, formando un panorama que luchaba con el panorama exterior.

Se me figuraba dormir y despertar á cada instante.

Oía distintamente voces que á nada respondían, que yo ni nadie pronunciaba.

Languidecían mis miembros; el libro se cayó.

Veia la realidad, pero cada vez más indistinguible.

Los dos panoramas se confundían en uno.

Pero el exterior se había ido haciendo cada vez más ténue, más lejano, al paso que los fantasmas se multiplicaban y engrandecían.

Conocía que no podría sustraerme á su influjo.

Todos mis amores, todos mis pensamientos se concentraban en uno.

Veia cielos azules con estrellas de plata.

Creia vivir al mismo tiempo en dos universos.

¿Velaba? ¿Dormía?

Cuando los más oscuros colores de la luz solar se juntan con las primeras sombras ¿quién puede contestar á la pregunta: es de dia ó es de noche?

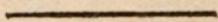
Mas decidme ¿qué es este momento supremo entre la vela y el sueño, en que el espíritu tiene conciencia de los dos mundos?

III.

¿Qué es lo que vé el hombre cuando nace?

¿Qué es lo que vé el hombre cuando muere?

¿Tiene entónces conciencia tambien de las
dos vidas?



And so it is that the world is a
stage where we all have our parts to play
and our scenes to act in. And so it is
that we are all players in a great
game, and so it is that we are all
actors in a grand drama. And so it is
that we are all part of a vast
scheme, and so it is that we are all
pieces in a great puzzle. And so it is
that we are all part of a grand
design, and so it is that we are all
parts of a great whole. And so it is
that we are all part of a vast
scheme, and so it is that we are all
pieces in a great puzzle. And so it is
that we are all part of a grand
design, and so it is that we are all
parts of a great whole.

EL VESTIDO.

Cuando Vénus, saliendo del seno de las ondas, se encontró desnuda en presencia de los inmortales, el pudor la cubrió con un manto de rosas que, velando sus encantos, hizo irresistible su hermosura.

De esta manera el pudor inventó el vestido.

Todos los séres tienen algo que, separándolos y ocultándolos de los demás, manifiesta, sin embargo, su propia naturaleza.

Cuando la piedra llega á aparecer individuo en el cristal, su tersa superficie la defiende contra las influencias exteriores, su forma geométrica declara su estructura interna, y en la pureza de sus líneas, que muestran su íntima composición, brillan los primeros albores de lo bello.

Mas si la piedra tiene sus cristales, el árbol su corteza, el animal sus conchas, sus escamas, sus plumas y sus pieles, tan sólo él que es dueño de sí mismo, porque es el único que conoce su papel en el mundo, puede decir á la Naturaleza: «De esta manera quiero comunicar contigo;» puede decirles á los otros hombres: «Hasta aquí te permito ver, desde aquí sólo te tolero adivinar.»

El individuo tiene una cubierta, la persona tiene un vestido.

¿Quién ha dicho que el hombre nació desnudo? Con el hombre nació el pudor, ese vestido humano que hace cerrar los ojos más audaces. Contra la *inclemencia de los elementos* y los atrevimientos de la vista sabe preparar las pieles y tejer la salutífera lana, el moreno lino, el leve algodón y los delga-

dos hilos del capillo, brillantes como el metal. Contra las audacias del deseo tiene ese sentido superior que no le permite entender, y por consiguiente, aparta de sí todo pensamiento que no sea recto y honrado.

Con razon se ha hecho de la púrpura el distintivo de los reyes. Sólo el rey de la creacion tiene pudor; sólo el rey de la creacion tiene un vestido.

El varon se viste de su fuerza, la mujer de su hermosura.

Aqué contra el hierro forja el hierro, á las seducciones de la astucia opone la serenidad de la razon.

Ésta desarma la fuerza con la gracia; contra los sofismas del desórden tiene el sentimiento delicado de lo bello.

¡Cuántas veces el que á través de la coraza está acostumbrado á encontrar el corazon del enemigo, detiene hasta su pensamiento ante la ligera falda de una mujer!

¡Ay, él comprende demasiado que donde la fuerza manda, si la hembra queda, la mujer se vá!

El pudor es el verdadero vestido huma-

no; las palabras y las telas no son sino el vestido del vestido.

Son el pudor materializado para los que no vén sino con los ojos de la cara;

Son la gasa con que el artista tiene que encubrir la desnudez de sus estatuas para los que no son artistas;

Son la señal de lo que al hombre le falta para ser hombre.

Si el hombre hubiera llegado á descubrir la mágica palabra á que obedecen las que hoy todavía llama nuestra ignorancia fuerzas secretas de la naturaleza, si pudiéramos disponer de la luz y del calor *no necesitaríamos* de pieles ni de telas.

Si todos los hombres fueran hombres, *esto* es, si pensáran racionalmente, si amáran con amor humano y no esclavizáran su noble naturaleza á sus instintos de animal, ¿quién sino el que *no tiene pudor* parecería desnudo?

Entre la jóven que sorprendida al salir del baño se cubre el rostro con las manos y la cortesana que pone de relieve sus formas y finge las que no tiene, ¿cuál de las dos está vestida?

Lo que vulgarmente llamamos vestido es el velo que pone el pudor delante de los hombres que no son hombres todavía.

Es un velo que no encubre sino para los que no saben ver.

¡Silencio! que voy á revelaros el secreto del vestido.

El vestido nos manifiesta más que nuestro *propio* cuerpo.

Tenemos el cuerpo que nos dió la naturaleza: el vestido es el cuerpo que nosotros nos hemos fabricado.

En él, querámoslo ó nó, ponemos todo lo que somos.

El hombre se viste segun lo que quiere parecer.

Pero el hombre siempre quiere parecer lo mejor.

Luego el hombre manifiesta en su vestido lo que mejor entiende.

Luego el vestido revela lo que el hombre ha alcanzado de lo que el hombre és.

Luego cuanto más hombre seamos nos vestiremos mejor.

Sed hombres, esto es, sed buenos si quereis vestiros bien.

Éste es todo el secreto del vestido.

El que conserva el pudor nunca está desnudo.

El niño se viste con su inocencia.

El anciano con el respeto que inspira.

Cuando la jóven desposada deja caer en la alcoba nupcial su blanca túnica, el amor legítimo, único que es verdadero amor y no deseo, la rodea con un velo de pureza, que hace de ella un templo en que se puede adorar, pero que no puede profanarse.

Entónces el pudor que ha llegado á realizar el ideal del vestido, uniendo el mayor respeto á la comunicacion más íntima, definiendo á la persona superior que con aquellas dos personas se ha formado, levantando á su alrededor los espesos muros de la casa.

LA CASA.

FRAGMENTO.

I.

Sicut domus homo.

No recuerdo en qué libro hallé escrita esta sentencia: *la casa es la extension del vestido.*

En efecto, extended la tela ó la piel, y tendreis la tienda; fortificad y fijad la tienda y se convertirá en cabaña; haced inmóvil la cabaña y nacerá la casa.

La tienda, la cabaña y la casa manifiestan edades diferentes; pero las tres convienen en ser un vestido: la tienda es el ropaje ligero y fluctuante con que la humanidad niña recor-

re juguetona toda la extension de sus futuros dominios; la cabaña es el traje con que la humanidad pupila se hace locataria de su propia herencia; la casa es el vestido con que la humanidad yá adulta toma de la tierra plena y estable posesion.

Así considerado, nada más poético que el origen de la casa: un dia, la primera familia fué sorprendida por la tormenta; los miembros delicados de la mujer y de los niños no pueden soportar la lluvia, el relámpago deslumbra sus ojos, el trueno los asusta como la maldicion de un Dios irritado. Pálidos y temblorosos se abrazan al padre, que entre ellos y los enemigos elementos extiende la piel con que se cubría. Desde entonces el vestido se convirtió en casa, en casa que no es más que el vestido de la familia.

Dice Pelletan, no sé si así, sin duda mucho mejor, pero este es en suma su pensamiento: la mujer no fué mujer hasta que tuvo un vestido. Y con mayor razon puede decirse: la familia no fué familia hasta que tuvo una casa.

Sin sus sagrados muros que ocultan al in-

diferente nuestros trabajos, nuestra alegrías y nuestros pesares, y que agrupándolos en torno nuestro, impiden que se evaporen la llama del hogar y el fuego del amor, *nosotros* no seríamos *nosotros*, sino todo el mundo.

La casa es la memoria de nuestra memoria; la estancia en que nacimos, la cuna que nos meció, el sillón en que nuestra madre, el ángel del hogar, velaba nuestro sueño para tranquilizar nuestro despertar con su sonrisa, el balcon en que contemplando por primera vez la inmensa magnificencia de los cielos, sentimos el corazón agitado por sentimientos religiosos que llenaron de imágenes purísimas nuestros ensueños de niño.... el vacío lecho de nuestro padre tantas veces regado con nuestras lágrimas.... la pequeña silla en que la compañera de nuestra vida se entrega á las labores de la casa mientras nuestros pequeños juegan á nuestro alrededor; todas las memorias de lo pasado, todas las ilusiones de lo presente, todas las preocupaciones del porvenir se encuentran en la casa.

La casa es el altar de nuestra conciencia.

En el agitado foro, la codicia, el orgullo, la hipocresía subidos en elevadísimos asientos, apagan con sus gritos su voz tranquila. En el desierto, una fantasía desmedida la confunde con la de espectros terroríficos que enseñan el egoísmo de la muerte.

Sólo en el apacible movimiento de la casa, se oye serena la voz de Dios, porque sólo á los piés de nuestros padres, rodeados de nuestra mujer y de nuestros hermanos, levantando en los brazos á nuestros hijos estamos verdaderamente en el seno de la humanidad.

La prudencia adquirida *tras heróicos esfuerzos morales*, el purísimo perfume que trae del cielo la confiada infancia, el amor delgado de lo bello, dote preciada de la mujer; todo lo que hay de más grande, de más noble, de más puro nos rodea en la casa, todo converge hácia nosotros y nos dice: *perfeccionate*.

La casa es más que el altar de nuestra conciencia, es el altar de la conciencia de nuestra familia. ¡Cuántas veces la palabra imprudente, próxima á escapar se apaga en nuestros lábios por temor de que hiera el oído inocente de nuestros hijos! ¡Cuántas ahoga-

mos el sentimiento extraviado en lo íntimo de nuestro corazón por temor de que aún allí lo descubra la penetrante vista de nuestra mujer ó de nuestra madre!

Sí, la casa es un templo; un templo, que la verdad esclarece y el amor perfuma; un templo del que la inocencia, la belleza y la virtud son los sacerdotes.

¡Infeliz del hombre que no ha sentido los dulces encantos de la casa!... Astro sin órbita en el cielo de la humanidad, su destino es chocar con todo, desordenarlo todo y ser donde quiera rechazado.

¡Pobre de el pueblo que sacrílego levanta el velo del pudor de la familia!

Padre que degrada á su hija, renuncia á su derecho de paternidad.

II.

Un poeta (1) quiso pintar la morada de un ángel, y en un momento de sublime inspiración ideó una Alhambra *viva*.

(1) Zorrilla.

La mágia, esa poesía de la Física, prometió también á sus adeptos revelarles el signo misterioso á que obedecen esos géneos que la antigüedad clásica veía habitar en los transparentes palacios del Océano, entre los cambiantes reflejos de la luz, los que forjaban el oro y el diamante en las entrañas de la tierra, los que suspiraban en los bosques ó exhalaban aromoso aliento en la corola de las flores, los que regian en diamantinos carros el sol, la luna y las estrellas, para que fueran los servidores de su voluntad.

La ciencia ha demostrado que el universo no es un vasto cementerio, que la roca y el metal son fuerzas vivas que sólo esperan para salir de su aparente inmovilidad que la palabra divina se pronuncie, alguna vez ha llegado á balbucear esa palabra y ha vencido con la electricidad la distancia, el trabajo material con el vapor. Y la luz fugitiva que en un instante estremece todos los átomos del universo, que en cada millonésima de segundo varía millones de veces el aspecto entero de la naturaleza y ofrece con sus colores nueva y no pensada armonía; la luz encerrada en el cristal ha fijado sus figuras incons-

tantes en el daguerreotipo, y al descomponerse en el prisma, celeste mensajera, ha contado las maravillas de los mundos que recorre, poniendo la creación inmensa al alcance de la inteligencia humana.

Y sin embargo, lo que soñó la mágica, lo que la ciencia vé, lo que presiente el poeta no es sino una parte infinitamente pequeña de la divina realidad. Tras la corteza inmóvil la actividad incesante; tras la actividad el concepto eterno; tras el concepto eterno Dios, el sol inteligible de Platon, cuyos últimos destellos, si al pasar por el cincel ó la lira de la Grecia, crearon aquel *sereno* arte, glorificación inmortal de la naturaleza y de la vida; si al herir las arpas cristianas ó al trasformarse en las agudas flechas de sus catedrales enseñan á buscar la existencia más allá de la muerte, cantan en la casa con mudos conceptos el amor de la familia y de la humanidad.

Un novelista, Carlos Dickens, ha sorprendido algunas estrofas del inmortal poema: un hombre á quien los celos trastornan y la certeza de su honor mancillado enloquece,

medita movido por la envidia un asesinato y un parricidio; el grillo del hogar entona sus dulces cantares, hace pasar por la inteligencia turbada de aquel hombre la imágen de los dias felices que ha gozado bajo aquel techo que se prepara á abandonar para siempre, recuérdale la juventud é inesperienza de su esposa, censúrale sus rudos modales, hácele dirigir la vista hácia la cuna en que duerme tranquilo aquel niño que un momento despues estará solo y sin apoyo en el mundo, y el puñal cae de su mano, y el que iba á ser asesino se acusa y perdona, y al perdonar vuelve á ver á su esposa inocente, á su esposa trasformada, más hermosa tras el peligro de perderla que el dia en que abandonó por su casa, la casa de su padre.—Y el grillo del hogar con su lenguaje mudo que directamente se dirige al alma, decia más verdad que los ojos y que el oido.

Escuchad como el rudo carretero de Carlos Dickens, y en cada una de vuestras paredes hallareis una leccion. ¡Seguid esa leccion, y cada uno de vuestros aposentos os guardará una felicidad!

III.

No esperen nuestros lectores el fin de este artículo, concebido en días más felices. ¡Quién ha de inspirarnoslo! ¡La muerte nos ha arrebatado nuestra casa!



III.

No esperen nuestros lectores el fin de este artículo, concebido en días más felices. ¡Quién ha de esperarlos! La muerte nos ha arrebatado nuestra casa!



ÍNDICE.

	Página
<i>Flores de Invierno. Prólogo.</i>	3
PRIMERA PARTE.	
CUENTOS.	
<i>El Enigma de Ahrimanes</i>	7
<i>El Mendigo Opulento.</i>	26
<i>La Codicia. Cuento popular.</i>	44
<i>El Anteojo del Príncipe.</i>	57
<i>El Anillo de la Condesa.</i>	67
<i>El Príncipe Hermoso.</i>	79
<i>La Esclava Perfecta.</i>	89
<i>El Niño y el Rosal.</i>	95
<i>Las tres Damas imperiosas.</i>	107
<i>El Talisman de las feas.</i>	145
SEGUNDA PARTE.	
LEYENDAS Y COSTUMBRES POPULARES.	
<i>La Torre de las Arcas. Tradicion po- pular.</i>	191
<i>La Maya.</i>	207
<i>Juegos populares cómicos</i>	215
<i>La Flor del Agua. Leyenda.</i>	259
TERCERA PARTE.	
ARTÍCULOS.	
<i>Analogía</i>	275
<i>El Vestido.</i>	283
<i>La Casa. Fragmento</i>	289

INDICE

Página	
8	Primer Parte
7	Segunda Parte
28	Tercera Parte
44	Quarta Parte
57	Quinta Parte
67	Sexta Parte
79	Séptima Parte
80	Ochava Parte
95	Novena Parte
107	Decimasegunda Parte
115	Decimotercera Parte
101	Decimocuarta Parte
207	Decimoquinta Parte
215	Decimosexta Parte
230	Decimoséptima Parte
275	Decimooctava Parte
282	Decimonona Parte
280	Decimosegunda Parte

ERRATAS QUE SE HAN NOTADO.

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
12	8	¿De qué te sir- ve...?	Dequesirve...
15	12	caberna	caverna
21	10	alrrededor	alrededor
21 y 24	13 y 23	Dusak	Dursak
49	9	si	sí
52	22	le	el
57	1	extenso	extremo
58	6	prominoncia	prominencia
58	12	no tarde	no tardó
59	2	existencia	existencias
64	7	extenso	extremo
73	17	acariciava	acariciaba
86	11	ofrese	ofrece
86	14	hallaba	halla
90	3	hombres	hombros
90	21	novecientos	nuevecientos
92	6	involuntaria- me	involuntaria- mente
110	1	aminalarme	ami'anarme
111	2	que en una	que una
117	21	tenge	tengo
119	6	acadito	maldito
120	5	descanza	descansa
121	10	vuestros la- bios	vuestros aris- tocráticos labios

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
128	11	evitado	excitado
128	15	descanzar	descansar
»	20	noduzas	nodrizas
129	16	proesia	poesía
130	15	esta	esto
135	13	<i>in-re</i>	<i>in re</i>
135	16	<i>inse</i>	<i>in se</i>
135	19	<i>anterem</i>	<i>ante rem</i>
136	25	adoptacion	adaptacion
147	21	ejecuciones	ejecuciones
140	8	escallolas	escayolas
140	12	descontar	desconcertar
152	15	aptitudes	actitudes
153	16	hallan	hayan
164	4	eliptica	ecliptica
174	2	reposito	reposito
»	6 y 11	acompañapo lo	acompañado la
177	20	inteligencia	inteligencias
175	5	alcaldó	alcalde
178	6	las	sus
179	12	antiferasis	antífrasis
»	»	pastas	posta
181	11	V.	V. S.
183	6	reguestanse	requéstanse
193	14	haberlo	haberla
199	10	savila	zavila.
210	17	Dios adorado	Dios es adora- do
»	19	magnera	manera



PÁGINA	LÍNEA	DICE	LEÁSE
211	25	es	se
212	16	siglo	siglos
»	24	tropezar á	tropezará
218	19	boracho	borracho
220	9	supone la	supone ser la
221	20	era mula	era la mula
230	16	ha	han
234	2	Pues conti- nuen	Continuen
238	12	asficionado	asfixiado
263	17	ella y todos	todos
»	20	las	los
264	13	ni ahullidos	ni los ahulli- dos
268	15	recibirme	recibidme.
269	13	do	de
271	13	sus	su
280	1 y 2	indisernible	indiscernible
287	20	lo que mejor	lo que por me- jor

